

UNIVERSIDAD CENTRAL DE LAS VILLAS
NUEVO PLAN DE PUBLICACIONES

- 1: LA ALCANCÍA DEL ARTESANO, Samuel Feijóo
- 2: FRANCISCA DE RÍMINI, Nino Berrini
- 3: TRATADOS EN LA HABANA, José Lezama Lima
- 4: KANT. INICIACIÓN EN SU FILOSOFÍA, Medardo Vitier
- 5: EL PAN DE LOS MUERTOS, Enrique Labrador Ruiz
- 6: LO CUBANO EN LA POESÍA, Cintio Vitier
- 7: EL CUENTERO, Onelio Jorge Cardoso
- 8: LOS VALEDONTES, Alcides Iznaga
- 9: DIARIOS DE VIAJES, Samuel Feijóo
- 10: IDEA DE LA ESTILÍSTICA, Roberto Fernández Retamar
- 11: LA EDUCACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS, Silvio de la Torre
- 12: BIOGRAFÍA DEL TABACO HABANO, Gaspar Jorge García Galló
- 13: EL BARRANCO, Nivaria Tejera
- 14: TEATRO, Carlos Felipe
- 15: LA EDUCACIÓN RURAL EN LAS VILLAS
- 16: EN PIE, Raúl Roa
- 17: HISTORIA DE UNA PELEA CUBANA CONTRA LOS DEMONIOS, Fernando Ortiz
- 18: YEMAS DE COCO Y OTROS CUENTOS, Antonio Ortega
- 19: ARBOLES SIN RAÍCES, Raúl González de Cascorro
- 20: LA FILOSOFÍA DE JOSÉ MARTÍ, J. I. Jimenes-Grullón

BIBLIOTECA FOLKLORICA

- 1: AYER DE SANTA CLARA, Florentino Martínez
- 2: DIARIO ABIERTO, Samuel Feijóo

UNIVERSIDAD CENTRAL DE LAS VILLAS

CETRERÍA DEL TÍTERE

POR

LORENZO GARCÍA VEGA
"



DEPARTAMENTO DE RELACIONES CULTURALES

1960



UNIVERSIDAD DE LAS AMERICAS
Biblioteca "Antonio Echeverría"
Comprado a Economica

Precio \$ 1.50
Fecha Dic. 1961

~~19973~~ Buju

MLCS 97/5325

Copyright, 1960
Es propiedad del autor.



C86.3
62R c

Imp. ÚCAR, GARCÍA, S. A. - Teniente Rey No. 15, La Habana

96-151953

«El pequeño Kay tenía el cuerpo amoratado de frío, mejor dicho, estaba casi negro; pero no se daba cuenta de ello, porque el beso de la Reina de las Nieves le había quitado los estremecimientos del frío y su corazón era, como ya hemos dicho, un bloque de nieve. Iba de un lado para otro y cogía trozos de nieve, planos y curvados, que colocaba de todas las maneras, ya que tenía la intención de llegar a un resultado. Era igual que cuando nosotros tenemos pequeños trozos de madera con las que formamos figuras y completamos dibujos. Es decir, una especie de rompecabezas. Kay también formaba figuras, y muy complicadas. Era «el juego de hielo de la razón». A sus ojos, estas figuras eran perfectas y de la mayor importancia. El trozo de vidrio que tenía en el ojo le hacían ser así. Componía figuras que eran como palabras, pero jamás llegaba a trazar la palabra que él quisiera, la palabra Eternidad. La Reina de las Nieves le había dicho:

—Si logra formarlas, serás tu propio dueño y te daré el mundo entero y un par de patines nuevos.

Pero no podía formarlas.»

HANS CHRISTIAN ANDERSEN. «La Reina de las Nieves».

SIESTA DE HOTEL

Entonces, el exceso de sus sensaciones resbalándole el pasado, el futuro, mintiéndole al tiempo un secreto irrealizable... Sí, él estaba allí, en su cuarto de hotel. Y ese lujo cruel de las sábanas frías, trasladando los sentidos, los acentos, con el solo momento de su *realidad* en el cuerpo; esa extensión, ese embarazo de las sábanas, dejando que miremos a nuestros pies, casi extraños, en el juego de sus movimientos.

Él pensaba en esta siesta, siesta de hotel: como un túnel, a veces, o como un sueño tontamente resuelto. Y se decía de ese absurdo, casi infantil, que son los pasos del que atraviesa el corredor; pasos, que desde el cuarto, suenan como un insensible salto al sueño; soplos para un poema que su hastío no le permitía realizar.

Él pensaba en su siesta de hotel... quizás sólo para enumerar sus sensaciones. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Después de todo, al terminar sus sueños, ¿qué era lo que le quedaba, sino esa locura de los sentidos, como un rejuego de sus dedos? Después de todo, ¿qué era el amor sin el

dolor de las sensaciones, sin su pueril desprendimiento como de guantes ingenuos?

¡Ah, él señalaba en su cuarto la tiesura de sus sillas, esa tiesura que jamás nos muestra un rostro, ni tan siquiera el rostro de una ausencia; señalaba los enormes objetos—y en esto de objetos, como le gustaba siempre, en sus ocios, en esos ocios en que pensaba en la *vida* de las losas del suelo, en que miraba los rincones de las paredes hasta que se le convertían en fijos secretos inquietantes, el soñar las metamorfosis de lo inorgánico y en ella a los objetos convertidos en presencias grotescas, con historias sibilinas, rompiendo el sopor de la naturaleza con el encanto de sus ausencias reales. Sí, le gustaba haber hecho naturaleza, lo que sólo era un amasijo, un grotesco de leyendas... Y estudiarlas y amarlas, sorprendiendo las traiciones de lo que aún tiene el contacto de lo humano—con sus figuras desvenecijadas, enseñando horas y horas, el grotesco de su desnudez; señalaba las mesitas de noche con sus lámparas pequeñas, tan pequeñas que su luz, manchada, hace vacilar los termos; señalaba las maletas semiabiertas, las maletas semiabiertas... que son más plebeyamente contemporáneas y que desde los rincones del cuarto nos lanzan sus francotes saludos, como de gestos vulgarmente seguros; y, señalaba los cuartos de baño, con sus bombillos y sus espejos que hacían o transfiguraban la caricatura de sí mismo.

Era el deslizarse de todos estos objetos... deslizarse por la vida, como un compás tedioso; y sus presencias, sus interrogantes, en ese choque de lo cercano que es como una herida fría. Es esa visión de lo que asoma su rostro secamente, sin precipitación, como un cálculo sugerido a nuestra fantasía. Asomando, dejando su ¿espectral? saludo en toda la siesta; mientras sus preguntas, cansadas ya de su raciocinio—que a él se le antojaba vulgar—enloquecen en su propio arabesco dialéctico.

Eran viejos sueños como sutiles gritos que no llegaron a ser exactamente percibidos; eran rostros de hombres, que señalaron con un gesto insignificante, el tejido de un día de una estación: hombres que en un paradero, a la madrugada, sacaron su reloj tan tontamente... mientras el escándalo de la locomotora y una lluvia casi invernal; eran pequeños paréntesis del tedio, él pensaba: «¿Habrán imaginado los demás, en puro juego, el soplo de los fantasmas en el espejo? ¿Se habrán avisado sobre el paso de una sombra, aguzando el oído para percibir su ironía, su sordina?»; pues sí, eran sus viejos sueños y desde la cama le iba transcurriendo esa siesta de hotel en que él veía, en enjuta forma, lo que era el acercarse de una sombra o la proliferación de un sombrero sobre un viejo mueble destartado.

Así, se contemplaba a sí mismo, no en la inútil dubitación subjetivista, sino surgiendo de sus propios sueños, de la misma manera, casi infantil,

en que nos saludamos frente a un espejo... Sí, de la misma manera: esos saludos al espejo en que en forma sucesiva, lo real y lo ausente figuran y se opacan, hasta al final, entregarnos en el recuerdo, un mismo gesto, como un rosario sutilmente desusado o un viejo florero de cansados contornos.

Pensando, al topar con estas curiosas metamorfosis, en las imágenes. Y pensaba en ellas en sucesión infinita, como si su mismo cuarto, en el delirio de la somnolencia, se convirtiese en una celda de aguas, la cual a su vez estuviera contenida en otras y otras, hasta llegar a ese punto en que el laberinto se hace danza.

Así, al llegar a estas meditaciones, él despreciaba la mayor parte de los que habían sido sus autores predilectos; él ya sólo sabía de la imagen en su más perfecta realidad, casi diabólica. Y era embriaguez sibilina, esa *participación* en la imagen de todo lo que lo rodeaba en aquel cuarto, lo que lo hacía sospechar que todos sus antiguos pensamientos eran, como breves sortilegios que a veces ni siquiera lo habían hecho despertar del todo. Sí, era esta *participación* la que le entregaba, en aquel momento, a la muerte como un objeto extraño. Así, veía ya como lejanos, aquellos cuidados de Rilke para alcanzar el sueño y su búsqueda del misterio en que lo conocido y lo desconocido se tocasen; veía todos esos cuidados como vagos fragmentos de la *realidad* que lo hacía participar y buscar de nuevo, como un

personaje de bambalinas que tantease la entrada de su propio espejo.

Así, pues, con estos ecos de lo real, se entró él, en la siesta de su cuarto de hotel.

II

«Sí, yo voy a soñar, a soñar tan tontamente como un irrealizado espejo. Estas lámparas del cuarto, exactamente, estas lámparas del cuarto velando la siesta donde irá naciendo mi cuento. Tengo que contarle, ahora, que solamente poseo sus primeros ecos: tan desperdigados, tan tontos, por mis palabras solas.

«Cuadrulado, fantasma inmenso de la tarde. Ahora voy a ejercitar mis primeras palabras... Grotresco. Acordarme de sonreír y nacen las palabras por mi voz.

«Sí, todo ha sido como un aliento inútil. Todo mi yo era tan inútilmente irrealizable como ahora. Era ese aliento de cuando vemos el *humor* de una tarde, que escandaliza en sus colores, en su forma hiriente de permanecer; ese *humor*, sombrío en su belleza, y que casi se nos antoja frío a fuer de herirnos la mirada.

Leyenda. Acordarnos de repasar nuestros propios mitos. Porque, acuérdate, cada mito es nuestro, tan nuestro que quizás no logramos nunca recorrerlo del todo. Como en nuestra niñez: un hecho, un solo hecho de conversaciones y del

humo de los tabacos, pero yo sabía que *aquello* había soplado lejos, tan lejos, que sólo lo sabía casi imperceptiblemente, por el breve movimiento de unas cortinas. Pero, ya *aquello* bastaba para que aquella reunión tan sencilla a la que se me había llevado, adquiriese para mí, el soplo de aquella cortina, y que el soplo fuese de tal fuerza que todo, personajes y objetos, habían quedado en mi recuerdo como sutilmente obsedidos por aquel motivo—de la misma manera que en un cuadro antiguo, los personajes, parecen con su atención, el mantener oscuramente percibida una secreta música—. Voz surgiendo de la humedad...

«¡Bah!, y dejarme caer en el sopor. ¿Y escribir? ¡Bah!, ese hastío de las palabras en el papel; del papel con sus inevitables líneas pequeñas, azules; y las palabras, como rasgos trazados por un carbón minúsculo, frío.

«La frase desprendiéndose de nosotros, tanto, que a veces tenemos que dolernos para rebuscar nuestro propio discurso. Ese discurso íntimo, que aunque nos sopla insistentemente, se nos oscurece en el papel, donde las frases se despeinan locamente, liberadas de nuestro propio soplo.

Este es mi monólogo. Mi monólogo por la creación de un cuento. Pero antes estaba la historia... Era cuando yo oía mis propios sueños. Mis sueños, que me habían llevado al mito de los *orígenes*. ¿Sabe usted?, en cualquier lugar, entre cualquier conversación, surgía mi sueño, minucioso, como si lo hubiera diseñado el hastío. Sí,

todo era una proliferación del humo, como en los juguetes en los cuales creemos que reside alguien que a veces hasta nos persigue. Todo giraba en su espiral desde el día en que empezó a obsederme los *orígenes* del sueño... Que no sé cómo pudo comenzar en mí esta preocupación, pues nunca había sido amante de los estudios filosóficos. ¿Me engaño?, es verdad que en un tiempo había leído delirantemente a algunos filósofos, pero, eran tan más estas lecturas que jamás pude comunicárselas a nadie. Es más, mis observaciones eran superficiales como las de un lector de Casino. Y me reía para mí mismo al pensar que los demás harían cálculos sobre mis conocimientos y dirían: «Le faltan años para integrar esa idea». «Tiene que releer ese libro que tiene ahora». ¡Ah!, era deliciosa esa ignorancia que tenían los demás de mí, tan delicada como ese estado febril en que nos deja una abstención, como cuando dejamos que desaparezca por sí misma la espiral de un humo que nos molesta.

«Pues bien, digo que no sé cómo comencé a indagar los orígenes de mi sueño. Sólo, cuando evoco esto, tengo la impresión de una legión de sensaciones que a fuerza de atacarme, se me hubiesen convertido en fantasmas. Sensaciones, como la de aquella tarde lluviosa en que me parecía que mi sueño se abría más que nunca—llegué a pensar que la visión de las lluvias era como un vasto cuadro, y que sólo un entorpecimiento en mi paso me imposibilitaba la frecuentación...

o el volver a colocar a los objetos en su *verdadera realidad* de sombras. Con esto, me parecía que por una *lógica correspondencia*, se me entregarían los verdaderos límites, lentamente, como voces que surgieran del agua.

«Era espléndida esta búsqueda del comienzo, de todos los comienzos. Era como... una rebeldía callada. Así, me estaba junto al mar y no podía interesarme nunca la emoción de los que me rodeaban. Sí, en aquellos tiempos, me sorprendían hasta el terror sus gritos de inflada admiración; aquella admiración hecha de grandes palabras que yo no podía comprender: las olas, el mar, lo inmenso, lo lejano. Yo solamente podía *amar*—y no sé si esta será la palabra—lo que tenía cerca de mis pies, esa espuma que roza por las rocas. No podía desprender la mirada de ese inmediato que al transcurrir las horas, como círculos mágicos, me iba entregando el relieve de su ausente secreto.

Pero aún así, no sé si logré amar aquellos raptos, más, no sé si lograron inquietarme del todo. Si logré amarlos, fue, por esa condición del hastío que nos hace acariciar pausadamente el sopor de los muros, como si ellos apresasen el soplo que a veces nos hace brevemente felices.

«No lograba inquietarme aquel roce de la espuma, porque no podía en mi saboreo remontarme a ese principio que buscaba. Así, pues, el más insignificante quehacer se me convertía en centro de innumerables búsquedas. Una vez, re-

cuerdo, una estampa con unas deliciosas figuras chinas finamente dibujadas, me hicieron creer que quizás, con el estudio de esos contornos, pude yo abrir el misterio que se me negaba. Pero, fue en vano. Es verdad que al principio, cierta como niebla que se desprendía para mí de aquellas figuras coloreadas, me traían, con un absurdo que me esperaba, el recuerdo—vano en apariencia y de difícil unión con esas figuras—de un redondo estanque donde me placía contemplar la imagen de los árboles bamboleándose al inclinarlo yo, niño entonces, y hacer que el agua se moviese ligeramente, humedeciéndome las manos con sus salpicaduras. ¡Pero, ah, inútiles fueron todos estos cuidados!

«Era ese eterno comienzo sobre mis pasos, día tras día. A veces llegaba a creer—ahora comprendo mi locura—que mi sueño era un secreto que quizás yo había revelado, olvidándolo. Me decía: a X, con quien he saboreado tantas tardes espléndidas e inútiles, es posible que en una de ellas—¡tan inconscientemente se vive!—le haya revelado este sueño; es posible que él lo recuerde, esa su manera irónica de mirar...

«Yo volvía a buscar a X. Escogía los más sugerentes paseos y entonces yo me decía que ese su rostro vacío, mostraba a todo el mundo su falta de secretos. Entonces, el rostro de él, iba descendiendo para mí, lentamente, pero descendiendo y descendiendo. No, no, él no sabía nada. Yo no le había contado nada.

«Se había frustrado mi búsqueda. Entonces, la conocí a ella... Yo no había tenido motivos para pensar en el amor—ya he dicho, como ni mi obsesión por la espuma creo haya sido amorosa—X me decía el lugar común espantoso de que yo debería de haber nacido en otro siglo, *aunque fuera en un siglo de ópereta*, añadía.

«Como un augurio, antes de que la conociera a ella, sólo recuerdo ciertos hojeos a libros místicos, citas sibilinas y mi desesperación de no encontrar mi sueño.

Esto me hacía recorrer todos los deseos buscando un agarre, y hasta recuerdo—muy pocos días antes de que la conociera—cómo entré por primera vez en un templo protestante. Me alentaba su desnudez y hasta ciertas circunstancias casi insignificantes: había visto la larga escalera que conducía al estudio del Pastor; había visto entrar al templo a un hombre pequeño, con gestos perfectamente anodinos, como una pieza de relojería...

Digo, pues, que entré y, fue una gran impresión; aquel arrebató de los violines entre los Salmos, me hizo delirar, enloquecer—nada se me llegó a notar exteriormente, siempre he sido de una fría apariencia—y ya, cuando salí a la calle, decidí buscar mi *sueño en el amor*...

«Sí, sólo se necesitaba mi deseo. Y allí estuvo ella. Nos conocimos en el parque sórdido que quedaba tan lejos de mi estudio. Nos conocimos...

sólo creo fue cosa de instantes—con los naturales preliminares, claro está, de días en que sólo nos mirábamos y de días en que la llegaba a odiar—bastó un motivo o... creo que no hubo motivo alguno, le pregunté sonriendo por qué le gustaba aquel parque sórdido; era suficiente motivo para preguntárselo, la calidad de aquella hora, que hacía desdibujar los objetos en tal forma que una relojería cercana parecía un acuario.

Pues bien, fue mi pregunta, y con ella, la que a mí se me antojó sutil indecisión de su respuesta, abrió nuestra amistad.

«Nuestra amistad... ¡ah!, que participó tanto de mis búsquedas de antes. Yo quería que todo fuera como antes, como cuando buscaba el *origen*. Para ello, decidí, relatarle a ella mis *experiencias*, mis *sueños*. Sí, aquella descripción objetiva de mis sueños, que le hacía día tras día, como una obsesión.

«Recuerdo el primer sueño que le conté: Yo había olvidado mi sueño; me refugiaba en un departamento, era una hora de la noche, recordaba la frialdad del elevador; después, todo se me llenaba de soplos, y ella estaba, pálida, en un gabinete de cirugía.

Al despertar, creía que había soñado ese sueño en noches anteriores.

«Otros días le contaba mis sueños casi en abstracción: Ella estaba en su casa, pero los muebles eran los de una tía mía provinciana; después apa-

recía una vieja con barbas y los gestos incomprensibles de un rufián.

O este otro sueño, que era como un solo punto, en obsesión: Un payaso rojo en figuración de espina...

«Sí, y recuerdo el último sueño que le conté —ya yo iba comprendiendo que ella se escapaba de mis *orígenes*, que todo era perfectamente inútil—era un sueño casi profético: Una sensación de blancura en nieblas. Ella iba a salir, mas había imposibilidades que la retardaban. Tarde ya, yo estaba con ella, pero persistía la misma blancura deshelada.

«¡Ah!, entonces, desde aquel sueño, ya sabíamos nuestra imposibilidad. Es verdad que hubo unos días más en que tratábamos de engañarnos, pero persistía la sensación deshelada como un tropiezo.

Y buscamos en la lectura el soplo que el relato de mis sueños—¡fueron tan pocos días!—nos había ofrecido; buscábamos un sabor espectral que nos adormeciera. Pero todo fue vano. Así, sin confesárnoslo.

«Una noche, hablamos más largo que nunca de la espuma; ella estaba hermosa con su vestido vago, luciendo sus sortilegios, sus misterios. Hablamos de la espuma, y sin que yo me percibiera, iban surgiendo de mí las imágenes de cuando mi *búsqüeda*... mis deseos. Y mis palabras continuaban, soberbias ante la espuma, continuaban...

Pero ella no escuchaba, quizás no había escuchado nunca. Hasta creo que los sirvientes que pasaban, se sonreían levemente, como si sorprendiesen a una sombra.

«Sí, con aquella conversación de la espuma, sabía que ella no volvería. Lo sabía más cuando la dejé, en el soplo de la lluvia cayendo por la máquina. Aquella lluvia que iba dejando inmóviles mis gestos, como ahogados. Y la noche, que iba tragando, sin una sola señal, todo el lujo, todo el *roto de la espuma*.

«Sí, comprendía, ella no podría entrar en mi sueño—y, ¿no es natural, diciendo como he dicho, que hasta yo mismo era rehusado?—. Pero, yo no podía hacer nada. ¿Qué podría hacer...? Todo en mí era esa niebla vegetal de las manos, de los oídos, de los labios. Esa niebla que hasta me cortaba la sonrisa.

«Ella tenía que abandonar mi sueño. Sí, les diré, más tarde era como un cuento vago que hubiese sucedido a través de un espejo. Como en un espejo... de su silencio cayendo para dejarme la *razón* de su ausencia, de la muerte de mi *sueño*.

III

—Ya es la tarde. Ya es la tarde, señor—grita Alberto, el viejo camarero negro del hotel.

—Que ya oscurece, señor... ¿Ya está despierto?
—insiste Alberto.

Nuestro personaje está vivo, en medio de su siesta rota. Y por las luces de las lámparas del cuarto, ve descender, en sombría espiral, el tortuoso eco de sus sueños.

Él se despereza, alivia su cuerpo, pero la tarde de la siesta ha llenado los rincones con sus tropos absurdos, que a él se le antojan figuraciones de sus sombras... Sí, también ella está por la siesta rota; ella, secuestrándole un olvido, un eco; llenándole de su ausencia.

Ella está también en la muerte de su siesta. Y él piensa, en un imposible reverso del tiempo, o, más bien, en el *tiempo* que él le soñaba a ella. Aquel tiempo hecho con las danzas ahogadas de sus absurdos.

De sus absurdos... todo era demasiado *exacto* para ser verdad, sus ausencias contempladas ahora como un vuelo de abejas geométricas. Y él contemplaba, como en sombras, este último tiempo que ahora le quedaba; este tiempo desquiciado del cuarto del hotel, con un tanto de vago en su murmullo.

Así, casi maquinalmente, él abre las ventanas del cuarto y, allí está frente a él, el paisaje de la playa, de la tarde con sus arenas frías, como insípidos desniveles. La tarde arrojando tristemente las callejas y, un aliento inútil por los árboles destrenzando los orígenes del sueño.

Él veía el sabor de los peces en la arena fría mientras la lluvia asustaba los contornos, bailaba sombríamente por las lomas del Norte; él veía a los peces marcando el estupor, el hastío de las tardes lluviosas, sorprendiendo a las nubes en agorrieras geométricas.

—Señor, señor—una nueva y última llamada de Alberto...

Ya nuestro personaje abandona la ventana, abandona la contemplación de la tarde. El sabe la irrealidad de su momento, de su condición. Piensa en los últimos girones de su siesta: cómo había llegado a pensar en el silencio ausente de ella. Pero bien, ahora le parecía que no era necesaria ninguna respuesta. ¡Todo su sueño y hasta ella misma parecían relegados a esta siesta!

Sin embargo, ahora el cuarto adquiere su mayor proliferación monologante. Es esa misma suerte de todo lo que parece hacer reverberar los soplos instantáneos de una sensación, el resbalar inútil de una sombra pequeña. Y él, comprende que todo ha muerto con su siesta. Es un solo instante—quizás ese momento prístino en que después de abandonar la ventana, él volvió a mirar el cuarto—pero a él se le revela hasta en su cuerpo el fin de todo: de la siesta, de sus sueños, hasta de ella misma.

Un solo girar ha hecho comprender... Sin embargo, las cosas no mueren tan rápidamente. No. Todo, todavía, gira en su instante.

Pero ya podemos ver a nuestro personaje en la escalera. Y... un soplo *liberador* le viene por los andariveles del comedor... pero sabemos, las cosas demoran un poco en morir, quizás nada, unos instantes, lo que dura la proliferación de una siesta.

¡Y ya, nuestro personaje, está dispuesto a vivir como actor, los últimos momentos de su sueño!

PIEL DE ESTATUA

Esto de ponerse a mirar ya fue un acto consciente, perfectamente consciente. Así en los días, en su día. Porque Juan José no vino a equivocarse, a escaparse en nada. Todos los días la fiel travesura de reconstruir los escapados gestos de la estatua. De ella, en el parque banal, con alguna que otra banda de ruidillos circunstantes, badenes de su olvido.

—Apresando... pero después, detrás, otros demiurgos que resbalan, que escapan robando sus cabezas—. Se decía Juan José en los regresos diarios. Sus recuerdos sincopaban una menuda metafísica que, casi parecía poder colársele en sus manos. Así, del látigo de sus rotas razones, surgía su Estatua, verídica; en su mismísimo sincero de ser ella para él. Como una hipóstasis naciendo en el elixir de su recuerdo, aquella figura le empezaba a enderezar no sé qué voluntades, a ahogarle el pandemonio de sus desórdenes.

Las calles, las aceras, colaban sólo travesuras nimias. Juan José no parecía comprender ningún recodo, ningún laberinto. Caminando, ya de

regreso, pero frente a su Estatua, novelista prolijo de páginas ruidosamente blancas.

Pese a todo, sin embargo, el disparate del ruidaje, el bullangueo, se hacía también sierpecilla, ruidocilla tambaleante por los desvanes de sus imágenes. Después, en cualquier descabezamiento de su voluntad, Juan José vertía aquella forajida cornucopia por los entediamientos de su mediodía casero. Eran otros resquicios, otros desniveles, obeliscos de una desatada paradoja que le entregaban rostros sinceramente mentidos de aquella Estatua cotidianamente visitada.

Así se van enderezando los recuerdos. ¡Y esta es la Lógica! Mirar a través de cualquier fanal; volatilizar, husmeando, la cola de los días. De esas ceñudas fotos obtenidas, aislar un color, mirar detrás de la imagen retratada.

¡Siempre la Estatua!, se dice Juan José. Su Estatua, columpio, por su vacío, hasta ver si se agarra por algún prolijo salto del deseo. Por ahora, nada, su mismo aquí y allá, embudo de sus días, hasta el visitar diario al parquecito mocho de la Estatua.

Es que también su virtud, su moral, anda por estos tropiezos. Sino que lo digan sus diarios, sus libros secretos. Esa moralina en las siestas de sus noches. Juan José previene apuntando el reverso de sus días; señala un agujero, un torcido dislate en sus quehaceres, pero... Ella se anda por las trampas de su noche de vigilia: en su Diario asoman, por las márgenes, las miniaturas de su figura. En

una página oscura él anatematiza, flagela sus sueños; pero su Estatua asoma, arroja un cuello irreal, un dedillo apenas esbozado; a veces, ni tanto, sólo líneas, hasta pajaritas de papel. ¡Entonces! Entonces el reverso de su Diario, con los esquemas, piel de papel para escalar su Estatua. A veces, Juan José escapaba a su vigilia por un momento; por sus dedos las cenizas de las páginas, Nada quedaba de su reflexivo ceño, de su anotada norma. Pero... *aquello* seguía saltando, anudado en los huesos blandos de sus evasivas líneas, de su escapada Galatea.

Distrayendo su laberinto, se complacía a veces, anotando en su Diario los más banales detalles. Gozaba, previniendo la parición de un pensamiento plebeyo, de una consabida sentencia. Anudado a ese prolijo evidente, parecía recorrer la piel de su yo, desterrar de sus faltriqueras los más evasivos trofeos de sus sueños. Una vez anotó: «Los hombres bailan después del momento de la vigilia». Esas palabras simples lograron tocarlo. Sentía que su propio delirio se iba haciendo volátil y, sin embargo, tangible, disuelto en su propio cuerpo. Ese luminoso «de la vigilia» se le hacía presente, parecía tomar todos los objetos. «Los hombres bailan» quedaba agudo alucinante, vuelco de su propio nombre por el real través de todas sus cosas circundantes. Juan José estuvo en lo irreal de su propio Ser-Realidad, agachado por sus piernas, por sus manos, casi sin atreverse a todo el cuerpo. ¡Qué alegría cuando su rostro!

Cuando su mano por sus mejillas volatilizando más real. ¡Qué alegría! y saber, apretar el contento de saber que eran sólo unas palabras, un sésamo de frase tonta: «Los hombres bailan después del momento de la vigilia. «Pero nada, pero que quedaba más anodado todavía. Porque, ¿qué después del exacto recorrido por su cuerpo, sino pincharle los dedos a las palabras? Entonces todo empezaba de nuevo, demiurgo hacia sí mismo, deviniendo olvido por su cuerpo papel que se iba de nuevo doblando en las paredes—¿Qué palabras?—de su frase brillante en la vigilia. Que es como decir que la Estatua, que su Estatua, se había puesto coturnos de nieve. ¿Por dónde andaba el cuerpo de Juan José?

—Amigo Juan José, la virginidad es una tara del Capitalismo.

Después se oyó su risa, su manera de hacerle el dislate a la noche. Este Suárez, su amigo de la Cinemateca. Ahora volvían a comenzar los diálogos del film. Pero Juan José se había llevado a Suárez, casi imperiosamente, cuando iban a comenzar la reunión los cinematequistas. A pesar, siempre escapaba algo de aquel aquellarre: la cinta de palabras que ellos se habían llevado, la sacaban de sus bolsillos ya en la esquina. Entonces Suárez izaba preciosas teorías. Teorías sobre todo, sobre el mundo, sobre ese mundo que a Suárez no le interesaba realizar. «Amigo Juan José, la virginidad es una tara del Capitalismo».

Su amigo Suárez. Sus conversaciones en los

corredores de la calle, en un determinado nivel de las aceras. (Pues es absurdo decir que hemos hablado con Z en la calle, que hemos comido en el comedor frente a la playa, que hemos amado en una tarde. No, sólo hemos hablado en una determinada escalerilla de la calle; aquella y no otra que anda por unas palabras sin sentido que, al repetírnoslas, nos entregan su zumbido de noche, por una exacta esquina. Pues sólo la memoria nos ofrece la realidad, pero sobre obeliscos futuros; alucinante, pero ambigua, nítida en su sueño a medio ahogar. Digo, no podemos decir hemos amado una tarde, sino toda la cornucopia resbalada de *lo otro*, pinchazo de su sueño en la memoria, posibilidad de lo real. Lo *real* así en lo entrevisto, en lo mentido exacto). Juan José miraba a Suárez. Después aislaba un vacío, nítido; se complacía en sus divisiones, en sus ausencias no habitadas, piel que se desecha en la nostalgia. Venían entonces sus olvidos, y era sabroso formularlos para él. Destapados, evasivos olvidos casi sin su cuello de su recuerdo a medias. Suárez seguía hablando.

¿Acaso no era también Suárez una pregunta de su olvido? No estaba también él por medio cuello, asta trunca, como que a resolverle posibilidades. Porque Suárez, eso sí, no se escapaba tampoco de su trama, de su decisión. Juan José estaba dispuesto a moverlo, a trazarlo, en el nítido contrapunto que ya a veces soñaba a medias, en el contrapunto de su Estatua.

-Aquella noche lo comprendió en prolijo evidente, en diáfana señal. Decir que ejercitó la voluntad para ello no sería exacto, pero ¿qué poder decir? ¿Qué, entre aquellas sombras de la Cinemateca?

El Personaje, con evidente ceño galán, afiló sus traviosos gestos, sus ingenuos malabarismos en el donaire. Rota mecánica de gestos, en la Heroína, su mirada golpeó el silencio un justo segundo que vastó a medio que soñar otro vestíbulo posible en la Cinemateca existente. Al acercar el Personaje su sillón de mimbre a la Heroína en apresurada conquista 1920, se oyó una frase del traductor; nada movida, pero fue todo. Ahí empezó la caza del Personaje. Sus acechos, sus esfuerzos, volatizaron el film.

Esa ingenua acechancia posibilitó una realidad en Juan José. Fue el cernido deslizar de una preciosa cetrería. ¡Cuántas veces había deseado realizar este empeño, poder sonambulear una preciosa caza! Pues, por aquí andaba. Sillones de mimbre, espiral caricaturesca del Personaje, el film en su andar; pero ya Juan José recibía los primeros aljófares. (Todos estaban en esas aguas oscuras, agujereadas. Era como una húmeda sustancia sobre las manos de los espectadores). De aquí podía partir Juan José con las palabras. Primero fueron ingenuos nombres, meros conjuros infatilmente enlazados con sus deseos: cetrería, cascadas de agua, aljófares de estas aguas nocturnas. Después fue todo.

¡Y qué placer! Qué enorme, desaforada travesura, en esto de saltar los espejos de las sombras filmicas, atrapando, en el argumento folletinesco de una antigua película silente, el nítido albergue de una cetrería en el sueño.

Es que también era esto, como esa piel de estatua que buscaba. Porque también estaba su ofuscada pero precisa voluntad. Sino que lo diga su travesura en demiurgo, cómo buscaba un objeto en el sueño para cernirlo exacto, para recortarlo hacia sí con todas sus aristas. Sí, Juan José vivía, se jactaba de vivir en la mimesis de los objetos. «Visión del paisaje», se decía; pero no, no era esto; él tenía que reproducir el paisaje a través de un objeto, quizás el más ínfimo. De aquí partía para su elaborar, para su vivir la memoria. Así, él recordaba su infancia a través de tres objetos: una cinta de terciopelo, una pesita, y un conjuro que hacía en sus bolsillos con sus dedos. Ellos tenían su paisaje de infancia, factado, distinto. Precisos, como fantasmas que se disputaran sus espacios.

Ah, como movió sus mimesis aquella noche. Era su mayor atrevimiento en el afán de ser otro, de ponerse a mirar su yo por las callejuelas de un objeto.

Ya ahora casi podía contarle a Suárez su lujosa pretensión de soñarle vida a una estatua que había hecho otro. Era como siempre, como en otros años de adolescencia; Juan José recordaba sus amigos del Instituto, los espejos por donde se me-

tamorfoseaban sus objetos entonces. «Me había echado su niñez sobre mí», se decía Juan José. Sí, él sabía una imperiosa necesidad de aquellos objetos de su adolescencia: las libretas sudadas por la mano, los zapatos con el tedio fácil de lo cotidiano escolar. Y por ahí andaba su *Mímesis*, eso que lo hacía sufrir hasta ser otro. Estilizada voluntad de su sueño que le señalaba un conjuro en sus gestos, hasta copiarse en la imagen opuesta. Su amigo, en la adolescencia, como el objeto que elaboraba con sus dedos en sus bolsillos cuando era niño. Es decir, elaborar una imagen a través de la lógica rigurosa de su sueño. En esta imagen se abría el libre juego de Juan José, la posibilidad de su osadía. Por las anécdotas de sus amigos el conjuro de sus objetos, su batuqueo dentro de un exacto espejo. En un trazado lograr sus objetos a través de un recuerdo que no era suyo. También era el amor, la posibilidad de su amor. Ah, Juan José sabía esa tremenda y apócrifa calidad de su erotismo. Cómo sólo había podido amar en su adolescencia a aquella muchacha que surgió también con el símbolo de su *Mímesis*. Después, Juan José había vivido por las metamorfosis de su Imagen, copiando o retocando su sueño. Pero nunca más amar. Aquella muchacha había quedado con sus objetos, lejanas posibilidades casi entrevistas.

Esta era la piel de su estatua. Quizás ahora se lo decía a Suárez. Era su Ser a través de la *Mímesis*. Sabía la grotesca calidad de aquella esta-

tua, el embadurnado romántico de aquel parque donde estaba. Pero había esa lujosa obsesión de soplarse, de sumirse en lo enemigo, en esa orilla que nunca le tocaría.

Le diría a Suárez el escaso nombre de su amor. Ese roto, que le hacía golpearse, hasta adivinar un gesto mediocre de otro, hasta ser la resolución banal de algún intonso personajillo. Eso que le hacía no comprender el orgullo creador.

Sabía entonces sus preferencias, sus aversiones. Recorriéndose hacia otro espejo de sí mismo encontraba esa semilla de su ficción, irreal perdurable en la orilla enemiga. Sabía ahora lo que nunca le había tocado, porqué su rechazo ante el ceremonial. Adivinaba su desdén romántico ante lo continuo creador, ante el lujoso orgullo del artífice. Su *mímesis* no le inferiorizaba ya, recorría su atolondrado y lastimoso destino con un secreto rencor gozoso. En sus preferencias hacia el discontinuo de las páginas de Amiel, alentaba el romántico preferir de aquello que no se expresa, la piel desventuradamente olvidada en otro sueño. Así, en esa derrota, su deslizar espejos por su *Mímesis*, su posible en lo otro, que es eso de lo real en el sueño de la Realidad.

La noche escapaba, atolondrada de algunos tirabuzones opuestos a su propia Lógica, que es como decir la risa agujereada de su conjuro inverso. Suárez ya no estaba. Juan José comprendió cómo darle vida a aquella estatua. Recorrer la propia piel de su espejo, tacto por su posibili-

dad de lo real, reinventando su sueño en lo cascado inexistente, órbita casi deslizada hacia su no—ser siendo en el Objeto—Real.

Ya estaba lo centropotente de su espejo en la *Mímesis*. Le daría vida a aquella Estatua ajena a través de sus actos, de sus gestos. Realizando la vigilia de esa estilizada sierpe que iría creando la piel de su Estatua. Primero sólo sería un prolijo vagar por sí mismo, como el que trata de detener el sueño de su propio cuerpo. Después, con mayores audacias, vendrían normas implacables, tajazos definitivos. Muchos de sus fantasmones correrían con sus propias cabezas, alejadas por el ceño alucinante de su vigilia. Recorrería entonces sus comienzos, hasta buscarse en los intersticios de una *mímesis*. Esta *mímesis* podría ser soplada por cualquier punto, por la más mínima anécdota de objeto.

Pigmalión de la Estatua de otro, Juan José andaba por esas previsiones. Se ha dicho, por aquéllos que creen haberlo visto, de su exquisito cuidado, de su alambicado tacto.

En buena *estatuaria mimética* nadie podrá decir nada. Sólo la Fortuna o no de conseguir su favor, su conquista.

Ya Juan José, en esto de darle piel a su Estatua, quién sabe por qué otro sueño ande ahogando su laberinto exacto, su métrico designio de escaparse en el objeto de otro. De todas maneras, esperar. Y algún angelote cuerdo que nos susurre algún

día el fin de su piel, su destartado inverso de agarrarse a un espejo ajeno. Entre tanto, repito, la espera y, agarrarnos a esa esfera fiel de nuestro personaje, la piel de Estatua o, lo que es lo mismo, la *Mímesis*: única forma de ser verdaderos.

OTRO SUEÑO

Perfecto credo el de aquel día. Un perfecto credo para Antonio, el pintor. Todo que se hacía presente con un fulgor desconcertante, como una manera imprevista de abrirse las cortinas en el escenario de un teatro.

Antonio estaba acostumbrado a su sueño, al volver de sus sueños: «repasando mi vivir», decía. Esta tarde se le hacía creadora. Pero creadora con un lujo distinto, como si todas las melenas de los parques, de las casas, escandalizaran aviesamente el presente.

El presente, ah, esa era la palabra. El presente que se desbordaba por todos los lados, en lavatorio, en absolución.

«El presente lava los pecados», se decía. Y pensaba en su amigo, un poco travieso, que le repetía aquello de:

—Amigo Antonio, usted siempre va muriéndose dos veces. Dos veces, como le digo. Usted muere por lo real que no vive y, por los sueños que se le van muriendo a cada rato.

Pero Antonio no respondía, se respondía a sí mismo, en esa dialéctica minuciosa de los que sueñan. Se respondía de mil maneras, aunque sólo atinase a andar por un solo camino. Por un camino tan colérico, tan restallante como la realidad. Al fin, ¿qué era la realidad? Porque Antonio sentía la realidad en sus cuadros. Amaba esa casi obscenidad de las líneas cuando agrupándose fijamente en los flancos de sus figuras, elaboraban—casi se diría que tostaban—la realidad de su cuarto. Y, era su propio lecho el que se consumía, devorado por algún claro-oscuro bestial. Al fin, sí, ¿qué era la realidad?

Pero aquel día era distinto. Ya se había dicho, y Antonio lo volvía a repetir: el presente. ¡Aquello era el presente! Y, ¿qué era? Porque no era una visita, una enunciación; no, de ningún modo: la ciudad estaba en su siempre, con todas las huellas de los hombres. Con todas las huellas digo, es decir, nada humeante, nada que pudiera hacer cambiar el exacto laberinto de la realidad. ¿Qué era? Nadie sabría contestar, ni el mismo Antonio. ¿Acaso aquella extraña risa, sin embargo vulgar, que se oía lejana y que arañaba un poco los contornos? ¡Sabe Dios qué demonio de cosa es el presente!

2

Estaba a su lado... Ella. En la misma vidriera de la farmacia, exactamente frente al cinemató-

grafo. Antonio no la había visto nunca. Y ahora encontrarse así, cuando él comenzaba a respirar.

Ella estaba, con aire descuidado, a su lado. ¿Qué miraría? Las vidrieras de las farmacias sólo sugieren pesadillas absurdas, petrificadas.

En su aire indiferente, su vestido tenía el hábito de los días. «Como este mismo instante», se dijo Antonio. Y, sí, ella era el instante... Ya Antonio sentía toda la monstruosa presencia del momento, del momento sin más. Sentía en los cabellos de ella ese vivir lo actual, que es paradójicamente un tiempo roto por todos los costados. Así, cualquier viento, cualquier paso de los autos, empezaba a resucitar sus otras caras. Aquellas caras de niño: cuando se decía Hernando de Soto.

—Así era, así era—se repetía Antonio ante aquel vislumbre. ¡Se decía Hernando de Soto! Se decía en el malecón cuando yo era niño. Se decía por mis tíos, por aquellos viejos republicanos. Sí, Hernando de Soto tenía todas las noches puestas. Se alimentaba de nuestros juegos, de nuestras sombras. Ah, los tíos, aquellos viejos republicanos con cabezas de nuestros juegos, nos acompañaban después por San Lázaro. Ah, San Lázaro tenía largos callejones, tenía boticas que nos engañaban a cada vuelta de esquina.

Pero, ahora, alguien se arroja entre los peces y me alumbra un solo rostro que se va muriendo, que se ha muerto siempre. Ah, si lográramos olvidar a ese ahogado con su sangre de barajas muertas. Pero había... El mar, deteniéndose a

veces, vertical, nos soplaba un rato: eran las calles de la ciudad. Había cuentos, los abrían nuestras espaldas: un poco de sudor, de un salto, de un zapato de nuestra infancia. Ah, los viejos paseantes republicanos no se asombraban. Yo iba de la mano...

Ya ella estaba casi al volver la esquina. Había desaparecido del lado de Antonio. Pronto no se la vería. Él pensó seguirla, quizás conocerla. Pero hay un simbolismo mayor en las ausencias, en las inhibiciones. Un simbolismo que venía de aquel día, de aquel presente. «Si la dejo ir, lo real, lo presente de esta ausencia irá proliferando hasta lo monstruoso. Mi sueño no morirá nunca».

Ella permanecía en el mismo lugar. Seguía, pronta a desaparecer. Los anuncios del cinematógrafo lanzaban fríos guiños, convidando a su habitual ración de sombras. El cinematógrafo, ella pronta a desaparecer, se roían sus imágenes en la conciencia de Antonio. Se roían, llegaban a deshumanizarse convertidos en fríos garabatos de aquel presente monstruoso. Antonio pensó en alguna magia, turbadora, pero fatalmente necesaria. «Todo comienzo es un túnel», se dijo. Luego, se preguntó si en algún momento de su monólogo, había amado a aquella sombra femenina que estaba al desaparecer.

Porque Antonio temía que antes de que ella desapareciera del todo, una confusión mayor le turbara. La confusión de las imágenes entrelazadas, abrazadas por aquel presente devorador. Sí,

ella, los anuncios del cinematógrafo uniéndose, devorándose. Ella que se hacía conmovedoramente infantil, como aquellos anuncios. Los anuncios casi que enamorando todos los contornos con su obsesión de instante, de no estar mañana. Los anuncios, casi felinos, voluptuosos pregoneros de la sombra. Qué enloquecedor revoltijo esencial encendió la imaginación—la sangre se diría—de Antonio: toda la calle que estaba trastrocándose; febril en su estar ahí, delirante.

Cuando ella desapareció del todo, hubo un último remolino en aquel rostro del presente que obsesionaba a Antonio. Era como un látigo de discontinuidades que hiriese sus ojos. Ella se iba y, el presente, la realidad, elaboraban un sueño mayor en su estar ahí. Era el inmenso y boquiabierto garabato de las cosas sobre la fría planilla de aquel día. Ah, lo presente era también un sueño. Una atolondrada obsesión de ser un túnel. Una mágica revelación del vacío.

Antonio pensó en el terror, terror de las cosas. Pero no, no era ese terror de los muebles en la noche, de sus discontinuas palabras entreoídas; no era ese sabor sutil del terror que es como una somnolencia, sentida a través de no sé qué mágico tacto que poseemos—ese mismo tacto mágico que a veces nos entrega la sensación de apresar algo entre nuestros brazos. No, no era ese terror. Era el terror de lo frío, el único fantasma del sueño de lo real. El frío, que se desprende de las cosas

cuando están verdaderamente presentes en su terrible estar, en la desolación del mundo.

Pero ya lo hemos dicho: ella había desaparecido. Antonio sintió que los fantasmas de sus sueños volvían. Volvían desesperados, desmeledados, como aeronautas frustrados. Venían pidiendo el elixir de su antigua vida. Ellos perdaban todo, olvidarían aquel naufragio de lo real; pero clamaban por sus antiguas coronas de espumas.

Algo infinitamente misericordioso recorrió a Antonio. Casi se diría que una lagrimilla ectoplasmática deslizó su titubeo por sus ojos. Si a los sueños pudiera rezárseles, Antonio de buena gana lo hubiera hecho. ¡Ah, cómo no!, si los fantasmas del sueño tuvieran un dios, Antonio lo hubiera evocado; hubiera venerado profundamente sus grandes barbas de fantasmón celeste.

Pero, ¿qué había que decir a todo esto? Antonio regresaba. ¿Regresaba? Sí, a donde regresan todos los hombres en el crepúsculo. A esa última nube de la tarde donde los hombres de la calle, los de siempre, esperan acostarse algún día para dormir un poco más que de costumbre. Regresaba con todos: con los que parecen reír de no encontrar nada; con los que caminan rápido y después se aburren; con los que hacen como que regresan, desde hace muchos años. Antonio sintió como algo cruel todo aquel zumbido de los humanos; apresuró el paso, los sueños se le habían adelantado.

«Ya pronto acabará este presente», se dijo consoladoramente Antonio. Caía la tarde. Él esperaba reconquistarse pronto, aliviar el desgarrón de la realidad sentida. Mientras, los fantasmas del sueño alborotaban el cuarto en espera de su otro yo, de su yo más comprensivo para ellos. Algunos, entusiastas, arreglaban su cama desternillándose de risa. Otros se asomaban al balcón, familiares, amigos de todo. Antonio los contemplaba.

Después se acabó la tarde del todo. Antonio se había escapado a su trajinar, a su absurdo. «El sueño de una realidad», comentó para sí. Y volvió al sopor de sus antiguas ficciones, tapando a cada rato el agujero del vacío, el azar de aquel presente.

HOMBRE SENTADO

Se diría que se iba. No. Sólo que deslizándose en lo inquieto. Y aun... esto es objetar. Nada podía objetar, arriesgar, de sus pies que se movían.

Sí, cuando su cuerpo hacia adelante. Era como un exacto temblor entre su cuerpo curvado y el espaldar del banco. Me explicaré: digo que no podía detenerme sobre su cabeza, tenía que mirar un poco más lejos. Digo escuetamente lo que vi: en aquel momento una pareja se detuvo en el espacio que abría su espalda. Ambos jóvenes, nítidos, lejanos quizás. Ella le tomó la mano, sonrió mirándolo. Él no pareció percibir, miró hacia delante. (Entonces la cabeza del hombre sentado en el banco pareció querer adelantar, subiendo; pero no, fue un estremecimiento que no cambió el plano de mi mirada.)

Ellos eran. Seguían por la breve abertura. ¿Por qué su parecer venir hacia mí? Recordaba las sucesivas ondas de un charco. Puede que mi mirada se hubiera detenido demasiado en aquella abertura dejada por la espalda del hombre sentado; que hubiera aumentado su tensión. Trato

de recortar aquella sensación: al fijarlos parecía que ellos perdían sus límites. Sus límites, que no sus dimensiones, pues ellos permanecían breves aunque sus límites empezaran a agitarse; primero en la paradoja de un movimiento estático; después, como la desintegración de una materia, hasta parecer regadas en la mirada.

Más lejos, en el estanque, las bocinas soltaban las notas de «La Comparsita». Ello, en el instante, turbó la visión. Después, la vista pareció enlazar, unirlo todo, creando su exacto. (En aquel momento el hombre y el banco formaron una perfecta figura geométrica, sorprendentemente breve.)

El tiempo pasó. Unos instantes, un minuto, no sé. Pero conseguí la mirada. ¡Tan inmóvil parecía el hombre del banco! Y la pareja quedó detenida, perdido ya aquel vagar de sus dimensiones en mis ojos.

Ellos en la vibración, parecían deshacerse de sus figuras. Y esto los hacía deslizarse en nuevo trazado, aplastándose, frotando los árboles que tenían detrás. El rubio del pelo de la joven intentó resurgir, animar las manchas; retrotraer a la primera visión de las figuras. Pero sólo fue un instante, y ese rubio de nuevo en el manchón. Contrastó con el fondo más chato y oscuro de otras figuras.

Yo persistía en la mirada y las figuras se convertían del todo en manchas. Se diría que con aquel vagar de los primeros instantes hubiesen

perdido su materia inútil; que entonces adquiriesen su última estructura.

Ya ellos no tenían rastro. Como lo necesario... Pero no, porque no creo en las *necesidades del paisaje*. Sino que (queriéndolo explicar) se había impuesto su prístina gravedad de puros elementos.

No sé, no puedo decir si ella ha sonreído. Si lo hubiera hecho creo no fuera perceptible.

Tampoco diría, ni puedo decir si ellos dieron algunos pasos, si se sentaron. Sería como analizar el movimiento de las hojas, nadie ha analizado el movimiento de las hojas.

Todo estaba abultado: las ramas, los árboles, la curvatura del hombre sentado. Ellos (recordemos que ellos fueron una pareja) quizás acusaran un poco más ese perfil, esa *tendencia del paisaje*, pero nada más.

Unos niños chillaban, trataban de pasar; pasaron, cercanos a mi mirada. Estos niños parecieron demasiado escapados, como sin brazos. Se diría que iban a hurtar el plano de mi visión, que iban a hacerlo saltar en un gesto imprevisto. (La pareja miró a los niños.)

Los niños corrían, daban vueltas alrededor de los árboles. ¡Que se estiraban!, se alejaban. Parecían enormes. Parecían blancas tiras de papel. Aquel niño, largo, era cucurucho ya: soplabla como un papel fuertemente arrugado.

El manchón de mi mirada rodeada por aquella gran tira de papel parecía un grotesco teatro ve-

getal. Tomé, retomé más giros (el ruido se escapaba, lejano ya). Y aquí me vuelvo yo también sin brazos, como los saltantes niños. Giro en la mirada, comprendo, ensayo un conjuro: esa abertura dejada por el hombre sentado es aquel pequeño horno que quedaba de la Panadería quemada. Íbamos a él en noviembre (estoy en un día de noviembre) unos cuantos niños, antes de que llegara el tren de la tarde. Recuerdo las rodillas frotadas por el frío (hoy también hace frío). Había unas florecillas rojas que nos quedaban en los bolsillos mientras subíamos la destartalada cúpula del horno quemado. Después el regreso, la comida a las siete; de pronto, durante la sopa, sentía las flores deshechas en los bolsillos. Esto me hacía correr, abrir la puerta de la cocina al patio oscuro, tirar las flores. (El patio oscuro era la historia de un viajante al que le soplaron sus vidrios.)

Entonces padezco la euforia de creer comprender toda esta plástica. Siento ese cucurucho de los niños, ese manchón de las figuras. Con un conjuro en la mimesis me propongo ensayar, durante la noche que ya va llegando, toda una manera de mirar—de ser yo—en que la imagen se parezca a un horno quemado.

LA SEÑORITA OFELIA

Con una estoica precisión, sin tacharle el ingenuo conjuro de sus manías, señaló X la hora, las cuatro de la tarde. Señaló, sensual, su presencia, en precisos saludos. Ahora se dirigía por el corredor, en su búsqueda, tras su figura casi.

No se sabría por qué, no se podría decir qué lo llevara hasta lo irrealizable, hasta la sutil pesquisa de sus invenciones. Sin embargo, no tenía que darse excusas; quizás, el vientecillo de una nostalgia le había reavivado el paradójico juego en que antes le gustaba sumergirse, ofreciéndole aquella tarde el relieve gozoso de un artificio, hecho ya paladeo por los recovecos del recuerdo.

Si esto no tocaba su realidad, no importaba. Un tanto sería, escaparse al registro de sus posibles, a la inevitable disolución de sus sueños. Aunque sólo fuera una tarde, escapaba un poco a mantener su rostro innominado, a acabar de girar en su figura... de girar, sí, a liberarla de tanto sonso espacio como su hastío le había comunicado. Porque es indudable que volvía a un antiguo juego. Porque era, quizás, deleznable

práctica invencionar suerte de mímica para sus huellas, pero, sin embargo, aún su estupor se le hacía recurso. Y era, como fuera, que volvía a su trazo, a los antiguos golpes de ruptura que tanto sabor le habían comunicado.

Diremos que este considerar fue su preludio, su lujosa manera de digerir, tras su rumia, todos los sucedidos cotidianos y repetidos que, en grotesca espiral, trazaron la invisible cinta que desde su salida del corredor hacia la calle, lo condujo hasta su casa, evitándole la áspera recriminación de lugarejos conocidos.

Al entrar, el apresuramiento de su mirada sobre apagados objetos cotidianos, como para comprobar. Revistas que habían quedado amontonadas desde ayer, sobre la mesa de la sala; algunas llaves. Todo iba, pues, al exacto, a su cuadrulado retazo. Era como en los voluptuosos siesteos de su semivigilia, y ahora... El detallismo irritable de la Señorita Ofelia, su sequedad, secuestrándole al contorno todas las aristas. Ella también estaba en esa tarde, abría las puertas de su balcón. La reticencia, el rencor de su mirada, iban agujereando manchas, retando espacio casi hasta envoltijo, hasta cáscara del sueño. Repito reticencia, rencor de su mirada, que hasta agujereado manchón, que hasta cuadrulado... «Maquinalmente hablando sobre mi figura, sobre esta irritable linealidad de mi señorita Ofelia», se dijo X. Y allí, con él, aquel esfuerzo sensual de fragmentar su figura, de seguir en su imposible la-

berinto. Lados, trastes de los días, entreactos geoméricamente reinventados de un sueño a medio huir, todo ello así, a lineal retorcijo de los contornos. «Maquinalmente, se repetía X, a puro galope de sus líneas, pero, entonces, ¿cómo relatar sus días?» Y era su figura, aquélla que el burujón de sus repasos le había designado como la señorita Ofelia. Ella, que hoy lo había hecho salir por el corredor, buscándole sus pasos.

Sonó el teléfono. X oyó una voz extraña. No, no, estaba equivocado, no era éste el número. Un retazo de seca y espectral mirada le había llegado con aquella voz, como si quisieran colarle su visión. Y, ¿cómo sería su figura retando sus aristas, a través de una mirada ajena? Trataba de deslizarla por lo que pudieran ser los otros. Pero era inútil, porque a pesar del juego de la tarde, iba tomando una áspera sensación de su engaño. No era cuestión de sibilina intuición, de presagioso desarrollo, sino como la experiencia de sus líneas, de su previsible e ingenuo laberinto. X volvía a lo de tantas veces, podía hasta no tomarse la molestia de anotar estos caprichos. Pensaba en la ingenua ironía de sus líneas, donde las figuras que inventaba, se le iban perdiendo hasta el ceniciento y burlón contrapunto de un como ovillejo.

Ahora quizás en reto. De una parte, X comparaba sus juegos de antes, su sabroso abandonarse a miniaturescos conjuros, a previsibles trampas miméticas; por otra, estaba su estoica desazón,

su manera de *estructurar*, de aplastar su figura con un solo borrón.

De nuevo se dejó trascender por todo lo que le escapaba, parecía como a querer cambiar todo este rato que le pertenecía. Su sopor fue lento, voluptuoso desengaño a tercamente desencajar la maquinaria de su figura. Acaso todo podía permanecer así, él sería para siempre, móvil y estático frente a un sueño que no le acababa de pertenecer del todo, frente a un amasijo señorita Ofelia entre las líneas. Podía aprehender, quizás seguir sus juegos de antes, sólo que con apresar un poco está manera de deshacer. Así evitaría recriminaciones de su vigilia, vergonzantes capitulaciones, con que ahora pudiera dar una vuelta más.

Con ello, pensó en posibles análisis, en lujosas maneras de ir descabezando sus figuras. Restos casi de su cuerpo, de lo soñado por aventuras de sus sensaciones, recordó X todos sus personajes, los que se habían desparramado por su contorno antes de la aparición de la señorita Ofelia. Hurgaban, abandonando ya todo su espacio; trepaban, como muñecos de cuerda desatada, para interpretar el dislate de sus líneas, el amasijo de sus figuras. ¡Y X, que ahora sentía la alegría de no haberlos querido apresar nunca! Palabras, máscaras de sus días, minuciosamente trabajadas, no decían más que cualquier desparramado fragmento. El pensó que, después, podría colocar a sus personajes, ya convertidos en muñecones, en

cualquier caja arrojada por sus sueños. Una manera estéril, pero voluptuosa, en su escasa forma de atrapar.

En repetido sabor, X ahora sabe que se van desprendiendo girones de sus imágenes, que con esta tarde ha terminado la búsqueda de su personaje. Su señorita Ofelia estará ajena, en lo poco difícil de ser colocada entre líneas que escapan de sus dedos. Resto del plumizo cielo parece a no abandonar la ventana, y como si lo repasaran en pequeña culpa, él se levanta del sillón. Le parece que si su sueño vuelve de nuevo, ha de ofrecer una curiosa figura, algo que asemeja la osamenta de un espejo donde, su señorita Ofelia, como un roto y tragicómico títere, ha de ofrecer fragmentos pequeños de sus manos, entre el aserrín de sus líneas desatadas.

UNA AVENTURA

Ningún recuerdo; a lo más algunos murmullos pequeños, galopantes, ensordecedores, qué sé yo, sobre la vida de aquel Daniel Pérez. Que era curro si lo sabíamos. Sí, eso sí. Pero nada más, nos bastaba. Un murmullo, pequeño, ensordecedor a veces—en los pueblos es así: todo suena hiriendo, después desaparece—, para no aclarar. Para saber lo que siempre sabíamos: Daniel Pérez, el curro.

De a dónde iba y venía no había que decir tampoco. Eso había muerto hacía mucho tiempo. Es más, no creo que nadie en el pueblo recordara haberlo visto por primera vez en lo que hacía. Y, ¿qué hubiera importado? Sus hechos, su pequeño cubo, su regresar de la huerta por detrás de Candelario eran cosas de eternidad. Como si al quitárnosla, nos quitaran el parque o el alero del portal. Eso es, del portal, que ya tenía su tarde, su única tarde, con Daniel Pérez subiendo la acerita un poco rota, entre el manojito de plátanos y su cubo.

No había nada que decir. A lo más asomarse por la esquina del herrero, o darse su vuelta por la misma casa de Candelario. Que gente había en el portal siempre como para acompañarnos hasta la noche. Que si no estaba la chiquita Lidia, allí estaba la vieja Eloísa con más pelos en la lengua que un barbero de campo. Y se estaban los sillones *taca que te taca* hasta que Sinesio, con los pies en la baranda, decía: ¡Daniel Pérez! Como si fuera una orden militar. Y le hacía el guiño a Doña Eloísa. Su guiño viejo, con una malicia repetida, casi ya olvidada. Eso, nada que decir. Porque a Daniel Pérez no había en qué sorprenderlo. Saludaba mascado, decía Doña Eloísa. Saludaba con los ojos más chicos de lo que verdaderamente eran.

Si fue a La Habana nadie lo vio nunca. Sería en la guagüita de Yeyo o en la máquina de Magdalena, pero nadie lo vio.

A Matanzas sí fue. Pero eso ya era otra cosa. Y además fue de testigo. Con aquel lío del incendio en la casa de prendas del ingenio. Pero él no tenía que ver, ni los demás testigos tuvieron que ver. Algunas preguntas en la Audiencia y, paf, por la tarde en el pueblo. Lo vieron algunas viejas malditas que siempre andan detrás de las persianas. Porque la cosa era que llovía—ese poco de paciencia hueca que a veces restriega a los pueblos—. Y Daniel tuvo que correr por el parque con el periódico por la cabeza, el periódico que le dieron en la bodeguita de Publio González.

Pero, como digo, ese viaje no tenía importancia. Un viaje a Matanzas como podía hacerlo cualquiera: almorzó con los otros testigos en una fonda que conocía el Químico; fue a saludar a un primo casado, con bodega en Pueblo Nuevo; llegó a la casa con su caja de dulces y el periódico mojado que le regaló Publio González. Eso sí, a La Habana nadie lo vio ir.

Pero ahora este enredo era gordo. Con su imposible, con un jelengue soplando por todos los lados. Era como para trastocar todos los cuadros del pueblo, como si empezaran las cosas a virarle la importancia al recuerdo. La vieja Leticia Ramos se hacía lengua de que esas cosas sucedían poco y de que cuando sucedía... era que algo andaba mal con el demonio.

Y todo era el andarivel, la trompetería mayor:

—Mire Alcalde, que hasta Daniel Pérez anda de luna...

Todos se acordaban de su tipo insignificante, de su monotonía. Porque, más monótono que Daniel Pérez no lo había. Algunos guasones del pueblo lo llamaban el retrato del tío difunto.

Y el trabajo que costó para que fuera al Casino. Fue algunas noches, después de una veintena de años en el pueblo. Poblado con su sonrisita para adentro, con el adefesio de sus pensamientos.

—Pero qué tiene que ver que haya ido... A lo mejor son unos sobrinos de que hablaba...

Era imposible que rompiera nada, que lanzara hacia arriba el tirabuzón de su tedio. En el Ca-

sino la luz pequeña, como de insecto, del portal. Daniel Pérez allí. Alargaba el sillón despacio, un poco... puf: el tropezón. El tropezón necesario, cayendo a su hora en. La taza del Alcalde que decía: —Adonde hay hombre no hay fantasmas. Se muere, se muere el que me la gana. El dominó revolviendo, cayendo por todos los tejados del pueblo. Daniel Pérez que un solo tropezón necesario después que decidió ir al Casino. Un tropezón y... era la hora: Petrona González con la oración del Justo Juez para que sea su familia lo que es, una familia honorable. Los González del pueblo, respetados por todos, siempre honrados a carta cabal. Que no, que no se movieran de su casa también honorable, de su casa con mostacho catalán y, nada menos que frente al parque. Los González, que puf, que el tropezón. Que no importaba el tropezón; para eso estaba Petrona, para rezarle al Justo Juez.

Pero ahora no había qué hacer. Nada había. No estaba Daniel Pérez tampoco. ¿Qué pasaba?

—Lo vieron por Calimete en la guagua colorada que va a La Habana. La *tojosa* montó primero: aquí mismo, en el pueblo.

—¡Y miren que La Habana ahora!—porque todos habían ido a la ciudad como para saber que algo iba a suceder con don Daniel. Habían ido a La Habana. La Estación de Omnibus nueva. Largo vozarrón ininteligible: 5:30. Todos habían ido. ¿Qué le pasará a Daniel Pérez con la chiquita Dulce, la Tojosa?

Todos... Pero ahora, 5:30, regresaba Marta Rosas, alumna de la Escuela Normal. Enamorada, dulcemente enamorada. Su melancolía corta, su nariz graciosa, algunas libretas bajo el brazo. Enamorada, el viajante Flavio que tomaba su ómnibus necesariamente 5:30.

Todo ese desliz—ya Daniel Pérez no estaba para deslices—que iba a poner mal las cosas en el pueblo. A volver a romper lo remendado, a virar hasta el Alcalde que ya estaba también muy 5 y 30, hablando más que de costumbre cuando en el nuevo bar del pueblo dijo. Marta Rosas que ya en el tropel de la Estación lo había sorprendido. La complicada audacia de sus pequeñas manos sostenían las libretas viejas. «¿Vienes aquí? Yo...» «Me alegra. ¿Te ayudo?» Juntos. Entrando juntos, últimos, en el ómnibus que llegará al pueblo a las 8:00. Ella también estaba enamorada. Marta Rosas, alumna de la Escuela Normal, una muchacha como cualquiera. Vivía a la entrada del pueblo, en la casa que decía «Villa Clara». Poco antes de llegar había que avisar rápidamente; no se bajaba en el Paradero, no; era a la entrada del pueblo.

Poco, poco antes, aseguraban, juraban que los habían visto: —¡cómo podía ser! Daniel Pérez sentado junto a ella. Un equipaje... Juraban que llevaban un equipaje.

—Porque a La Habana la conozco. Como pasear en ella sí... tengo familia allá ¡de lo mejor!

Pero vivir no. Para vivir... que me entierren en el pueblo y basta.

—Vivir tiene que vivir allá. Nadie lo ha visto, pero allá está. ¡No estaba para eso! Estará escondido por alguna parte.

Cuando el Alcalde partió para la casa siguió la historia de La Habana que no se iba acabar nunca. El portal de Candelario echando chispas con ese meneo absurdo de Daniel Pérez. Doña Eloísa tenía más pelos en la lengua que un barbero de campo, pero ahora tenía razón para decir todo lo que se le ocurriera.

—Lo más grande es que fue sin que nadie lo viera.

—Es que andaba con algo raro por esos días —decía doña Eloísa en el portal. Yo a la Tojosita, a la Dulce esa, la conocía. Qué, conocía a toda la familia. La única que era buena era la vieja, la vieja Gloria, la primera que le dijeron la Tojosa. De ahí les viene el nombre a todas ellas.

¡Qué se yo! Un nombre como otro cualquiera: como a Perico Zanabria le dicen el maquinista y a los López les dicen los palomos. ¡Qué sé yo! Lo que sí sé es que la única buena era la abuela. Ahora, a la Tojosita ya la veía venir... Esa, esa se parecía a la familia del padre, que siempre han sido uno orilleros escandalosos. ¡Y con el primo empezó la cosa!

—Bueno, pero es que primos los hay en todas partes—decía irónicamente el sobrino Francisco,

el guasón, que hacía rabiar a doña Eloísa con sus salidas de cínico pueblerino.

—Sí, pero lo que hizo la Dulce con él, no lo hacen todos los primos—y se alisaba la ropa doña Eloísa como para poner coto a tan enojosa contradicción.

—Que Daniel Pérez no tuvo culpa de nada, no señor. Que ya sabía lo que la Dulce... Después de lo del primo estos *tojosos* querían endosarla con cualquiera. ¡Pero este solterón de Daniel, vamos, yo no sé ni cómo fue!

—Por aquí vengo yo todos los días. No, no me canso, uno se acostumbra a todo, hasta a la guerra—ella lo miraba. No sabía ni comprendía. No comprendería quizás nunca. Las mujeres cuando no amaban no les interesaba comprender nada. Después, en el amor, ya no tenían fuerzas para ello. Parece que no habían nacido para comprender: «Vengo, vengo yo todos los días». Las palabras habían desaparecido. Sólo la mirada de ella, Marta Rosas, que no podía asir. Al fin sería mejor. No comprender nada. Daniel Pérez tampoco comprendía nada. Estaba en La Habana, donde habían ido algunos del pueblo. ¿Qué iba a pasar? ¿Qué nos iba a pasar a todos? En el Casino no se hablaba más que de eso. El Alcalde no oía más que ese zumbido. A lo mejor, ¡bah!, cosas locas. A lo mejor todo el país... El idiota de Perico Sánchez lo había dicho: «De esto se van a enterar hasta los periódicos de La Habana.

Aquí va haber guerra dentro de poco». Una pesadilla absurda. Los periódicos, las declaraciones del jefe del partido en la reorganización provincial. La política andaba por ahí, por todas partes. Venía de La Habana entre el paso rápido de los ómnibus. Llegaba aquí, a los pueblos, en la fonda que servía de Estación. Pancho Bonilla agarraba la última declaración del Ministro; algunas guajiras con jolongo al brazo subían. *Un clima propicio, sereno, de virtudes cívicas*, el Ministro ahora agarrado por Bonilla; el mosqueo; un anuncio sobre el espejo oxidado. «Seguidores de aquel *cubano ejemplar* que fue José Martí, queremos honrarlo...»

Ahora el farmacéutico ha entrado por la puerta del fondo, se ha puesto a reirse a hurtadillas; el Ministro lo ha mandado a callar; Bonilla lo ha mandado a callar; todo el pueblo lo ha mandado a callar. ¿Qué tiene esto que ver con Daniel Pérez? ¿Qué tiene que ver con Marta Rosas? Ella no comprende. Nosotros no comprendemos. Ni ese imbécil de Perico Sánchez tiene por qué presagiar nada, acababa diciendo el Alcalde.

Ella había acabado por bajarse. Allí, en la entrada del pueblo. Un día u otro tenía que ser. Ella no había comprendido. La verdad es que aquello comenzó no se sabe ni cómo. Al fin él era viajante y un baile más no daba más.

Pero ahora ya todo estaba dicho. El era casado y a otra cosa. Comprendiera o no comprendiera no importaba, la cosa estaba dicha.

El la vio bajar. El ruido ronco del motor. Algunos perros empezaron a ladrar, no era nada más que la entrada del pueblo. Ya su mirada era más fría. Tendría que comprender. ¿Es que ella no era más que mirada?

Su mirada. El ómnibus arrancó. La tarde parecía un quejido, algo difícil de arrancar de los patios del pueblo. Un punto que se hacía lejano, atrás. Estaba ella, sus ojos. No era más que mirada. No comprendería nada, abriría la puerta. Algunos vecinos entraron en la salita estrecha. Al fin los Valladares tenían la llave y había que echar un vistazo por si acaso: se había ido tan ruidosamente en su silencio. Se oyeron unos pasos en el portal. Doña Eloísa, sí. —Más pelos en la lengua...—con media caja de polvos en su bovina humanidad, había desenfundado su sombrilla. Algunos se sintieron molestos, como creyentes en el templo. Bueno, había que empezar otra vez. Pero, ¿por qué todo estaba como ayer, si nadie lo había visto nunca? Sin embargo, era así: lo único desarreglado era la cama. Y vaya que había que descabalar fantasmones. ¡Cómo para no acabar! Aquella casa tenía el berenjenal del espíritu o qué sé yo. Lo que es que si Daniel se llevó este contagio para La Habana, mal las va a pasar, decía Doña Eloísa.

La suerte es que a Daniel Pérez tuvieron que sonarle muchas cosas, si es que alguna vez le sonó algo. Le tuvo que sonar hasta el portazo de la Marta Rosas. Sabe Dios, ¿quién sabe?: en los

pueblos estos escándalos de solterones pueden producir lo increíble.

Estaba mirando alguna vidriera quizás cuando le sonaron los oídos. Ya digo, si es que alguna vez le sonó algo. No, no es posible—aunque así piensen algunos—que todo le fuera como siempre; que anduviera como en el pueblo, con el camafeo de sus fantasmas a cuestras. Tuvo que haber pensado algo, tuvo que haber movido el adefesio de sus ideas. Pero nadie supo nada. Lo que sí lo culparon de todo, hasta de lo de Marta Rosas.

Ya hemos dicho que no sabemos lo que pasó, ni nos importa tampoco. ¿Qué quieren? Qué más da que la Dulce anduviera por La Habana con un alistado—«un militar de alta graduación»—, decía la espiritista Caridad. La cuestión era que el mal estaba hecho y a otra cosa. Por lo demás, Daniel Pérez parecía como caído de nube, saludó como si tal cosa y a lo mismo, huyéndole hasta al mismo diablo las preguntas:

—Tiempo prudencial por allá—decía Daniel Pérez. Es un buen sistemita esto de cambiar algo. Ahora, como morir, voy a morir aquí.

—Cuando se va a volver a ir—le dijo un día la entremetida doña Eloísa, con gran alegría del portaleo chismoso. Daniel Pérez no contestó nada. Es más, ni sonrió mascado como siempre hacía. Lo cierto es que ahí parece que le empezó el barrenillo. ¿Qué quién se lo quitaba de la cabeza? Bah, ni el mediquito joven que an-

daba con esos libros nuevos diciendo que era especialista.

Porque que fue doña Eloísa no le queda dudas ni al cura. Sí, bien es verdad que andaban los haraganes del Liceo haciendo risa con lo que le pasó a don Daniel. Pero no, eso no pasó de ahí. La culpable fue la vieja Eloísa con su pregunta del infierno. ¡Qué acostumbrada estaba ella! ¡Con los anónimos que había mandado a la gente del pueblo!

¡Y que todo dejó dudas de lo que había hecho Daniel! Porque la Marta Rosas... No sé qué cosa tiene el diablo que en estos pueblos que no pasa nada, se ponen las cosas a unirse hasta volverse un lío. Y lo cierto es que la Marta sin ser una santa ni nada por el estilo, lo entendió como nadie. Eso, eso es lo raro. Porque aquella noche, y aquel viajante que era un remanido sinvergüenza. Es que la sangre, no sé, en estos pueblos. Porque, díganme ustedes: ¿Qué relación podía haber entre los dos?

Así fue cuando se lo llevaron para el hospital de Matanzas. Cuando se lo llevaron, más seco que una yagua vieja, en la máquina de Magdalena. Todos, todos sabíamos en el pueblo que andaba con tornillos flojos :esa manía de no salir no podía ser buena y, después de lo que le dijo doña Eloísa. Y, óiganme, aquí está lo raro: la única que lo veía fue la Marta, le dejaba la cantinita por las tardes y parece que don Daniel a veces le habló algo. Lo cierto es que ella lloró, cuando

se lo llevaron, como para hacer el cuento. Y aquí estaba lo raro. Porque lo cierto es que a don Daniel no lo lloró nunca nadie, ¿y por qué había que llorarlo? Es más, a la máquina casi no lo acompañó más que el Alcalde. Y si esto no es algo de sangre o del demonio, que venga Dios y me lo diga. Porque lo de don Daniel—que ya Dios lo perdone—no podía ser bueno de ninguna manera. Que en estos pueblos los casasola tienen que ser casasola y las muchachas Marta Rosas no andar por berenjenales benditos.

Pero bueno, ya esto pasará a ser historia de la nana y, a otra cosa. Ya veremos cuando la Marta se espabile o se case. Por lo demás este curro, fuera de este lío de sangre o del demonio, fue lo que fue: una bella persona.

RETRATO DE DOÑA AQUILINA

Desde el Paradero podían verse, las grandes y como acartonadas columnas de su portal. Era la vieja casa, la que tenía el retrato de doña Aquilina. La casa que conocía por eso, nada más que por eso, como si todo fuera a comenzar y a terminar en el retrato. ¡Cómo que desde él podía describirme sus laberintos, sus zaguanes!

Y es que, durante muchos meriendeos, había oído hablar de una llegada, de los tiempos en que estuvo el pintor Zacarías, de lo que había sido o dejado de ser. Desde entonces había estado en mi recuerdo, como una numerosa colección de cintas desteñidas, de amarillentas cartas que se sacaran de un viejo baúl. Eran imposibles fragmentos sus anécdotas: lo que pasó cuando se supo que había traído de otro país el escondrijo de un idioma extranjero; el resto de un dominó por la tarde; hasta una miniatresca fiesta de santo, de la cual sólo se conservaban pedazos, como el de haberlo visto por un momento al lado del piano de la casa. Casi nada más se revolvió durante el tiempo que estuvo, casi nada más se supo. No se

llegó a sostener hipótesis, ni siquiera a preguntar en lo que se sabía; se le dejó estar entre ellos, con un modesto abrigo sobre sus hombros, el día de noviembre en que bajó del tren. Pero yo me seguía repitiendo su casi historia, sus días en que pintó el retrato de doña Aquilina, aun cuando ya nadie pudiera fijar ningún recuerdo.

Y es que de Doña Aquilina tampoco se decía mucho, muy pocos llegaban hasta la época en que había quedado viuda. «Tenía las hijas mayores cuando la conocimos», se decía siempre. No era necesario para nadie tomarse el trabajo de conocerla más, no se cuidaban de llevarla a la mecedora de su portal, sobre alguna tarde reinventada por el recuerdo. Solamente brotaban dos anécdotas. Dos anécdotas insignificantes, que nadie parecía guardar. Con su sombrilla levantada, con un tanto de pueril y diminuto arreglo, como vieja muñeca, se le vio un mediodía cruzar la esquina. Después, se supo que su visita había sido largamente agradecida. Parecía recordarse que había sido una visita de pésame. Se aseguraba, era una de las escasas salidas que después de haber quedado viuda, había hecho. La segunda anécdota, era más borrosa, más ininteligible aún: tocaba a un devocionario o a un rosario—no se podía precisar bien—que, en ocasión de un gran fiesteo, había sido prestado a una vecina.

Así, que no era posible empatar ninguna curiosidad en estos hechos, para mí fabulosos, de la casi leyenda de un pintor Zacarías, de sus días

revisando los rincones del lugar y, después, lo simplemente monstruoso de haber sido llamado por doña Aquilina para que le hiciera su retrato. De cualquier manera, quedaban huellas para ser acariciadas como abanicos viejos, discontinuidades que mi imaginación no se decidía a abandonar.

Quizás, ese largo trecho en la vida de doña Aquilina que a nadie le interesaba comentar, me llevara al reto de diseñarle imposibles búsquedas. Que una vieja doña hubiese llegado, allá por los años del comienzo de la República, del pueblo de Unión de Reyes, me parecía fantástico. Y si tenía por cierto lo que algunos pensaban, que el difunto Vergara había sido marino antes de su tardío matrimonio con ella, la cosa era para no olvidar. Me parecía que, dentro de su casa, ningún objeto profanaría el meticuloso trazado alegórico que debía de llenar sus rincones, sus patios. Y que el cuento de mis sueños, si pudiera llegar a visitar esa casa, me ofrecería entonces una verdad sencilla, inobjetable. Tal vez, también, al poder ver el retrato, se me echaría la necesidad, el hilo de sus anécdotas, llevándome hasta el sortilegio. Entonces sería todo, llegaría al seguro desciframiento de su casta, de esa casta de doña Aquilina, pacífica y casi extinguida. Casta donde, tranquilamente, sobre un costado de mis sueños, haría improbables, imperceptibles saludos sobre una aristocracia de juguete.

Cuando doña Aquilina murió—años antes de que yo supiese su relato—dejó su acartonada casa frente al Paradero. La dejó en lo que no podía dejar de ser ella, en aquellas hijas que parecían obligadas a consumir, lentamente, los fragmentos de un destino cenizoso. Sus nombres, Atilana y Serapia, habían trazado desde la niñez sus caricaturescas figuras, sus ásperos contornos. Desde ellas nada podía sospecharse, no dejaban desconcierto o hendiña para aunque sólo fuera curiosear sobre la historia de algún viejo trasto de la casa. «Es lo único que hacen—se decía—, ir y venir del Juzgado, por las mañanas». Y se las veía igual, apenas notadas en un paso por la misma acera, con su erguida sombrilla, y su eterna domesticidad melindrosa frente a las destartadas máquinas de escribir del Juzgado. Es verdad que la gente pareció esperar mucho de la otra, de Teté, la sobrina que murió tan joven, casi después que la tía. Se esperó de su risa, de su alegría, para que recluyera los fantasmones que había traído doña Aquilina, para que abriera la casa para todos. Pero ella sólo había sido eso, un poco de risa, o el relato olvidado de un baile en el Liceo, al que fue con vestido verde. Fue una tregua. Después, todo fue cerrándose de nuevo sobre aquella mezcla de historia en que una viuda de Unión de Reyes, en que un pintor Zacarías, en que un legendario retrato. Ahora, nadie hablaba ya de ello, parecía que toda posibilidad de sorpresa había sido extinguida.

Por eso, me es difícil explicar mi enorme curiosidad. Casi diría que en los días de chismo-reo, por pequeñas e insignificantes anécdotas, me veía arrastrado a rincones que llenaban innumerables esperas: oscuros bultos de incalculable resonancia en mi vida, donde el escaso señalar a una persona, me regalaban obsesivamente la búsqueda de fabulosos caminos, cuya tremenda realidad sólo podía guardar, ocultándola en pequeños conjuros. Elaboraba salas desteñidas, de un enfundado tristón, casi tierno en su grotesco, para realizar el tránsito hacia huéspedes con cabezotas de mis juegos. Después, durante ratos de aislamiento, iba apretando la necesidad de esto que podía ser un sueño, hasta que abarcara toda la realidad que me rodeaba. Lo del retrato de doña Aquilina, pues, siempre estuvo tras todos mis imaginarios telones.

He dicho que me es difícil explicar. Y cómo no va a ser el relatar lo que, casi una inquietud, me hizo llegar a lo meticuloso de diseñar oscuras relaciones, encapuchados milagros a través de un pintor quizás apacible, y de una doña Aquilina que, tiempo atrás, había mandado a hacer su retrato. Lo que sí puedo decir, aún sin aclarar nada, es el hecho, también incomprensible, que dejándome una nostalgia, pareció alejarme para siempre de esta búsqueda. Fue lo siguiente—repito que también este hecho fue incomprensible: En una de esas noches de domingo, en que pobremente brillaban las muchachas a través de sus

vueltas al parque, alguien empezó a mover la vida del vecinerío, desde su cháchara, en el banco donde estábamos sentados. Y como si para mí nada significara, dijo lo de tremenda intención, lo de que *ellas* habían mandado muchas de sus cosas para La Habana, antes de su mudada definitiva. Dijo—no sabría por qué, no parecía darle ninguna importancia, que también habían mandado aquel retrato de doña Aquilina. Entonces, solamente dejé que me repasaran sus palabras; después, cuando todos se iban del parque, cuando las primeras puertas se cerraban, empecé a comprender que había dejado de ver, para siempre, los laberintos y zaguanes de una casa acartonada frente al parque. Que de un borrón desaparecían muchos de mis rincones. Y que en la pared de una casa, ya no estaba el retrato que nunca había visto, el retrato de doña Aquilina.



RETRATO DEL DIABLO

Completando los días, los años, hasta las lluvias, el diablo se fue destiñendo. En el cielo de al lado, una luna, como embadurnada de jabón amarillo; unos pájaros, escasamente presagiosos; todo ello sobre nada, sobre lo que se suponía había sido un paisaje y, ya era un manchón de aceite. Después de todo, no se fijaban en ello. Desde hacía años conversaciones, olvidos, nuevos sucesos. Pero todo igual, la misma hilera de faroles, la misma vidriera con lápices y seborucos. Sólo que el desteñido diablo parecía reirse para sí, sólo que había perdido sus cuernos, semejantes a cucuruchos. Así que, lo del miedo era una historia de otro tiempo.

«Metí la punta del dedo, pero no la pude sacar. Sabía que no me lo iban a cortar, que no me lo habían prendido para eso. Les juro que lo sabía. Era algo, un presentimiento. Como pude me agaché, a agarrar los zapatos con la otra mano. Pero el dolorcito del miedo ahí atrás. Pero el coche largo de la noche, larguísimo, desenredado por las uñas de ese maldito. De todo modos, pen-

sé, puedo quedarme en el mismo sitio, puedo esperar hasta que pase. Me dejaré así, como si no tuviera la punta del dedo, como si no supiera nada, mientras el sueño trepa hasta enlazarme. Sí, mientras el sueño se hace burujón y tira el lazo. ¿Así como estoy me agarrará? ¿Y si da vueltas y más vueltas y no puede agarrarme? ¿Y si se va, no más que después de haber venido para traerme la hora? Quizás estoy perdiendo el roto que me queda, quizás debería buscar de nuevo los zapatos. Porque todo será en menos de nada, en menos de lo que canta un gallo. Si se demora es para asustarme más, lo sé. Si se demora, es porque todavía anda con ese ruido de la carreta. Total, que no va a dejarme, que me he metido a buscarlo y aquí está.»

¡Cuánto tiempo hacía! Cuánto tiempo con esa cara punzó del diablo, con cielos chamuscados al lado, entre impasibles hileras de faroles, quizás porque había llegado cuando la decrepitud arañaba estas pequeñas cosas, con una amargura un poco tierna. Sobre todo, tenía que cuidar mi mirada, los más insignificantes detalles, para que no se me fueran a perder en manchitas oxidadas sobre un viejo espejo de barbería. Tenía que cuidarme, no se fuera a ir todo por ese diablo desteñido, por esos faroles pobretones, por esos inútiles amasijos de sogas sobre un taburete desvencijado. Yo había oído, hacía mucho tiempo, la historia del fotógrafo Armando. Aquel que tenía el telón con un paisaje de pinos; que sa-

caba las figuras—ya entonces parecían apolilladas—a secar, en el portal de su casa frente al Cuartel. Armando el fotógrafo, el pintor a ratos, el del retrato del Alcalde, el del diablo punzó y, el cielo con luna de jabón amarillo entre algunos pájaros azules. Yo también había tirado las fichas de mis recuerdos para reinventar su monólogo, el que ya dije, el del coche largo de la noche en que había sido atrapado con su dedo. Y no era que me interesara diseñar estampas, ni que decapitara innumerables siesteos reconstruyendo anécdotas pasadas. ¿Para qué, después de todo? ¿Para esa chiflada melancolía de algunos eruditos de noticias? No, no era eso. Sino la aventura de personajes, de sucesidos, hasta de pequeños instantes que después se apilaban en mi vida, queriendo gravitar hasta mis detalles, a veces hasta mis objetos. Sí, y la locura de este fotógrafo Armando, después de aquella noche de pesadilla en que sus gritos llevaron al vecinerío hasta su casa frente al Cuartel, parecía quedárseme en su pobre retrato del diablo, que ahora estaba en la destartalada bodega. Me parecía casi siempre un sueño, pero tenía que seguirlo. Como que tuviera que hacer con sus imágenes, con sus recuerdos, para hacerlos revivir absurdamente, entre mis cosas. El había dicho aquella noche en que yo no había estado, había dicho lo del diablo bajando de la carreta, lo de su búsqueda de los zapatos, mientras esperaba que el sueño se le hiciera un burujón. Después, todo aquello se res-

tregó en posteriores sucesos, se le lanzó en tren de madrugada, custodiado por pareja de los rurales, hacia un tiempo más allá de todos. Se dijo que era la locura, como sin quererlo se habló de su alboroto, cuando comenzó a pintar el diablo. Se acabó... pero, repito, quizás yo había llegado cuando la decrepitud había arañado estas pequeñas cosas. Sabía que no podía ser mentira. Tenía que acurrucarme ante cualquier trasto, ante lo más desvencijado de una figura, aunque ésta fuera un diablo desteñido en una vieja bodega. No podía dejar de pensar en lo que podría ver, si tuviera un contorno, si poseyera un objeto... El capricho de una destartalada bodega de madera, con el tiempo enredado en su mesa negra de jugar dominó, en sus faroles, visto como la gravitación de un manchón, como un espeso colorinesco que una imagen del diablo, tejida por sueños y recuerdos, me entregara. Me era difícil relatar, ver los sucesos dando vueltas alrededor de pequeñas cosas que sólo para mí tenían significado, pero aún en su absurdo, era en lo único en que podía creer.

Esto, quizás, pueda explicar el quedarme así ante ustedes. El decirles que un manchón de una bodega vieja, de unos guajiros jugando al dominó en su mesa, en un domingo por la tarde, sólo me aprieta la obsesión de poseer un diablo desteñido, antiguamente pintado con lápices de colores. Esto quizás pueda explicar otros hechos. Relatar otra locura, la de aquella Caridad que tiraba las

cartas: armaba sus relatos hablando de los bailes bajo un inmenso mosquitero, allá por el tiempo muerto, en la vivienda del central Dos Rosas. Después, cada vez que me sometía a mis juegos, me parecía que éstos debían de deslizarse bajo un mosquitero, que ahí sería el sumergimiento de todas mis fiestas.

Ya hoy, cuando voy a la bodega, nada parece hacer ruido. Nada parece estar para inquietarme, a lo más, lo un poco leve de la nostalgia. Pero el mediodía, queriéndose esconder en la trastienda hasta la mesa de jugar al dominó, me impulsa a seguir adelante en este capricho que nunca realizaré. Y me digo que quizás dando unas vueltas más. Que aquí no es bueno caer en el olvido. Que una lámina del diablo puede ser encontrada en otra parte, como una cosa que para siempre sea mía. Y me abandono, me decido a no perder del todo, una figura que nunca he acabado de comprender.

ESCASA FABULA

Villalba así, a secas, o con toque de nombre: Víctor Villalba. Sí señor, Villalba por escasa fábula, por poco rincón donde mirarse. Ese poco rincón de su calle San Nicolás, donde siempre le quedaron flojos los comienzos.

Porque mirar y decir que hizo lo suyo, podemos decirlo. Tanto que, no sé cómo su lluvia de hechos, de tarde por su calle no se nos prenden; no nos viran su cola hacia otro gesto. Pero empezar.

Decía que su malestar, que su fatal incomformidad no le pertenecía. «Es de ellos, se repetía, es su filosofía». Y en minuciosos recovecos andaba descifrando el interpretarla. Porque Villalba veía la mímica en vacío de todos ellos; señalaba su libro, nunca abierto, como una alambicada historia que había transcurrido, que desaparecería, sin ni siquiera ser sentida por sus propios actores. Pero veía cómo, ingenuamente, saltaban hacia él toscas y pequeñas láminas. Y esas sí le iban inquietando la nuca de sus días con el imprevisto de sus caprichosas ternuras.

Así, ¿por qué, en el roto seco de aquellas vidas, topó la lámina de la maestra Veneranda? Una tarde, entre aquellos tropiezos de la *cola* en Correos, la maestra le decía: —Villaba, Villalbas. Ah, entonces conoce al médico de allí, al doctor Isauro. Familia honorable, como un familiar para mí.

Sacó, de su vieja cartera negra, una postal. 1927, Navidades. Era una vista del Hotel «La Esperanza». Felicitación del Dr. Isauro y señora. Villalba la tuvo entre sus manos. La postal recortaba al hotel en colores tiernamente chillones. En la azotea—¿pero es que hay azoteas en el pueblo?, se preguntó Villalba—del hotel, se veía enhiesta la bandera; breve, como para un conjuro de niños.

El no sabía por cuántos recovecos de la memoria andaría aquella tarjeta. Sólo que se le hizo frente a sus ojos su imprecisa ternura, su imposible posibilidad de una casi historia. Era lo que él llamaba «sus cosas». Objetos con una pátina, donde su realidad, para ser reconquistada, precisaba en aquéllos que la buscaban todo un dejo, toda una manera de acercarse a lo cotidiano como en mimesis de imagen. A esto Villalba llamaba la filosofía de *ellos*. Porque sólo en esos personajes la encontraba Villalba: en los de las cosas pequeñas y absurdas, como la tarjeta de la maestra; seres en la lámina de su cada día, algo imprecisa en su realidad, pero entregando una palabra, un gesto o un reto en la ausencia, que

tenían lo mismo querencioso que sus cosas. Esto, también empapaba todo lo que Villalba pudiera tocar en la ciudad. Y, miraba el trazo de sus calles, tratando de adivinar lo que le entregase su historia. Si queremos explicar esto, su inexplicable, pecando en su propio absurdo, podemos decir, que él buscaba, en cada calle, el personaje que le brindaría esos pequeños objetos en que estaría lo preciso de su imagen. ¿Pero cómo hacer de esto un sistema—se preguntaba Villalba—, cómo colar la filosofía de *ellos*, a través de este salto en la imagen? Y se ponía a torcer su absurdo, abanicando el corusco de sus anécdotas sorprendidas. Filósofo raté o alquimista de zancadillas, este Villalba estaba sabiendo del pe al pa, la pobre suerte de adivinarse en nada, de sentirse topado, como en espejo, frente a cualquier paredón.

Pero que si esto no era cierto... Porque sí lo era, porque Villalba sentía en sus cosas, en *ellos*, la posibilidad de rechazo, cuando no le era señalado el rostro que él soñaba. Así fue, en aquel entierro de Juvenal Mora. Y lo fue de inmediato, con unas palabras. Unas palabras entresacadas de Atanasio Fuentes:

—Señores, este Juvenal Mora fue un historiador anónimo.

Un historiador anónimo, pero no como lo decía Atanasio. Sabía Villalba las andanzas de Juvenal Mora, como no. Sabía sus búsquedas por los archivos, hasta encontrarse con aquel Boni-

facio Villalba, herrero y conspirador matancero en el 1890 y, además, tío de él.

Bien, bien, Juvenal Mora había vivido por los archivos, por las bibliotecas; no había escrito ningún libro, nadie lo había conocido, pero no era un historiador anónimo, o al menos un historiador como Atanasio lo creía. No, ni menos.

Villalba sabía la otra fábula de Juvenal Mora, la fábula en que este Juvenal tropical quedaba en el cierto de ser historiador. Eran las tardes, por el café de Cuatro Caminos, por el café cercano a la plaza. Estaban los otros fumadores: Horacio Francisco, y aquel Roque Díaz, el ex funcionario. Juvenal Mora llegaba con sus cansancios al brazo, con sus molestias de imprevistos inútiles. Ya acababa de entregar sus relatos en la redacción de la revista. Juvenal hacía su saludo seco, apretado, como de saberse entre los que ya por el libro de siempre, por el de todos los días.

—Me leerán a Indalecio Molinari mañana. Y con pequeño gesto en el dedo, Juvenal ordenaba lo del café.

—¿Pero qué Indalecio Molinari?—inquietaba siempre el Roque Díaz.

—Indalecio Molinari, periodista. Publica mis artículos. Como decir, yo me lo guiso y él se lo firma. Sanseacabó. Con escueto, imprevisto salto, lo del fosforillo encendido por los dedos de Juvenal.

Entonces Juvenal reía seco, decía:

—Ni poquito, ni mucho molestarse. Todo anda por ahí, y por lo de siempre. Esto es serio, muchachos. Fijarse sino... ¡Cuándo les digo que el choteo va a engendrar lo serio!

Horacio Francisco se apuraba una bocanada de humo como nadie. (Villalba comprendía, a través de este viejo fumador de Cuatro Caminos, todo un trazo de La Habana, a través de la provincia.)

—Señores, la fábula del azúcar consiste en esto: poquito de todo en todo. Como si dijéramos, un Anaxagorón criollo creando nuestras homeomerías. Aquí, la posibilidad de nuestra novela. Verán, cuando les cuente lo de que por poco caigo en *Sereno*. ¿Pero por dónde anda Villalba?

Y allí por el café de Cuatro Caminos, andaba lo del Anaxagorón, pululando sombra de nombres, reversibles sucedidos, rotas metamorfosis. Y si quieren palparlo, ni lo intenten. ¡Porque no! Por lo del inasible hacia nada, y pare usted de contar. Porque, como si dijéramos buscar por alguna cosa, por espejo o mesa del café, pero nada.

Lo del Anaxágoras, palpo perspectivista, tiza, traza palabras espejo del Café.

Gran baile jardines. Nombres borran espejo, humo tiñe nuca de su imagen. Eidos, palpo perspectivista. Horacio Francisco frente-al-espejo espectador sólo letras de humo.

Gran baile en los jardines. ¿Por qué, los espejos escritos con tiza, deslizan en la ciudad parábolas provincianas? Reversible espectador Hora-

cio Francisco, el cruce de todos ellos, su espera, transferencia en la mano.

Vuelven sus ojos, palpos, palpos en la tiza. Escasas figuras borradas. Sólo el espeso, escaso nombre de las letras. Un burujoncillo apenas, ¡ya cala!, ¿qué nombre? Ahora, el rostro de Horacio Francisco en el espejo. Burujoncillo, burujón, el fósforo frente a su rostro. ¿Dónde están las letras de la tiza? ¿Qué otro nombre?

Volvía a lo suyo Juvenal Mora:

—¿Pero dónde ese camaján de Villalba? Porque, cuando le diga que estuve al tocar nocturno, aténganse al nombre.

Fíjense, la cosa fue sencilla... Pero, después vino esto que les digo, del poquito de todo en todo. Así, así: me estuve por lo del pariente López, el ingeniero, el que ahora anda como por cumbres. Me recibió por lo alto, en apreturas de abrazo.

Después, ya saben lo que hablé, lo de mi problemita, colando el destañido. Que aquí, que allá, que ternuras en el recuerdo. Hasta que el Ingeniero rompió aspavientos, lamentó circunstancias, y se zambulló, hasta traerme en enjutez de Sereno. ¡Cómo les digo!, me ofreció plaza de sereno. ¡Y que Villalba relate el sucedido!

Así fue. Más tarde, Villalba lo supo. Con ello, espabiló perspectivas, entreabrió donaires en su atrabiliario real. «Villalba, que por poco hacen de Juvenal un sereno». Y, de inmediato, él reía su acierto irónico, como a minimizar el sucedido, hasta encontrarle su otro.

Porque relatar lo contado, se le hacía difícil. Una noche, en la casa de la calle Infanta donde vivía Juvenal, Villalba desarrolló sus teóricas sospechas. Para explicar esto, y ajustándonos a precisos positivimos, pudiéramos describir la sala donde el diálogo tocó procelas. Pero quizás no debemos, ni podamos precisar de ese método, si queremos atenernos, fieles, a aquello sistemático en Villalba. Porque describir, lo que se llama describir, desenvolvería quizás, en torno a él, todo un lujoso aparato, en el revolico de viejos sillones; de un espejo, cuasi manchado, donde a veces se miraba un Juvenal de escasa definición; de un grabado, con la batalla de *Mal Tiempo*, donde el mismo Villalba comprendía una metamorfosis en sus imágenes, que le giraba su propio irreal—es verdad que por escasos minutos—hasta pintiparrar, por el conjuro de sus gestos, a un absurdo personajillo que le andaba por la piel de sus recuerdos. No, ello serían otras historias, un fluir que no podemos, ateniéndonos a ese rigor de Villalba. Y, andándonos por estas exigencias, sólo anotar, aquel vacío que percibió él en la sala de Infanta. Era el vacío de un viejo piano, que Juvenal Mora había comprado por el año veinte.

Piano del año veinte. Sala de la calle Infanta. Así, Villalba se aferraba a ese piano ausente, por una sala de escasa historia. Desde él, ya era otra cosa, se trazarían parábolas, remiendos de alguna señal.

Anticuario de cosas de rota fábula, sabía Villalba, lo que en nuestras historias significaban los pianos de salas perdidas. También sentía su emoción, su ternura de disparatados recortes, que hacían el mosaico del 1920. De este 1920, que andaba por la juventud de Villalba; que también después, le había entregado un reverso; su reverso en el recuerdo, alucinante, como fijeza que le señalaba esas historias de cosas que él soñaba. Todo ello, en precisa imaginería, creaba leyes que, las llamaba su filosofía.

Con ello, tocaba su escasa fábula, el perseguido sistema de sus discontinuidades. Quería vivir, empaparse de las cosas de ellos, hasta tocar su centro de imagen, su habitable reverso.

Aquella noche, al abandonar la casa de Juvenal, se había quedado con otro objeto en el recuerdo. Caminando, se aumentaba en explicarse el suceso. Había elaborado correspondencias, secas asociaciones, casi grotescas en su paradójico. ¿No tenía ese piano ausente, el mismo irónico tufillo que una anécdota como la del deudo López? Como un preciso simbolista, Villalba había chocado los rotos de ambos sucedidos.

En otros días, Villalba deslizaba su absurdo, entre las risas de Juvenal. Por calles de impreciso dibujo, exponía las elaboradas causas de aquella anécdota: —Amigo Juvenal, aquí nada puede narrarse por lo real. Créame, nada que tope tangible, puede ser historia para nosotros. ¡Qué digo!, ni siquiera puede quedarnos en la

espera. No señor. Aquí todo cuela su escaso nombre, y de inmediato, buscarle su reverso en el sueño.

Asimismo, amigo Juvenal, porque fijarse, si narramos tu hecho, ¿qué tenemos sino inventarle su cola?

No, no, Juvenal, este ingeniero López, es algún tremendo poeta antillano, que nos está interpretando equívocos procesos. Fíjate: si tú, el historiador Juvenal Mora, le haces el requiebro, y el de inmediato te espabila en *Sereno*, esto tiene que ser un reversible suceso. Reversible suceso, asimismo, como a virarle la cola. Diremos que hay que inventar el irreal, de un tenebroso ingeniero López que ni sospechabas; de un ingeniero López calvinista, que apura, con rencor, eso pecaminoso de tu historiar. ¿Sabes que Covarrubias...?

—¿Pero qué Covarrubias, ni que clásicos? ¡A mi problema!

Así era, quizás esto no lo comprendió Juvenal. Pero él, con qué alegría había acudido al viejo libro de Covarrubias; al espeso de sus palabras, buscándole también un habitable, un número por donde se le convirtiesen sus cosas. En andariveles metafísicos, se andaba por lo del espacio en las palabras; pesaba sus ausencias, hasta querer incorporar, en algo que le fuese tan tangible, como esos objetos reales que le entregaban historias.

«Frente serena, la del Señor, cuando no muestra en ella alteración ninguna, ni de alegría, ni enojo», deslizaba Covarrubias en lo de la palabra

Sereno. Y Villalba saboreaba su lejanía, su habitable exterioridad. Más tarde, pensaba en lo de la «frente serena» de Juvenal. *Frente de guajiro fumado*, se decía, entonces, con un poco de risa en la ternura. Y a comenzar de nuevo.

2

Y así, quizás en todo esto, anduvo la generosidad de nuestro hombre. Porque su doblar los sucesos, como a quebrar sus anversos y reversos, fijaban no sé qué de desatada filantropía, que también se andaba por su teorizar.

A veces, como en apretada sencillez, juzgaba recónditos hechos, tragedias minúsculas de lo diario. Que aquella vieja, con su frente en trapo blanco; y él se estaba con ella en el portal, el instante necesario. Al alejarse, dejándole la limosna, repasaba siempre, una inefable sorpresa que le rompía los contornos a su dialogar: de aquel momento, de aquellas escasas monedas agradecidas, también llegaba un trazo grande, una como bocanada en el retablo de la tarde.

Es que sus visitas a la iglesia, le anticipaban lo que sospechaba por su ciudad. Aquel lujoso vacío del ruido de los bancos, de algunas velillas encendidas, de azorados claxons que regaban escasas sombras, estaban por su averiguar.

Que Villalba aquí o allá, que Villalba anda por las iglesias. Pero él sabía. Se encontraba por el

teorizar. Después, quizás, se haría el regreso hacia lo real. Tal vez...

Por lo que su generosidad pudiera parecer, ni decir. Alguna zancadilla de lo irreal, siempre, como a interpretarles equívocos. Porque, en lo de explicar las sospechas hacia él, se diría, que siempre le hizo mal aquello de buscar un objeto, de como andar clavándole números al sueño. Si no, que lo diga cierta vecinería que no se le fue al conjuro, la gente de su pueblo. Pero no anticipar.

¿Y qué decir? Porque lo cierto es que sucedió. Que sucedió aquello que, sin esperarlo quizás, fuera trazando Villalba. Trazando, sí, como si dijéramos cola del diablo. Porque, no podía llevarlo a nada, esa su obsesión de cosas con historias. O quizás exageramos. ¿Quién puede aventurar? Quizás, todo se debió a la imprudencia de no haber dejado su pueblo del todo.

Porque Villalba siguió con sus viajes al pueblo, después de haberse mudado para La Habana. Iba mensualmente, a lo del revisar cuentas en la junta de colonos. Y esto pudo ser peor.

Pero por su aquello deslizado en lo abstracto, por las paradójicas tranquilidades de sus objetos. Es que él sabía, que tenía siempre una historia, un gesto en el vivir, para conjurar sus imágenes hasta lo tangible. Lo *tangible*... qué entrañable y doloroso relato, le tocaba a Villalba en esto. Cómo sabía cierto, que sólo podía ser de ellos, esa ciudad que a veces sospechaba, al soñarles sus

vidas. Esa Habana, fragmentaria y escasa, quizás sórdida, de sus vidas en reverso, casi inexistentes. Esa Habana con un chillón grotesco, con objetos lamentablemente atravesados.

Esos, esos objetos, que a Villalba le andaban en el chapuzón de los días. Heridora, increíble nostalgia, de lo que casi sin nombre, reto en no sabía qué relato. ¡Porque estaban ahí! Menudo absurdo el de su trasto, el de su grotesco; muñecones desde siempre, estupefactos y sordos. Un punzó de provincia, que se andaba desteñido, en cualquier quincalla de la calle Monte; alguna vidriera de Belascoaín, con el manotazo de unos sombreros de pajilla, amarillentos y lacios en cenizoso narrar; y hasta algunos vasos, con su pobre cristal grueso, en el café de Cuatro Caminos, cercano a la Plaza. ¿Qué iba a hacer con esto?

Otras veces, el luengo camineo se le hacía imagen, en el recoveco de cualquier calle. ¡Ah, y qué bien conocía Villalba, esa Habana de fábula sórdida, de pequeño grotesco! Cómo su andar por calles casi tiernas, en el chillón vacío de sus días. Calles cercanas a la Plaza. Calle de Benjumeda, calle de Nueva del Pilar, con pintadas quincallitas, con salas de pintiparado grotesco, hasta lo irreal. Era allí, en visión rápida, donde Villalba cazaba sus cosas, tropos de su vacío. Se sumergía en esas salas de una areca al escape de un cortinón, de una columna de inútil historia, y salía después, en la acuarela de un azul inenarrable.

También estaban otras calles, hiladas en esto

paradójico de sus recuerdos, en esta imposible historia de sus cosas: Calle de Reina, Belascoaín. Lugares con su roto, con sus retazos, como un cine de barrio, del cual Villalba tenía una obsesión en el recuerdo, por una película vista y olvidada, allá por el año 30, cuando él venía de visita a La Habana.

Ahí, ahí estaba el mote de sus cosas, de su vacío. Por ello andaba él en filósofo, a querer apresar colas del número.

Digo que esto le hizo mal; que este revolico, en Villalba, quizás le fue al traste con su sombra, hasta pintipararle un lejano mayor que su propia realidad. Como a decir, que quizás caleidoscopios entrevistados, o cazados por el sueño, se le colaron adentro, le alargaron más. Sería decir, demiúrgicos bretes, que estos conjuros, que esta furia por espejos, hizo visible cierto fantasmón en sus vigiliadas, cortando su figura en trazos evidentemente peligrosos. Sí, por muchas rendijas se le supo su irreal, se le añadieron aventuras, que ya su sombra—nítido contrapunto de su mimesis—no pudo despistar. (Entrega a su historia invencionada.)

No, no le hizo bien a Villalba, su exacta búsqueda, el preciso de su enumerar. Se le vieron, demasiado, los costurones de su sueño. Estaba apesando, peligrosamente apesando, el número de las cosas, eso que el viejo Escalígero tenía como fundamento del aojar. Y eso fue, lo que por el pueblo le saltó el dislate. Pero trepemos el cuento.

Ese olor del melado, se andaba por el inviernillo del ingenio. La noche aquella, de domingo —jugadores de dominó bajo fanal, en la bodega— en el batey. Ventanas viejas, grandes, su fondo trémulo cucuyo: llamita del farol. Ruido escaso, sordo, casi tambor; sube escaso espejo, sube tejado; pero que... pero que como a vacilar y, se nos viene encima ahora, tan comodón y fulano, tan ruido de taburete así.

—Más... pero sin embargo, cuando por Unión vino Palacio. Dijo el barbero. Fósforo, soplado arbusto, traza espiral lejana. Después, sencilla, espesa noche del ingenio; sus pies tras la casa de máquina.

—Cornelia, ¿qué número fue hoy?

—No sé, Bernardina, hasta que no venga Blanco del pueblo. Yo seguí con el 12. Cómo tuve el sueño aquél en que Panchito no me conocía.

Escasa lámina por familiares sombras. El listero Blanco, su regreso al 12.

—¡Viejo camaján! ¡Camaján! ¡Eh, Guillén!
—Rojo, enjuto, Guillén el gallero. Se le vio, largo, sombra por el patio. Se le vio desde el portal de la casa grande, donde estaba el Coronel.

La noche que seguía; punteada aquí, allá; saludo roto y ancho. El batey tejido por escasos faroles, casi real nocturno. Un momento—tropel—, algo en voltereta de un jinete y, toda su

traza empieza a colar aguas absurdas, desdibujadas. El batey tejido por escasos faroles.

Viejo camaján, gallero. Guillén, enjuto rojo de su cara. Quema de cigarro fumado, enciende otras palabras, que ni para acabar.

—Para mí, Coronel, que éste no pudo ser otro, que su sobrino Villalba. Usted me va a perdonar, porque la familia es la familia; pero, yo me juego *El Rubio*... Así como le digo, Coronel, me juego ese gallito entero, me juego *El Rubio*, si aquí no hay más culpable que Villalba.

Masculló el humo a como pudo, hasta aparear soplo; sus ojos chicos, azules. Frente, en la bodega, de nuevo el dominó, movido sobre la mesa. El Coronel miró sus ojos: «¡Este sobrino Villalba! Porque, aquel gallo que le robaron, en la otra Pascua, a José Manuel, pase. Hasta, vamos a perdonar el chilindrón que le llevaron a Víctor Suárez, aunque aquello fue de las del diablo. Pero, llevarme mis gallos de Rovira, a mí, y que me lo haga el sobrino Villalba... Es demasiado, Guillén, es demasiado.»

—Y es que los tenía contaditos, Coronel. Se sabía bien, cuantos gallos tenía usted en Rovira.

Le digo que, desde que se fue para La Habana, el sobrino Villalba ya no me pareció igual. Después, parece que allí andaba con el difunto Juvenal Mora y... No sé, pero todos los meses, cuando viene al pueblo, se está con muchos paseos y retintines.

Y esto fue todo. Parece que Villalba, el filósófico Villalba, vino también a ser imagen—¡y qué imagen!—por el oscuro trasteril de su pueblo. Parece que se le supo, desde su ida a La Habana, más enjuto, más cortado en alevos paradojas que no se estaba para interpretar.

Es verdad, que Villalba siempre fue serio. Lo fue, en sus ejercicios de tesorero del Ayuntamiento, en lo solemne de sus noches, por el Liceo. Pero se sabía, se sabía, sí señor; se podía encontrar, en su sombrero de pajilla, cualquier inquietud, a medio preguntar, del vecineo. Se decía, «hace un rato no lo vemos, pero dejó el sombrero aquí, en el Liceo». Y todos tan contentos, ¡su sombrero estaba en el Liceo!, como a no interpretar más. También estaba su libro, aquella novela de Víctor Hugo, que Villalba prestó a todo el pueblo. ¡Y, qué bien se podía decir de él entonces! ¡Qué conocido y repasado andaba, cuando la mujer del procurador lloró ternuras, ante el pagineo sublime!

Ah, la novela vieja, el Víctor Hugo de Villalba. Andaba por todos, el espeso amarillento de sus páginas, su portada ingenua de desatada floresta. Hasta en los más jóvenes del pueblo, quedó el recuerdo de la novela que prestó, junto al respeto de los mayores, como a ponerse de puntillas.

Es que es casi decir, y cómo no hacerlo en esto alambicado de Villalba, que su juego o parábola se le concretó en demasía, hasta restregarle este idiota cuento, de los gallos robados a su tío, el

Coronel. Es que, no nos cansaremos de repetir, tenaz voltereta o subterfugio hacia las cosas, Villalba, en su vivir en La Habana, había destrenzado fantasmas, que ya volvían por su mismo rostro, que ya no podían frenar sus manos.

Y es que, por otros trastos, u oscuras fotos en la imaginación de los del pueblo, él andaba en fijezas definitivas. Y no era bueno, no, no podía ser bueno, que después de su mudada para La Habana, se llegara al pueblo con el desquiciamiento de su imagen tradicional.

Y es que, apretando realidad, al modo de nuestro personaje, aplicando su teórico filosofar de conjuros en los objetos, puede sospecharse todo el proceloso levantamiento de su pueblo.

Así, vino también Villalba, a tropezar con el posible de su imagen, en provincianas gavetas del recuerdo.

Decir sería—hocico socarrón del diablongo—, que él fue a parafrasear con uno de sus recuerdos en el pueblo, lo que ya su teoría aventuraba como lujoso realizable.

Porque se le tachó en su indagar preciso. Se dijo, que en sus viajes mensuales al pueblo estuvo por lo de Rovira, que no era bueno saber como él sabía, sobre el número de los gallos del Coronel.

No, no es que de verdad se le creyera... Pero, estaba eso, su nuevo dislate, y quién sabe. Es que —y no se puede menos que aplicar lo teórico de Villalba—había, y lo hay siempre, en esto de los pueblos chicos, el minucioso dislate de imágenes

manchadas por el recuerdo, trazando en su preciso recortado—como retrato del tío, con fondo azul, en la sala de madera—hasta el posible de sus aventuras. Como lo que nos había enseñado Villalba, como aquello de un piano, que había soñado en una sala, cuya inexistente posibilidad, le había entregado el reverso de la paradoja, entre el historiador Juvenal y el deudo ingeniero.

Pero, sea como fuese el sucedido, le hizo mal a Villalba. Se enteró en La Habana, en víspera de su visita al pueblo. La Terina, maestra del «España», le espetó todo el complicado hablateo de los de allá.

—Es bueno que lo sepa, Villalba. El pueblo arde por los cuatro costados, y el chisme anda a caballo. El martes, ¿el martes?, sí, el martes mismo, Chicho me dijo: entérate de esto..., y me llevó para casa de Maricusa. Aquello en su punto, Villalba.

Y ya Villalba iba apurando el inevitable asunto, ya recordaba lo que no había visto, pero que sabía, ¡cómo no lo iba a saber!

Habría llegado Chicho con Terina. Allí estarían todos, todos con su vieja imagen a cuestas, con su retrato de antiguo tesorero, de lector de una novela de Víctor Hugo.

Al principio—ah, cómo empezaba a dolerle ese principio—sería apenas nada, sería el poquito a poco del converseteo.

Pero él sabía, ¡cómo no iba a saber! En cualquier momento empezarían, quizás—oh afren-

ta—cuando el dentista de Jovellanos venía a tomar el café. El dentista, apretón de ojos, tacita en mano, diría:

—Dicen que se va a formar el escorrozo.

—Si lo dice usted por lo de Atanasita, se equivoca, ahí no hubo nada—diría Maricusa, haciéndose la que ni canciones, cuando sabíamos que andaba por todo.

Entonces Chicho entraría, de cuerpo entero, como a no tapar hendidias:

—No se me vengan haciendo con cuentos viejos, no. Lo que digo es lo de Villalba. ¿Sabes que Guillén se encontró con Pancho Vueltabajo en el parque? Guillén se le fue, por aquí y por allá, hasta que Vueltabajo dijo: «Si me aprietan un poquito, en eso de los gallos voy a cantar.»

¡Y eso! ¿Eso qué quiere decir? ¡Qué no puede ser otro que Villalba!

Volvería el rumor por la sala de Maricusa. Algún deudo se llegaría por el callejón, para no romper con toques en la puerta, lo que él ya sabía decisivo. Que si fue o no fue. Que si era espantoso creerlo a él, ceñudo liceísta, por las verbenas de un robo al tío Coronel.

—No lo creo. En otro pase, un juego más o menos. Pero Villalba, con esa aristocracia mohosa que siempre ha tenido, no.

—Nada tiene que este solterón de Villalba, ahora quiera hacerse el lindoro. ¡Y, habiendo sido amigo del difunto Juvenal Mora, más! Además

dicen que lo hizo para congraciarse con ese otro gallero, con el concejal de Corrañal. Que la noche del asunto, los gallos durmieron por allá.

Ah Villalba, Villalba, qué bastardo brincoteo en éstos del pueblo. Cómo se les vino tu recuerdo —quisquillosa travesura del revés—, tu fotográfico recuerdo con sombrero de pajilla, hasta narrarte cómplice en rencillas de galleros.

Que quizás, ya lo hemos dicho, te hizo mal seguir viniendo al pueblo. Porque con tu mudada a La Habana, ¡vaya usted a saber!, fuistes al revolico, en el gavetón de los recuerdos de todos, en la fijeza de tu metáfora aprendida como lector de un novelón de Hugo.

Pero fue breve en cerrarse este episodio. Lo otro, lo de la imagen de ellos, quedó a como quedara, por el absurdo de una foto manchada.

Se asegura fue el 10 de octubre. La guagua de La Habana, llegó al amanecer al pueblo. Algunos, que se andaban por el café de Pepe Gómez, lo vieron bajar. Más tarde, el jefe Ambrosio Sánchez relató el sucedido a un grupo de los del parque:

—Villalba vino hoy y se fue hoy. Así que, parece que a lo mismo, y paremos de contar. Lo vi por Pepe Gómez, cuando llegó en la mañanita. Yo no lo había visto, pero Zanabria me dijo: «¡Llegó Villalba! Y ya estaba, tieso como siempre, cruzando la esquina para envuelta de Cejas.

Otros también vieron el último despeine del antiguo tesorero. Se dijo que de casa de Cejas

no salió, que por allí fue todo. Más tarde, Celia de Armas haría el detalleo, alargando la historia: —Vino y se fue. Como lo dicen, que de este portal no me separé.

—Entonces, ni por la Junta.

—¡Pero qué Junta! ¡Cuándo digo...!

Nada decir, ni en razón, ni tan siquiera en sueño, que sería irnos a un demasiado tenebroso. Lo que sí parece cierto, es que Villalba no salió de la casa del Compadre; que rompió sus palabras, sin llevarlas al Coronel; y todo lo volvió a sus bolsillos, a la bartola, en su rápido regreso a La Habana.

—Porque, Compadre Cejas, lo que quiero saber, es si mi tío, el Coronel Villalba, ha podido creer esto.

Y, al parecer, el compadre Cejas, por atajos o por dulzuras, tuvo que comprobarle el ceño: *el Coronel lo había creído.*

Sí, el mismo, el viejo tío de «Batey Viejo», impelido también, por la imagen de una foto olvidada. ¡También el Coronel Villalba! Pues, ¿qué quedaba del pueblo, sino irse? Si ya, averiguase o no el sucedido de los gallos, quedaría él con esa cresta irreal, polvosa de sueños trasnochados.

Se soñó que, al compadre Cejas, le contestó Villalba:

—Pues si el Coronel, mi tío, ha podido creer esto, nada tengo que explicar. Pies por tierra, entonces.

Y, por el mismo 10 de Octubre, se volvió a La Habana, dejando hasta lo de la Junta de Colonos, ya para no regresar al pueblo.

Otros también lo vieron, inolvidable, con su espuelazo en el despecho; cruzó el parque a trazo largo, irreal, remendando olvidos. Con las doce del día, el Alcalde izaba la bandera en el Ayuntamiento. Fueron algunos voladores, con el conato tiernamente irónico de ser fustazos por el aire. Había un cielo azul, con el esbozo de sornas familiares, casi caducas.

Ah postrera, inolvidable imagen de la ida de Villalba. Retrato que tan de inmediato se hizo viejo, coló absurdo y empezó a rasgar singultizadas nostalgias. Última foto, por esa cámara casi tareco, por esa vieja cámara de la imaginación de su pueblo, donde el Villalba enhiesto, «pies por tierra», con su todavía fulanón enjuto, de antiguo tesorero. Donde el largo, más o menos, de su sombra, fue a falsearle todavía algunos rostros.

Se fue. Por el regreso, haciendo el contrapunto de su dislate, el irónico chapuzón de realidad.

Era, pese a todo, para sonreír un poco, por ese escándalo del pueblo, que empezaba a pisar su propia cola, hasta su entrevisto reverso. «También ellos, se decía Villalba; también se han estado, ¿quién sabe?, por lo de girar una vieja foto mía. Nada, que me he encontrado con este absurdo de mi revés, al andar buscándole realidades al sueño. Vaya usted a saber.»

Así quedó este dislate por Villalba. Machacándole, quizás, lo de sus teóricos propósitos, machacándole toda su parábola de revueltas imágenes. Pero, ¡ay!, era que por algún recodo de su sombra, la espesa falsa de los gallos del Coronel, se le iba a los entretelones del sueño, hasta dejarle, para siempre, a medio abrir la traza de su filosofar, y hasta sentir un poco escasa su propia fábula.

PEQUEÑO SUCEDIDO

Algunas personas sienten el soplo de esta experiencia. Rosita fue absorbida en ella. Y no por alguna razón que proviniese de su espíritu; era, quizás, por ser la que más trabajaba.

Bajaba del ómnibus con el sucedido de una transferencia enrollada a su dedo. Tenía el propósito de contarle a Roberto aquello pequeño que había oído. Nunca lo había hecho, nunca llegaría a hacerlo. En la acera, camino de la oficina, bastaba aquel trozo de ciudad que siempre veía, para convencerla de la ininteligibilidad de su hecho. Aunque lo que veía no era nada: algunos baldíos, un garage, una horrible estructura de piedra. Eso bastaba. A veces ni eso: el pasar de una máquina, la risa de un transeúnte, iban llenando de bochorno su decir, haciéndole incomprendible; ella se asustaba de habérselo querido comunicar a Roberto. Al fin lo olvidaba.

Sólo volvía en la noche. Los vecinos venían a ver el televisor. Ella se acurrucaba, molía sus párdados en las imágenes. Era otra.

Reían, ella reía entre las sombras. Pero, dentro de su cuerpo, estaba contándole a Roberto todas sus anécdotas. Entonces se sentía bien, quería que todo continuara. Ya estaban todos, todos los empleados de la oficina. Ella era el centro, sin que tuviera que decir.

Se arrellenaba más y más en la butaca, se embriagaba con las sombras de la sala. Los vecinos reían moderadamente. Unos muñequitos saltaban. Ella pensaba: había algo incomprensible en su oficina; había un toque... misterio... «¡Qué boba soy!», se decía riendo hacia sus párdados. Allí estaban las imágenes, los amigos que la escuchaban.

Viejo mulato con su taburete pequeño, sentado en la misma acera. Vendía una floración de banderas pequeñas. Rosita veía su aletear, pequeños escarabajos que robaban su mirada. De pronto caían, desentendidas, monologaban con un espacio acurrucado. Un instante: asomaban algunos ruidos; las banderitas volvían a ser pequeñas; el aire, ya gigante, las abandonaba, trepando por los techos de la ciudad. Quedaban las pequeñas banderas, de un solo tirón, a los pies de ella. Un demiurgo había hecho el cambalacheo de algunos objetos.

A Rosita le fascinaban sus colores. Colores dentro del espacio de una bandera. Izaban—así era exactamente como ella lo sentía—restos de su vivir en la escuela. Sonaba, con apagado murmullo, un solo recuerdo:

Ella tenía que oír las clases con los brazos cruzados. Fue algo molesto, después cumplió ciertos deseos... El no poder jugar, el no poder estar en su casa, habían metamorfoseado su nostalgia en la disciplina de los brazos cruzados. Una sensación. Después fue un deleite, casi una obsesión. En las vacaciones le gustaba, al acostarse, cruzar los brazos; sentía que domesticaba sus alegrías, que le apretaba la nostalgia a cualquier juego.

Y, ahora, las banderitas con el recuerdo. Ella las sentía dentro de sus brazos escolares, dentro del juego disciplinado de su autocastigo. Mientras, aleteaban su infantil manera. A sus pies. Abandonadas por el demiurgo.

Un soplo, las banderas. Rosita, los otros empleados, se precipitaban en el edificio. El elevador, su pequeña misión: la oficina en el primer piso. Nada sentían en el leve ascenso. Una pisadita apenas. Rosita pensaba en Roberto. Los empleados no pensaban en nada.

Elevador, infantil. Su tía usaba abanicos—eran los tiempos en que se usaban abanicos grandes, prometedores. Los llevaba al cine. Allá, al cine de barrio. Sensible al cerrar del abanico. Entre las sombras del cine. Perseguía el tric-trac rápido de sus varillas. Abandonaba las películas, quizás no las entendiera todavía. Se hacía conjuros. Tric... pero trac. Pero que si no... que si no volvía ese trac consolador, podría ser devorado todo, ella misma y su tía, por las sombras del cine.

Instantaneidad, subir del elevador. Que si, que... podría volver a suceder lo mismo. Sería el abanico de su tía, sería su niñez en un cine de barrio. Todos, hasta la misma oficina, serían devorados por la sombra, por su sombra fílmica.

—Comienzo las llamadas, Señor?—Rosita frente a ella. Repasaba lúcidamente las paredes, los techos; comenzaba una sonambúlica vigilia. El acondicionador del aire diluía toda su voluntad, la lanzaba hacia cualquier desnivel, como si su alma también se le deslizara por cualquier contorno.

—¿Comienzo las llamadas, Señor? El estaba aunque ella no lo viera: Medina-Serrantes, el jefe. Sus manos habían adquirido la cómica, pastosa seguridad de los hombres de negocios. «Por la noche se quitará esas manos», se decía Rosita.

El ahora oía sus preguntas. Todos los relojes del mundo estaban dando su vida. Comenzar, había que comenzar a todo.

—¿Comienzo...?

Hálito. El elevador de nuevo. Allí llegaría Roberto. Roberto no era mal tipo, buen compañero. Ella quería contarle sus anécdotas, pero eso sólo sucedía entre las sombras de su sala. La recorrió un sordo recuerdo olvidado, algo como una advertencia: ¡nunca le podría contar sus anécdotas! Ellas quedaban, apagadas, rodando también como su alma. ¿Tendría ella alma? Se lo había preguntado a su madre ayer: nada, algo que se dice por pasar el rato.

Sonaba, distintos hilos entrecruzados. A veces sucedía así, aun siendo mañana. Los teléfonos andaban mal.

Sonaba, pequeño ruido: ocupado. Volver a llamar. Tampoco sus anécdotas las podría abrir nunca: ocupadas. El pasó. No había saludado. No importaba, a veces era así; allí estaba con su teléfono.

«Por la noche se quitará esas manos». El estaría frente a sus manos. El no parecía comprender: ni sus anécdotas, ni las manos del jefe, ni nada.

—...eso es lo que hay que comprender. Desenrolló un largo tubo de papel. Roberto estaba a su lado.

—Mire, es esto—. El largo tubo de papel como un tirabuzón estúpido. Estaban las letras pequeñas. Poblado de letras. No había que leer nada. Sólo comenzar... mañana estaría en los periódicos.

Roberto sacó su pañuelo. Un objeto como cualquiera, como aquellas mismas letras. Además, podía encontrar con él un sabor de su frente; sí, sus sienes, sus mejillas estaban por donde las recorría su pañuelo. No era nada más que pasar y, ya él se sabía algo de su rostro, de su manera de estar frente a aquel escritorio. «Rostro—escribiente—tiene borrones de letras.

—¿De acuerdo?—la voz del jefe apenas subrayaba nada, Roberto tuvo la impresión de haber sido despertado. Esto seguía, ¿hasta dónde iba a llegar con aquella vigilia? La luz neón hacía

guiños para aparecer, se oía el tecleo de una máquina.

Usted trabajará con esto. La voz del jefe por lo suyo. Largas cintillas brillantes, patas de letras sobre la mesa de todos. Roberto encendió un cigarro.

—Yo hace meses estoy en lo mío... Y lo mío es mío, y a otra cosa. Favor de no...

Algo creía tener el Ramírez, pero eso sí, lo suyo era suyo y a otra cosa. No era para que lo entorpecieran, no era para ser manchado por la bocanada del humo. Del humo... Roberto apagó su cigarro. Se cerró una de las tantas puertas de la oficina: Ramírez había desaparecido. Quizás todo se desplomara.

Favor de no... Si se precipitaban unos sobre otros podría ser peor. Había que respetarse algo. Estaba la dignidad humana y todos esos negocios. Estaba la dignidad, sí.

Esto se pondrá claro, ahora, pensaba siempre Roberto cuando ya iba a abandonar el despacho del jefe. Habría, habría algún tiempo para pensar: frente a su mesa, cuando se dispusieran a escribir. Sí, es verdad, estaba Ramírez, era otra cosa, que no lo... Nada le importaban. Esto quizás llegara a ponerse claro.

Un tubo largo, desenrollado. Toda su duda, preguntas, atravesando largas planicies de sus letras. Había que comenzar hoy, Rosita siempre lo decía. Buena muchacha Rosita, un día la llevaría al cine.

No pudo seguir. La puerta se cerró detrás de él. «El jefe se aburrirá insoportablemente». Cruzaría las piernas, leería el periódico. Anuncio... mancheta... el mismo barrenillo de la publicidad Cuevas-González. Llamaría a Ramírez. A él no le importaba nada de eso. El jefe estaba detrás.

Miró sus manos.

Después tomaría cualquier cosa.

Había pensado algo. Algo que no era nada de esto. Volvía al hilo de sus bolsillos, de su rumia. Por ahí podía quedar algún comienzo. Rosita lo decía... Había salido de la adolescencia con discursos más largos que éstos que ahora tenía. Pero era distinto. Completamente distinto. Al fin, antes, se corría, se desordenaban los contornos. Era como una búsqueda... Otra búsqueda. Esto de ahora era otra cosa. Un poco menos; en fin: más despacio.

Más despacio. Acomodándose. Fiel trabajador. No era como en la adolescencia. Más despacio.

Rosita no siguió escribiendo. Tenía que poner en orden sus ideas. Tenía que hablarse a sí misma, si es que quería terminar bien. Estaba demasiada estropeada con el murmullo de sus pequeñas acechanzas, con el regodeo de sus delirios. ¿Estaría enamorada?

Roberto cruzó la habitación. El pasaba muchas veces, dejaba tras de sí una infinidad de puertas. Ella pensó que entre el avispazo de sus frases podría colársele algún girón de sus anécdotas. «Todo esto es absurdo, podría entre sus

paseos llamarlo. Al principio dolería un poco; pero él también tiene que saber. El tiene que zambullir sus frases en todas las piscinas de su quehacer borroso-escándalo... como yo». «Qué boba soy». «¿Qué es lo que pienso?» Rosita lo vio alejarse.

Ella a veces odiaba a la oficina por una razón distinta. No era por ningún malestar, por ningún latiguillo de la realidad. Era aquella cola inmensamente inconclusa de sus discontinuidades, de sus rechazos. ¿Por qué sus relatos no saltaban como inmensos cocheros desenfundados a insultarle el rostro a todos los jefes? Ella esperaba ese tropiezo esencial, esa resquebrajadura que lo pondría todo en orden. Que la haría ser ella misma. Que la haría amar a Roberto. Mientras tanto, esperar.

Porque Roberto sufría. Porque ella sufría. Pero no podrían hacer nada. Nada mientras aquel tecleo; nada mientras el avispeo de las manos en sombra. «Por las noches se quitaría esas manos». Pues ella era sencilla, más sencilla que cualquier otra muchacha. ¿Pero entonces, a qué tanta sombra, tanta imposible conseja? ¿Por qué no poder hablarle a Roberto?

Hasta que todo vino a estirarse en aquello. Tenía que ser. Pasaba... lo que siempre pasaba y aquel día era más grande, más mueca en su agujero. Algunos ruidos no más, algunos guiños. Rosita había entrado al departamento. Roberto sin mirar. El jefe largo tubo de avispa, manos

en sombra. Leía, leía despacio. Comestibles, conservas. El aparato de acondicionador, ella se arregló su pelo. Su pelo iba a destrenzarse por todos los rincones, corriendo líquido vegetal. Su pelo iba a echar raíces por todos los contornos, devoradoramente helado.

El jefe leía. Roberto sin mirar. Rosita no sabía qué hacer. Pensó en su risa. Si hubiera podido reirse habría un pequeño destrozo, algo imperceptible. Pero sería tremendo. No convenía reír. Había que continuar como si nada pasara; sí, como estaba: de pie frente a la mesa. Algunas palabras chillaron en sus oídos; se quedarían allí, se colarían por su bolsa. Ella las vería más tarde, cuando fuera en el ómnibus. Sería un tendido espanto de todos sus pensamientos. Sin embargo, había una hora para todos los hombres. Una hora para ella, para Roberto, para él que vendía las banderas en la acera. Una hora igual, pastosa, insegura. Pero el jefe seguía leyendo sus anuncios y eso era lo peligroso. Porque iba a comprender...

Dejó las notas sobre la mesa, no la habían visto. Se iba. Tenía que hacer un esfuerzo, un largo desperezarse para romper todos los cabos que anudaban sus anécdotas. Le chocaba irse. Pero era mejor. Sí, había comprendido.

Había comprendido. Nada podía ser tamizado por allí. Era una frase demasiado grande. Grande, ella podía ponerse de punta en sus talones; nunca alcanzaría nada. Ni un resuello siquiera.

Camina. Isabel Toledo le hablaba. Vieja gorda, dibujante. Rosita veía sus labios hinchados, espantosos. Lanzaba la fábula de la realidad, de los recados.

—Con el Dr. González. ¿Dr. González? Por favor no cuelgue. Va a hablar con usted Isabel.

Rosita no oyó nada. Sólo podía ver sus labios hinchados. Vieja gorda dibujante, ella no comprendía. Pero detrás estaba la voz del jefe, detrás de todo. Había que acostumbrarse. En el tabuco donde estaban sus teléfonos, ella tendría que hilar sus anécdotas, recoger descabezados. Ella tendría que renunciar a mucho; aun en su casa, cuando los feridos vecinos se ahogaran entre las sombras del televisor.

Renunciar. Era una bella palabra. Rosita sintió el regodeo de su sabor, el latiguillo tierno de su angustia. Ella arracimaría sus recuerdos, como tufillos, como secretos que se esconden a todas las miradas. Había a veces angustias, enloquecidas rebeldías de sus sucedidos. Algunos capitanes escaparían de las sombras de su televisor, exigiendo su vida, su mismísima vida. Sería el aire de las banderitas de la acera estirándose hasta no más caer por cualquier cine de barrio. Pero ella sabría, pero ella arracimaría sus recuerdos.

No más estiró. Todo descabalado. Las frases del jefe seguían, seguirían siempre. Isabel, dibujante, labios hinchados, trepaba ajada espiral por el recoveco de una palabra no comenzada a decir. Rosita también la comprendió, ya antes de ser

dicha. Pensó pararse, abandonar su tabuco refrigerado, soplarle al jefe esa palabra que comenzaría, que sería dicha más tarde. Soñadora, hermosa oficinesca Rosita, había comprendido su vigilia. Torturaría sus recuerdos, sádica, dulcemente gozosa. Roberto no sabía nada, al menos por ahora...

Comenzaba por todos los principios. Ahora ya sabía qué hacer. Una umbrosa, acariciadora ausencia la recorrió. Había dicho el secreto, y eso era. Tenía que adormecer sus anhelos, sus anécdotas. Desde ese mismo instante comenzaría su prueba; la leyenda de sus defensas, de sus secretos.

Era diseñar una ausencia para sus sucesos. Abroquelada en ella, rompería todas las discontinuidades. Al fin la ausencia también tiene ojos, manos, qué sabía... Un tendido desparecerse que le permitiera recuperar algo de su mundo. Roberto no sabía nada, pero ella lo sorprendería a través de las troneras de su escondrijo, del umbrático intersticio de su desorden. ¿Cómo sería su ausencia? ¿Cómo sería ahora, cuando abandonara la oficina? Veía las imágenes, sus sucesos, borrosos pelafustanes por no se sabe qué arrabal de su alma. Las banderitas serían más pequeñas, traslucidas, en una turbiedad de origen que le restregaría los ojos. Habría imposibles, rotos mensajes por el bailoteo de sus colores; estallarían por cualquier rincón; ella diseñaría geométricas frases, conjurantes, a las sombras amenazantes del cinematógrafo. Un día, quizás,

Roberto apareciera de esa espuma, diseñado, vagamente resucitado.

Cuando salió de la oficina, las frases del jefe trotaban lentas. La Habana Vieja parecía lavada también, en aquella liturgia, pero más lentamente, como si la hubiera olvidado. Rosita caminó hacia la esquina. Las banderitas no estaban.

Algunos empleados rimaban con sus dedos en el mostrador. El tocadiscos escandalizaba una guaracha. Era el bar contiguo a la oficina. Rosita miró. El jefe parecía abrazar a Roberto. Algunas frases parecían venir no se sabe de dónde; los empleados reían inmoderadamente pidiendo más cervezas.

Ella se iba con el diseño de sus ausencias, con el secreto sucedido. Roberto podría comprender o no. Todo podría no tener sentido. Algún juego estoico por su alma, no más.

Apresuró el paso, logró alcanzar el ómnibus lleno.

E L A L B U M

Paradójicamente, fue la casa nueva la que me trajo los recuerdos de la otra mudada, la que hizo los trazados o espirales, para que mis personajes se desplazaran. Y nada tenía ella que ver con la casa del barrio, nada que pudiera sospechar un rostro o una continuidad. Ni aún ahora, después de lo que puede ser una historia, me atrevo a trepar hipótesis, sobre posible relación o sortilegio. Es que el rostro, paciente, para llegar a lo inextricable de esto, es difícil de poner ante los ojos con un solo borrón, con escaso manotazo de palabras. Pero lo digo, quiero decirlo desde el principio (con la ingenua alegría del que estampa un hecho, como si con ello quisiera corregir un olvido, que en nadie más que en él puede existir): durante el relato de esta casa nueva, estuve unido a un álbum; a fotografías que rompieron sus contornos a través de perseguidos días.

Advierto, que no puedo dejar caer ningún comienzo. Si retrocedo a lo sencillo de una sensación, al recorrido de una primera noche—con la oscuridad, porque las lámparas no habían sido

instaladas aún y, las cosas jugando dentro de los cajones de la mudada, con sus ruidos grandotes—, todo me parece presagiar el pagineo ne-gruzco del álbum, en el sueño; los absurdos gestos de las fotografías, rizando la vigilia. Es, como si tuviera que volver siempre, pasar y repasar de un lugar a otro, para poder hacerme un pequeño lugar en lo que cuento.

Me tendré que hacer y rehacer sobre retazos; cuadriculando estampas que, al momento, iré deshaciendo en sus orígenes, en su soplo de líneas. Esta necesidad de retorcer las búsquedas en precisa y habitable plasticidad, me llegó después, cuando los personajes del álbum me hacían nítidos saludos, desde una orilla recortada. Desde ese momento ha sido, que he querido agitar la ironía de sus encuentros, apretar, en colorinesca postal, algún comedor que nos dejaran abierto. Poder, quizás, reír ante un manchón o, desatar la dilatada parábola de algún objeto, que quedó demasiado atrás, como para que no lo vieran demasiado. Poder, comprometerlos a todos ellos, llevarlos a la caricaturesca ternura de un paseo, con trazos más grandes que los títeres, apoyados en los fabulosos bastones que viera en mi niñez. Sé que si logro hacerlos saltar de nuevo ante los ojos, no serán, ¡ay!, en lo de antes, que muchos reclamarán con furiosa prisa un objeto olvidado, una sonrisa que ya no podré encontrar. Por esto, es preciso que no del todo parezca acercarme a ellos, perdiéndome, de vez en cuando, en la dis-

plicencia asimilativa de un fumador que, finge con sus humaredas, la importancia de una noticia graciosamente reinventada.

No me voy a lanzar a la premura de hacerlos terriblemente consistentes, espesamente lógicos en sus intervalos. Quiero, al contrario, agarrar las miradas, la charla, hasta el rencor de sus figuras ligeramente decapitadas, casi irreales.

Repito, que no dejare caer ningún comienzo. Saltaba y miraba apreturas, calles no repasadas. Donde un trazo, quedando un poco a mi derecha, pedazo polvosa calle que se viraba más lejos, hasta quedar, poco menos que un salto del ingenuo azulete de la tarde. Letras, sin más aceras, sin más tecleando siempre. Desde allí clavar pasos; haberlos hecho, pequeños trofeos que guardara en mis bolsillos, sin escatimar retazos, instantáneas florestas que desaparecerían al azar. ¡Debí de hacer tantas cosas, en la tarde en que llegué a la casa nueva! Como que desde ella relataría una fábula del polvo, algo que también estaba atrás, que movería el sueño de las páginas del álbum, en nostalgia de otros días, inutilizados por una leve indiferencia.

Debía haber movido... En aquella tarde, subí también a la azotea, por no sé qué premura, de saber el polvo negro de sus rincones. Tenía una oscura nostalgia por jugar con algo, o por jugar con un *alguien* necesario, que el ruido de la puerta de la escalera me había descubierto. Mirando desde todos los puntos, cruzando y volviendo a

cruzar la azotea, iba sorprendiendo una ciudad diminuta y cuadrículada en lo azul, con un mar de cartón a lo lejos. Fuera o no mi ansiedad la que creara esto, no puedo decirlo; sólo que no me animaba a dejarlo, en lo entrevisto de poder encontrar una entrada. Y no era que estuviera mucho rato, quizás me fui en seguida. Siempre me ha apenado, hasta hacérseme imposible, cualquier espera. Es probable, repito, que de un tirón abandonara aquello, bajando por las escaleras, pero ya no iba a abandonar la obsesión de entrar en un juego, en un juego muy parecido a los de mi infancia.

Era como cuando estaba en la otra casa, en la del barrio. Me quería reflejar, hacerme como pequeñas llamitas, al pasar por el comedor oscuro, con sus ventanas de cristales. Si el miedo, o la ansiedad, me hubieran dejado, me hubiera estado allí un poco más de un momento, como para saber que un rincón podía ser un escondite. Pero lo que hacía, era apurar los pasos, llegar anhelante, al vano de la puerta que daba al portal. Entonces, con emoción, siempre me parecía, que el ruido de la conversación de ellos, iba a rodar hacia otros ruidos, o más allá, donde estaba el silencio. Y para recoger las palabras de ellos, prefería las hojas y los caminos que durante el día, se me volvían tiesos y anhelantes, con algo de frotar ligero por las piernas. Me deslizaba hacia el portal, casi sin pensar en sentarme, casi siguiendo hacia uno y otro lado. Porque pudiera esca-

párseme... porque era entonces, cuando me animaba a brincar historias. Creía, haciéndome de unos ritos, esconder mis manos hacia mí mismo, un poco en el sopor de un objeto que espiara al rocío. En el pequeño tiempo de esto, que a veces tanto me avergonzaba, la conversación dejaba de ser o continuaba, pero a mí sólo podía preocuparme, un ceremonial de gestos que me llevaran hasta el lugar, más allá del silencio, donde podía estar la palabra de ellos.

Ahora estaba sentado, como en espera, dentro del revolico de la mudada. Sabía que la justificación de verme así, venía de atrás, de cuando me fui de la casa del barrio. Sabía que me era necesario verlo de nuevo a él, entre las letras. A él... Nunca pude observar su rostro, había siempre una ingenua y demasiada alegría en mis encuentros; había también, un verlo lejos, embrollado en la verde pila del patio, con la ternura de un manchón. Era el *fotógrafo*, el fotógrafo de cuando vivía en el barrio, con su manera, con mi recuerdo insistente el día en que me fui de allí. Podía estirar hasta alcanzarlo, cuando los primeros días en el barrio me relataban el polvo. Cuando le perdí el miedo al mar, cuadriculado y boquiabierto, con su poquito atrás de las boticas de la calle San Lázaro. Era cuando conversaba, por primera vez, con oscuras cosas: con los ruidos—como arriba—del tranvía, con el polvo negro del patio. Entonces, con tristeza, me parecía, que lo único que me acompañaba era este

fotógrafo, porque a él sí lo podía disminuir, hasta hacerlo caber en el fabuloso juego de mis bolsillos infantiles.

Yo sentía los días con él, como si lo contrario de manchones hostiles pudieran unirse a través de su mando, como si él pudiera dar una inesperada orden para colocar a los objetos. Sí, como si supiera que un día él iba a aumentar la voz, y que por este solo hecho, elaboraría en sus clientes, inesperadas e inauditas biografías.

Pero ese día, con la prisa de la casa nueva, con la prisa de la mudada, no podía fijarlo con precisión. Sin embargo, sabía ya, con ese pequeño anhelo del embullo, que habría curiosas e invariables disposiciones, necesarias causalidades. Que en el comedor de la casa nueva, donde lo había encontrado, habrían de ser las vigiliadas con sus palabras, que habría de ser el lugar donde volviera a buscarlo, después de aparentes escapadas.

Y allí también comprendí, lo que he dicho del polvo negro. Supe del todo, lo que había sido para mí, en el tiempo en que viví en el barrio. También empecé a sentir, la probable participación de él, del fotógrafo, en ese polvo...

Había en ese día, muchos de esos saltos que, el burujón de una pequeña alegría nos entrega. Así que., sabiendo que estaba en la casa nueva, me alejé de él. Al poco rato me sorprendieron otros ruidos. Después, me acerqué a una noche espesa, a una noche que servía para una casa sin

luz, para unos cajones que aún no se habían abierto.

Al bajar las oscuras escaleras, para cerrar la puerta de la calle, apenas podía olvidar un polvo negro, una sonrisa de manchado fotógrafo. Pude saborear, lo que ya estaba en el recuerdo de otras mudadas. Pero había algo nuevo—lo sentía intensamente—y es que ésta sería la última posibilidad de un juego, de un personaje en mis bolsillos. Al cerrar la puerta del comedor, decidí sin vacilación, que al álbum lo colocaría allí, y no en la sala. Ya encontraré su lugar, me dije.

2

Recuerdo que he dicho de otras vigiliadas, de otra mudada. No podía separarme de estos recuerdos, si es que quería empezar definitivamente. Tenía que trazar, reencontrando, volviendo a saltar en lo de mi búsqueda.

Todo empezó... recuerdo de otra mudada. Era vacilación de una mancha. Dilataba bordes con sabor de agua. Patas sus límites, a trepar el techo del baño. Se acercaba, cortante, hasta mi piel, quedando pierna—resto—sin sumergir. Yo sabía, entonces, que la historia de sus fotografías hacían mi impaciencia, escabulléndome a su sombra por mis manos, que empezaban a golpear el agua de la bañera. Su sombra, a veces líquida, manchón del techo móvil, inmóvil. Su sombra móvil

inmóvil manchón, como lo que *él* a ratos, como aquel cuarto de baño donde lo vi. Creía que todo trepaba a su espiral, que las cosas que me rodeaban, colarían su historia por los bordes. Esperaba hipotéticas conquistas, luengos preludios, sin apurarme. Había ensayado, seguiría ensayando, por un tapiz, su historia. Así, una tarde había jugado, había corrido con un gran sombrero de guano por el último camino. ¡Niños que halaban la bomba del patio, fustazogrtería en el aire, mágica marca de un charquito de agua. ¡Y yo quería aproximarlos a las fotografías, restregar hasta lo inmóvil algunos de sus juegos.

Era que, desde mucho antes, me había acercado a la imprecisa inmovilidad de las fotografías. «Un día—al decirlo, siempre inventaba el recuerdo—, se agolparon cicales de una abierta ventana, táctil—casi—sabor de un rincón, largo cuento del agua en el cuarto de baño. Y entonces vi sus fotografías por primera vez, como una mancha que me chocara en los ojos».

Desde entonces, presentía la tremenda alegría de que *él*, había trepado mis juegos, de que estaba en el halar de la bomba, en el manirroto charco con retazos de cosas. Era que, con ello, podía colarme, sin nunca terminar, en un verde tacto por algo de mis piernas; y, podía volver a golpear al agua con mis manos, como una piel que sobara mi alegría.

Pero fue despacio el saber, que esta alegría estaba elaborada por haberlo mirado. Quizás no lo

supe más que de un tirón: el día de la mudada en la casa del barrio, cuando ya todo fue distinto; cuando estaba eso del aire que nos han robado, la mancha que dejó en el suelo del patio la maceta que no estaría más. Quizás lo supe, por rincones que había echado en el burujón de la partida, por la manera como descendieron al recuerdo muchos de los disfraces. Y es que en ese día, era distinto también aquel manchón, reflejo del agua en el techo. Me pareció que era un tapiz de espesa cetrería. Quise inventarle un ingenuo recuerdo: mi familia regresando a la casa del barrio, venía de la playa, algunas de mis primas con salvavidas puestos sobre los hombros.

Cetrería, manchón que no volvería a ver. Ya al otro día sería la mudada. Esa noche, todas las cosas estarían en las cajas de madera, con sus ruidos grandotes. Supe, entonces, sus disparatados gestos ante una cámara fotográfica. Fue en esos instantes, o más tarde, durante la noche, cuando decidí elaborarlo a mi manera. Lo hice con apresuramiento, como si no importara el descuido, como si después fuera a saber más. Podía, con ello, no perder algunas cosas. Podría atar un sueño a mi vigilia, con precisos gestos de voluntad.

Fue el durar de otros tiempos, llevándome trofeos, cosas imposibles que guardé para siempre. Sobre un poco del agua, sobre el techo inmóvil reflejo. Quedando palpos de un manchón, sombra que nunca he podido construir. Pero lo que

no pude preguntarme del todo, fue cómo todo aquello cabía en su figura, y cómo lo había podido colocar a él, disminuído en el álbum, dentro del cajón grande de la mudada.

Porque fue como un tirón, y entonces, nada más que entonces—cuando estaba encajado, deslizándose por las páginas, entre hileras de retratos—comprendí, que su figura había hecho visible todos los revoltijos de mis juegos, que su anécdota me era necesaria.

Entonces, también, se me hizo cierta su historia, el momento en que lo había conocido. Era que llegaba la noche, que ninguna luz ocuparía el sitio de los rincones. Era que tenía que relatarlo allí, como si temiera al día siguiente, como si temiera que me anunciaran que había abandonado mi álbum, que había tenido que escaparse.

No hubo comentarios cuando lo conocí. Yo creía que de alguna conversación podría surgir algo, aunque notaba que nadie parecía tener preferencia por *él*. (No vigilaban, en realidad, el lugar donde lo había conocido.)

Fue en el patio de la casa de madera azul, en la entrada del barrio, donde algo me hizo sentir el gesto de su figura. Después, otras cosas, exactas pero incomprensibles: su pelo tenía un pedazo de una noche recordada; estaba dentro de palabras que tenían un color... Claro que no tenía que moverme, tampoco decía nada. Me confortaba saber que era él, el fotógrafo, con su peque-

ña estatura, con su muela de oro puesta por el diablo. Había relatos que me lo habían hecho presentir, relatos sin aparente relación, pero que sabía fraguados por un infernal mortero. (Infernal mortero como una pequeña caja de polvos, llena de lápices de colores.)

Lo miraba, me atemorizaba el acercarme. Con su cámara, él desmelenaba al aire, en el estirón de sus brazos, en el preciso delirio de revelar las fotografías. Sin embargo, también parecía recorrer rincones del patio, caer por la pila. Por eso, yo me esforzaba por no perderlo en aquel momento, por atar el rumor de su posible. Tenía bastante con un juego que me dejaba en las manos: cabía que la noche fuera como un venado, alguien quemaría sus labios con un tirabuzón y, sus astas robarían la resaca de fetiches pintorreados. Pero todas esas cosas habían sido con inevitable prisa, y ahora, quizás, había que dividir las en pedacitos, para colocarlas dentro del álbum.

¡Y ya tenía su historia! Pero nunca bastaba nada. Tenía que inundar otros sucesos, hacerlos dentro de mí.

Después resbalaron nombres, risas. Trenzaron con cosas del camión de la mudada. Y la figura de él, se fue haciendo como el olor de un pasillo, como una seca y suave madera.

Después, cuando ya partiera, me quedaría un rato, solo con él. Lo importante era que torciera sus gestos, como para que no se me fueran. Ima-

ginaba acurrucarlo para el viaje, por túneles, por castillos que yo iba levantando en lo soso de algunas maletas, en un cristal sucio.

Resbalaban nombres, llegaban otros. Podía mirar toco topetazo blanquecino, en ambiguo humo. Bajo, bajando rincones, pinos de la casa de enfrente, juegos. Bajo, bajando coletazo frío.

Y vino el alivio de querer imitarlo en la ausencia, como un gran juego, como para llenar el vacío de aquella mudada. Desde entonces he sentido la necesidad de apresar los gestos, los sueños de algunos personajes que me han tocado, sintiéndolos como si fueran un paisaje. El recoveco de la mimesis, de un obsesivo copiar, de querer ser otro, se me apoderaba en ese momento, acompañándome en el apresar cualquier topetazo de una imagen. Y sería el álbum un relato, desde el que pudiera verlo todo, como cuando me ponía, haciendo repetidos saludos a los vientos, un viejo sombrero de pajilla de mi padre, en que creía expresar todos los sucesos que oía comentar.

* * *

Y he aquí, que trazo un guión, bajo los enrevesados apuntes copiados por el Autor. Porque no es de referir, el lastimoso revolico que ingenuidades y prisas van dejando por sus manos. Pues no podrá dejar de percatarse él, del esperpento de sus discontinuidades, de la áspera nota de entrevistas metamorfosis que por sus páginas se encontraban. Pero entonces, podríamos pre-

guntarnos sobre el por qué cortarlo así. Sobre el por qué molestarnos, inútilmente, con el matlotaje de una mudada a una casa nueva, la cual a su vez, nos trae el recuerdo de un desmesurado fotógrafo. ¿Qué podrá significarnos el recoger ese apuro, si no hemos dejado al Autor talar en sus contornos, y sólo nos encontramos con un amasijo de cosas desordenadas?

Pero, he aquí, que ya vuelve de nuevo la búsqueda del *Personaje*. Esa penosa y obsesiva búsqueda, por atajos que el sueño, con sus diminutas zancadillas, desata en el revés. Y hay una furia —también minúscula—por dejar así, a como quedaran, a las palabras que había escrito el Autor. Es que ahora, con un lujo distinto, se relata el demonio de una nueva sustitución, de un sabor en lo de titiritería cuenteril. Recordemos el pensamiento de Valéry: «Intento voluntariamente modificar o hacer variar por el pensamiento todo lo que me sugiere una sustitución posible en lo que se me ofrece, y mi espíritu se complace en esos actos virtuales, más o menos como hacemos girar un objeto con el cual nuestro tacto se familiariza». Y se trata aquí, de una emoción, de la emoción que podemos sospechar en un relato inconcluso. Refiero, pues, todo un andamiaje: que tiremos, que cortemos con líneas a los objetos del relato. Así, el rostro del fotógrafo comenzará a revelar costados, costurones que al salirse del sueño, harán derivar el espacio hacia un sortilegio de espesas capas.

Decían los antiguos que el vidrio se elaboraba con cenizas del helecho quemado. Con ello, el cristal, o el espejo, saltaban su metáfora de agua fija, para cifrarse en lo móvil del fuego. Así, con esto de un relato inconcluso, quiero derivar hacia las metamorfosis, hacia su último móvil, como a decir el romper su espejo para conquistar el fuego. Y en ellos, inefablemente, tendría el casi encuentro con el *Personaje*, pero ahora con una espiral distinta, pues han de ser ustedes, lectores, los que han de fabricar los fragmentos de este otro rostro.

CON UNA CITA DE BALZAC

1

Este asunto, increíble y espantoso, del tedio, me comunica cada día nuevos problemas. Unos inútiles problemas, tan secos y estériles, como la atmósfera de la cual surgen. Juro, por esto, desde hoy mismo, que voy a conjurar esta insostenible situación, este pedazo roto y sin embargo inmenso, que como el piélagos de una hoja en blanco, está cuadriculando en bordes mi figura, tatuando de pesadas letras cualquier gesto de mi pensamiento.

No se trata, no, de que por ser hoy un día distinto, pretenda tomar una posición. No, ni mucho menos. Tampoco se trata de que ahora, por un imprevisto entrever, me halla detenido a copiar mi situación. Mi descripción, en este preciso instante, no puede ser más sencilla. Estoy, sin ninguna hojarasca, en la cotidianísima y vulgar actitud, del que ha acabado de colgar su teléfono después de haber sostenido una brevísima llamada. Estoy en ese instante, como miniatura de

momento, en que nos quedamos sentados junto a la silla del teléfono, abrumados, quizás, por la pequeña ficción que toda llamada implica.

No sé por qué me detengo en esto y, sin embargo, también comprendo, inefablemente, que debo hacerlo. Y no es eso sólo, sino que me obligo a detenerme aquí más, un poco más, como para poder apurar, después, mi mejor salto. Así, que me exhibo escueto, brevísimo, en una insignificante ocasión. Por lo que trazo corto, disparado, a resbalar lo pequeño que me rodea. Pero antes, quiero permitirme una brevísima digresión. Se trata de que, a pesar de la actitud plácidamente burguesa y recoleta en que estoy momentáneamente situado, no quiero ni puedo exhibir mi ocasión en cómodo beneplácito estático. Y a pesar de todo, temo disgustarlos con el prurito de una pasión casi lineal, con la fiebre diminuta de unos contornos, pero es preciso que así sea. No olvidemos ni por un instante que, lo que aquí me ha traído, es el seco asunto del tedio y su cornucopia de problemas. Así, es preciso que me atenga a diminutas señales.

Explicado todo, me atengo con comodidad a describir mi escenario.

El cuarto donde estoy, tiene que ser necesariamente una salita; ésta, por supuesto, sin ningún decorado ni andamiaje, sólo cumpliendo su función de un lugar con teléfono. Por lo demás, más nada. Pero sólo que... pero sí—esto también he de anotarlo—, en el extremo de la pieza una puer-

ta grande, cerrada sobre un pasillo interior. Añado que, la referencia a la puerta no es superflua. La importancia de ésta, nos llega por los cristales de su parte superior, lugar donde parece explicarse un poco de la luz de la mañana.

2

Hasta aquí he tratado de relatar mi situación, pero ahora me desprendo de lo tenso y dificultoso con que, el describir una situación nos asfixia. Sí, ya estoy libre—¡por fin!—de recoger tantas piezas disímiles, de disimular con un trazo de palabras, como para que no se vea el desorden. Pero aún así, lo confieso, ¡cómo le temo a lo endeble de un giro, al papirotazo de un grupo de palabras! ¡Cómo sé que cualquier guiño de mis letras, puede torcerme la voluntad de un sucedido, retroperdiéndome por el avisado desorden de un puente que se construye sin orillas!

No podría decir, como he podido decidirme a confesar esto. Como abro este capítulo, saltando desde mi escueta posición del que acaba de abandonar una llamada telefónica, para calarme más y más, con la asfixia de palabras e imágenes que temo haber dejado revolcadas. Y es que se trata de una lucha, de una real y efectiva lucha. Y cuántas veces, estando ausente hasta el más mínimo suceso, en el feroz desorden de una post-lectura, me he visto obligado a decapitar, en el

descampado de cualquier orilla, a esos trazos o retos de guignol que la minucia de mis análisis había arriesgado, poniéndola bajo mis ojos.

Si decimos lo solo y banal de un teléfono sobre una mesa, si añadimos puerta grande cerrada sobre un pasillo interior, y en ello colocamos, es-cueto y brevísimo, al Personaje, nadie puede imaginar el vivaz desorden que, a cada instante, la diagonal de nuestra creada situación pretenda desatar. Y es que nada puede aliviar el breve pero inquietante pinchazo con que, el racimo de unas imágenes, pretenderá torcer el geométrico zig-zag que nuestro sabor ha impuesto a un sucedido. Cuántas veces, así, me he visto torcer el gesto de un personaje, hasta sólo quedar los huesos de algunas palabras, y esto así, nada más que por el regreso de unas líneas que dejé escapar, al hacerse endeble la cifra de su circunstancia.

No he podido, nunca, sustraerme a la obsesiva pasión de estos deslizamientos a través de posibles relatos. Y, tanto me es alucinante la insignificante minucia de un detalle, o también, ese irreal, pero implacable juego de líneas en que, muchas veces, lo más lejano a cualquier abstracción se me va convirtiendo, que, en algunas lecturas, me he sorprendido al percatarme saboreando un amasijo de líneas para el sueño, o, en otras ocasiones, persiguiendo el inextricable gesto de una palabra a través de muchos de mis recuerdos.

Así, pues, en cualquier narración que pretenda referir, me retan siempre esos devaneos. Esto me

es tanto más doloroso cuanto que, aún sintiendo el automatismo de todas estas prisas, una incomprendible, pero no por ello menos autoritaria pasión de resistencia, me lleva al obsesivo afán de querer acorralar mis palabras, pidiéndole la estructura, la solidez plástica, desde donde pueda, por fin, gobernar mi relato, dejándome por los lados el arracimado pandemonio de gestos de otras posibles situaciones, de diagonales que no he podido considerar, o, aún, de objetos señalados en la narración, pero que, dada la imposición del contorno en que los he apresado, revierten hacia la oscura trastería cuenteril muchos de sus detalles no captados; y son estos detalles los que, no sólo no acaban de perderse del todo, sino que, en vericuetos del relato, se van como agrandando en oníricos dibujos, entorpeciendo la estructura o malla de nuestra relación.

De la extrema susceptibilidad hacia estos sucedidos de duermevela, hacia estas estructuras de relatos, me he vuelto tremendamente caprichoso en el mundo de la cuentería. No puedo andarme muy de continuo con palabras o diálogos, sin que, con un poco de gozosa tensión, empiece a reducirme lo que de oficio titiritero tiene el cuenteo. Y, abocado a referir un desenlace, o tras-trabillando con las anécdotas de una peripecia, me asalta ese desnudo hueso de algunas imágenes que no logro acorralar, aferrándome, una y otra vez, al deseo de una estructura, de un centro de irradiación.

Pero digo centro de irradiación, y también he notado lo de alquímicas fortalezas. Es que, de esa imagen que me persigue a veces al leer un libro, virándome distinta espiral, independiente del texto, encuentro como un recuerdo o explicación en un sueño que relata Jung: «Se trata de la construcción de un punto central y de lograr la simetría de la imagen haciéndola reflejar en ese punto», y de un comentario de este autor a dicho sueño: «Por eso, para continuar esta deducción bien podría considerarse que el punto central es también el punto en que se cortan dos mundos que se corresponden, porque en el espejo aparecen invertidos». No podría explicar la enorme irradiación que estas palabras ejercieron sobre mí, y lo más curioso, como ellas me parecían, de una manera totalmente inefable pero tremendamente real, inextricablemente unidas a las experiencias de mis lecturas y, a la experiencia también, de esa manera de justa o combate con imprevistas imágenes que, a la postre, me imposibilita la continuidad del relatar.

Sin embargo, puedo decir con discontinuidad y, en el semejo de esos cuadros cubistas de objetos superpuestos y disímiles, lo que de lógico disparate tiene esta impresión de verme como un *personaje* en la mañana, después de una llamada telefónica. Voy a reunir, pues, todos mis cachivaches, todos mis trastos cuenteriles, y que nadie se azore si, en algún paso de la descripción, me enreda la señal de un papirotazo no aclarado.

Feliz el que se asome con toda simplicidad a un relato. Feliz quien puede desenvolver una y otra peripecia, arañando los contornos de su relato con una magnífica displicencia. Pero, en fin, creo que he logrado llegar a una justificación de mi imposibilidad y, decidiéndome a no apresurarme, me coloco de nuevo, lápiz en mano, frente a mi contorno de *personaje*.

De inmediato, me acosa la necesidad de una cita. Es una observación de Balzac sobre un personaje de su *Le père Goriot*: «Su enagua de lana de punto, que rebasa la falda hecha de un vestido, cuya entretela se escapa por las rendijas de la tela estallada, resume el salón, el comedor, el jardín, anuncia la cocina y hace presumir los huéspedes». Pudiera creerse, quizás, que en la necesaria prisa por zampar esta cita, se encuentre un deseo de demorarme, de jugar al tiempo, hasta lograr la definitiva esquina donde situarme como personaje. Pero, no me propongo en nada distraer, sino que, al contrario, la necesidad de este relato ha surgido de la cita.

Por lo tanto, fiel a mi plan de reunir mis trastos y cachivaches cuenteriles, empiezo mis trazos así. *Una enagua de lana de punto resume el salón, el comedor, presagia los huéspedes...* Al leer esta cita, una especial afición o sabor me hizo abandonar la novela. Me volvía una emoción que, al describírmela, siempre he unido a lo que es la

imagen poética. Una emoción como de minucia, como de envolverme o acurrucarme en un detalle, inventándome gestos y actitudes, o, mejor dicho, inventándome una conducta, para mejor servir al posible destino que esta imprecisa minucia podría dejarme. Después, juego a destapar conjuros, pequeñas e inefables asociaciones, inteligibles para los demás, pero que, para mí, tienen la inequívoca evidencia de un recuerdo.

Había sido mucho tiempo antes. Lo verdoso del patio, sus arecas. Más allá de la cerca—mediodía—, más allá de la casa de al lado—pero por arriba, por encima de su techo—, un ruido pequeño, un ruido como disuelto en manchón, parecía obsesionar los rincones con el secreto de un sabor. Yo tenía una febril prisa por acabar pronto, por enterarme de todo. A las cinco llegaba a la casa la maestra.

Recuerdo que esa prisa tenía algo... o, mejor dicho, que esa prisa era igual al ruidito de las arecas al moverse. Entonces, se me situaban muy precisos los contornos del patio; se me hacían posiblemente deletreables, ofreciéndome, además, una como historia de láminas que, yo creía poder descubrir cuando lograra ordenar mi vida. Pero era preciso apurarse, pero era preciso echar los soldados al gran cajón de madera que tenía a mi lado. Para esto, llenaba con ellos mis manos, y los tiraba rápido en el cajón, de manera que, parecía que pretendía olvidar.

Pero también, en el recoger hubo una anécdota muy importante. Fue cuando me acerqué a un rincón, bajo la escalera del patio. Este rincón era húmedo, y con su sombra, que a mí me parecía muy peregrina y sabrosa, podía invitarme, con delirante insistencia, a continuar en ese afán de enterarme de todo, a la que las arecas del patio ya me habían despertado. Fue de inmediato que sentí esto. Pues había ido al rincón, dentro de la prisa del recoger, para si encontraba algún soldado de plomo que no hubiera tirado en el cajón. Pero ya una vez dentro de él, una extraña simpatía me recorrió de inmediato, haciéndome sentar donde tenía por techo a los peldaños de la escalera. Probablemente el tiempo que estuve allí fue de unos instantes, pero su efecto se me hizo imborrable. Me parecía que, por primera vez, lograba habitar una auténtica morada, una morada difícil en la que lograría aliviarme, desentrañando el secreto de lo que ella parecía tener. ¡Pero, es que no era esto sólo! Era que, también, el rincón de la escalera era cómplice de la prisa sugerida por las arecas, y cómplice del manchón ruidoso de la luz sobre el techo de la casa de arriba. ¡Cómo se llenó de incertidumbres, de presagios, de una delirante y febril ansiedad! Si es que, casi me atrevería a decir que éste fue uno de los momentos más alegres de mi vida, y en el cual se plasmaron para siempre, las coordenadas de lo que es para mí una imagen, una estructura poética.

Después llegó el momento de las cinco. La maestra repetía, insistiendo machaconamente en las declinaciones del verbo. Yo seguía por algunos momentos sus pesadas palabras, regadas como patas de moscas por el hule de la mesa. Dentro de ese aburrimiento, noté una vez que las palabras se me escapaban. Entonces el hule quedó vacío, con no sé qué de áspero y desolado en el redondel que había dejado un vaso recién quitado. Yo lo miraba intermitentemente, alternando su visión, con un nervioso fijar la vista hacia los ojos de la maestra. Pero, de pronto, se me impuso el alargar mi brazo, tocando con el codo la punta de la mesa. Recuerdo que, al hacer esto, lo primero que me invadió fue la sensación de mi brazo como un largo gigante tumbado, cuán largo era, sobre la nimiedad inimaginable del hule. Después, el sabroso y lento regodeo, me llevó a mirar al patio.

Allí estaba el rincón; estaban las arecas, con un soplo que las hacía chiquitas, como minimizadas por el anochecer que se acercaba. Había, también, otro redondel vacío; un redondel mucho más grande que el que había dejado el vaso sobre el hule; había estado sobre él, una maceta que se había quitado hacía algunos días.

Apoyaba sobre el redondel mi mirada. Era la voluptuosidad de mi brazo, con codo en la punta de la mesa. De mi brazo como largo gigante tumbado, cuán largo era, que se iba extendiendo por el hule hacia un borde que, ya no era el del

brazo, sino que, se había convertido en el borde del patio, en el que había dejado la maceta.

Entonces, todo me apareció en la paradoja de hacerse complicado y accesible a la vez. Una historia prolijamente minuciosa, se me hacía, de sopetón, extremadamente real y cercana a mis gestos. Había en ella un ceremonial cortésano de exquisitas cautelas, de actos que tenían que ser cazados con mayúscula previsión, temiendo cualquier contrariedad de lo imprevisible.

Pues, se trataba, nada menos, de que había descubierto cómo dominar el tedio. Pero no era, no, ni mucho menos, que me ensayara, ya por entonces, en una incipiente y practicista metodología para aliviar las horas. Sino de que, también como todo lo que me rodeaba, aquel tedio, tan unido, por demás, al manchón de tiza de la maestra y, al borrón sudado de las cubiertas de mis libretas, se me ofrecía como un espeso y difícil campo, al cual la voluptuosidad de mis gestos podría dominar.

Allí quedaban, con lo tristón del atardecer, las inciertas legiones de presagios que habían estado en la prisa de las arecas. Ahora eran diminutas, casi escasas; parecía que, al irse acurrucando por el atardecer, pretendieran, también, entrar en la caja grande de madera, en la caja donde yo había echado los soldados de plomo.

Así que, las legiones de arecas y los manchones de la luz, caían, espesas, hasta el juego de mañana. Pero la mimesis de mi brazo, con su copia

de un gigante tumbado, trazando a su alrededor la pesquisa de unos bordes vacíos, me quedaba como lo único cierto que había podido conquistar.

Y así quedaba un ceremonial para después. Un ceremonial cuyos gestos habría que inventar a cada instante. Hecho de inconfesables y delirantes metamorfosis infantiles, este ceremonial semejava, una mágica pluralidad de capas concéntricas, en las cuales, extrayendo una cualquiera de ellas, nos encontrábamos en sus estructuras, a disímiles e inefables revolicos de nuestros sueños. ¿Qué otra cosa podría ser, la hiriente relación entre el borde dejado en el hule y el circular espacio de la maceta del patio? ¿Qué otra cosa podría ser, la complicidad de historias y de recuerdos que, la analogía de esos dos vacíos me semejaban?

Pero vuelvo a una lectura que he citado: *Su enagua de lana de punto... cuya entretela se escapa por las rendijas de la tela..., anuncia la cocina y hace presumir los huéspedes...* Al leer estas palabras, había tenido que abandonar, por un rato, la lectura de la novela de Balzac. Me volvía a un círculo, o más bien hacía un espacio, donde parecía que habían escampado todas mis imágenes. Porque no era sólo que las palabras leídas en la novela, suscitaran una emoción, o un recuerdo que, de momento, no lograra precisar; sino que, extrañamente, la impresión con que esas palabras me retaban, me ofrecían una como posibilidad

de estructura, de resistencia en la imagen. (Y para hacer más visible esto, no puedo menos que citar, haciendo comprensible la necesidad y sorpresa de mi encuentro, otras palabras de Jung: «El cuadrado es el secreto de los sabios». «En el centro del cuadrado se encuentra un círculo con irradiación». Saboreando el contrapunto de esas hendiduras, de esas preciosas paradojas que, haciéndome saltar de los huéspedes mostrados por Balzac, me llevan a una áspera pero, sin embargo, irradiante morada, donde mis imágenes se habían transformado en alquímicos círculos y cuadrados, me fue llegando, poco a poco, la controversia de unas emociones, de unas emociones que solamente aceptando la ingenuidad de titiritero con que he querido asomar mis trastos cuenteriles, me atrevo a diseñar en sus características notas.

Pues bien, me arrojé a esta pequeña delirancia de convertir mis sentimientos en muñeques o hilos de cuentería, y vuelvo a seguir con mi relato. Porque es el caso que, estas emociones fueron surgiendo al aparecer un recuerdo.

Mi clase a las cinco de la tarde fue el contenido del recuerdo. Este recuerdo, por demás, se me presentaba todo él, como un fondo confuso y blancuzco, que diría trazado por el borrón de tiza en la pizarra; pero, a su vez, se me imponía el detalle de mi brazo sobre el hule, con lo minucioso del codo en el extremo de la mesa, y persiguiendo, con gesto de tumbado gigante, a lo redondo de un borde.

Ya con ello, me era absolutamente imposible recaer en la lectura de la novela. Y era que el detalle que acababa de evocar mi memoria se me imponía, a contrapelo de cualquier explicación, inextricablemente unido con el personaje de la *enagua de lana de punto*.

Y, no era esto sólo, sino que, acompañando a este recuerdo, se me hizo sensible otra emoción. Emoción ésta, tan disímil y extraña a la descripción de Balzac, como puede serlo el recuerdo de mi brazo tumbado sobre el hule, y que si me atrevo a referir aquí, salvando cualquier airecillo de saltimbanquismo delirante, lo es, por el propósito tantas veces enunciado en este relato, de volver al través los hilos y trastos de la titeretería cuenteril.

Pues bien, digo emoción, y fue una entusiasta necesidad lo que así se me presentó. Esta necesidad consistió, en la ansiedad por relatarme un *personaje*, por tenerlo minuciosamente detallado ante mis ojos.

Y ahí tienen la situación a la cual llegué. A aquel verme como *personaje escueto, brevísimo, en una insignificante ocasión*. A aquella descripción de mi escenario, donde una salita, donde un teléfono colocado sobre una mesa, después de una llamada.

También puede explicar el comienzo de mi narración. Allí se trataba de la atmósfera en que iba a deslizarme como personaje. Hablaba de lo

increíble y espantoso del tedio, y de cómo estaba cuadrículando en bordes mi figura, tatuando de pesadas letras cualquier gesto de mi pensamiento.

Pero no he podido continuar el relato. Tampoco creo que lo continuaré nunca. Pues, en el pequeño tiempo en que iba ensartando las palabras que me copiaban como personaje, se me agrandaba el deseo de volver a lo insignificante y absurdo de donde había partido, de donde había tomado mi decisión de escribir. Ya no me interesaba, la pesquisa o invención de sucesos para el personaje que acababa de hacer una llamada telefónica, sino que, mi mirada se fijaba, insistentemente, en la alambicada parábola de espejos que, a través de mis asociaciones, me habían conducido desde una cita de Balzac, hasta intentarle una historia al tedio, todo ello, además, pasando por la mímica infantil de un brazo como gigante.

Así, lo que sólo puedo dejar aquí, es un reguero o copia de retazos, por donde el personaje que he tratado de trazar, se detiene y descompone a cada paso.

Sobre la disolución de este análisis, sólo me cabe ahora, después de la imposible continuación de mi relato, detenerme a recoger las pequeñas piezas en que se me ha descompuesto. Pero no, pero es definitiva la decisión de abandonar este relato. Porque se trata, nada menos, que del giro que ha hecho mi palabra al desanudar algunos conjuros, algunos recuerdos. Creo que esto será

comprensible para justificar mi prisa, y de alejarme, así como me alejo, de la búsqueda de este pandemonio de un cajón grande, de un brazo tendido como un gigante, o de una cita de Balzac.

EL CONDE LARGO

Lo llamaban el conde Largo. Pero no hay nomenclatura de espeso tinglado, ni relieve que pueda definirlo. No cabe calar en puntillo o descripción de su rostro. Sé que lo he encontrado en Vasario. El conde Largo era el sobrenombre de Francisco Sanbonifazio, un personaje retratado por Francisco Torbido.

Así que quede solo frente a nosotros, con el altibajo de colarnos un relato. Es suficiente.

Por lo demás, diría que sería como un chafarrinón molesto, como un enredillo el decir de su circunstancia, si es que, acaso, ha tenido circunstancia. Y que no se encuentre estrecho, ni enigmático, lo de estos límites. Que los podamos repasar sin asperezas, hasta con comodidad, como quien tala a desternillar el absurdo andamiaje de sus juegos.

Hoy mismo, sin más complicarnos, me he acodado, casi con serenidad, al botín de sus límites. La situación, simplificándola, podemos deletrearla así: ha sido un propósito, el recoveco inutilón de afirmaciones de un solo propósito, lo que me

ha colorineado de recuerdos, hasta ensayar una situación por donde poder encontrar los posibles límites del conde Largo. El propósito no lo diré, ¡es un absurdo!, un ingenuo absurdo, es una de esas bagatelas o tiquismiquis con que ligeramente nos mordemos los días; es lo de apretarnos al deslizamiento de un capricho casi inefable; lo de relatarnos por la sensación de nuestras manos, de nuestras piernas, un relato que parece perderse a cada instante.

Como no satisfecho de haber sido entendido, trataré de explicarme más. Estoy relatando, lo que en otra ocasión he referido; lo que, quizás, he referido hasta la saciedad: una manía de mi infancia de colgarme a insignificantes detalles. Una manía de que todos mis gestos remedaran un pequeño suceso, o un objeto entrevisto. Así, una vez me vi envuelto con un pedazo de cristal desprendido de un búcaro roto, con un cristal rosado. Ese pedazo de cristal me obsesionó enormemente, con confusa alegría, como si a través de él fuera a ensayar otra aplicación de mis contornos. Me sentí febril, durante el día, esperando el regateo de sus maravillas cuando llegara la noche. Recogía situaciones, maliciosos juegos, dejándolos callados, como lo que se guarda en los bolsillos, para lo que vendría después, para la fiesta mayor después de la comida. ¡Ah—me preguntaba—, cómo sería la casa de la esquina, cómo serían los demás, cuando al ser de noche pudiera aplicarme al cristal rosado! ¡Ah, cómo en el día

me montaba sobre todas las confidencias, con un sabor de estrenarlas, de sacarle sus bordes para lo que vendría después! Y, mis gestos también entraban en aquella feria minúscula. Y me ensayaba con distintos personajes, haciéndome inmóvil algunos instantes para poder registrar toda la minucia de mi cuerpo; diciéndome, con una mágica precisión, que desde ese mismo momento, el tiempo empezaba a contar con el sabor del cristal rosado, y que, al yo imitar al personaje que había inventado, lo que me rodeaba también se haría un paisaje de mentira, crujiendo hacia la espera de la visión de la noche.

Pues bien, ha sido un propósito tan absurdo como aquél del cristal rosado, lo que me ha acercado a los límites del conde Largo. Repito, también, que hoy mismo me he acodado sobre el posible botín de sus límites. Empiezo, pues, a lo de raya torpe, a lo de saltimbanqui desmesura, para narrar lo que esto ha sido.

Como antecedente de este empeño debo decir que en estos días, me ha sucedido la afirmación de querer parapetarme en un contenido. Quizás, como el Señor Zeno de Italo Svevo, esto pueda estar unido a un manifiesto deseo de abandonar mi hábito de fumar. Quizás pueda arañar otras tantas explicaciones, pero debo dejar esto, y decir que mi propósito, sólo consiste en la simple advertencia de ir retando mis días con mayor orden.

Con este naturalísimo propósito de ordenar mi vida, pues, fue que me llegó por estos días el

conde Largo. ¿Quién podía ser ese personaje que, por las volteretas de su nombre empezaba a soplarle su emoción? Nada podía girar en esa barraúnda, pero con el duermevela de este último propósito de ordenarme, me ha ido surgiendo a cada siesta, la figura de este conde Largo, proyectada como un impreciso objeto de mi voluntad. Al principio, la dubitativa señal de algunas de sus semejanzas se me antojó, como un personaje más, como un personaje que cae a quemar el rato de una tarde, con prolija situación de inextricable sucedido. Pero después, y junto con el antojo de mi *propósito*, el conde Largo tomó una obsesiva presencia durante todas mis siestas. Posponía así, por él, cualquier reto de mi voluntad. No, nada podría trazar el cuadrículado de mi propósito, mientras lo irreal del conde permaneciera gravitando por mis orillas.

Dejaré de relatar las vacilaciones, los análisis con que, en las vigiliadas, traté de disipar su presencia. Anotaré solamente cómo en una tarde, lo irreal del conde se apoderó de mi imagen.

Fue una de esas tardes de escaso trazado, de lento y monótono vituperio de lo que nos sucede.

Tarde que nos trae por los pelos, como inobjetable y opaca madera, lo que de abulia cejiunta hay en todos los días.

Que nos trae el pueril y molesto reproche por habernos asimilado, como si nada fuera, el monstruoso epigrama de resbalar inertes por nuestra

cotidianeidad. Y, desde ella, como si los parquímetros empezaran a sobar con sus sombras a las aceras, cansados de esperar ese automóvil en el cual nunca acabamos de irnos.

Me asimilaba, sentado en la mesa de un café, ese crujido de la tarde; me preguntaba cosas inútiles, cosas como la imposible relación entre el tamborilear y el empujar con un dedo al cero. Retazos del tedio me hacían imaginar lo imperdible, lo de puntos en la madera convertidos en irreprochables y cuadrículadas sílabas esdrújulas.

Y, ya empezaba a amenazar lo sabihondo y grisáceo del crepúsculo, cuando una pequeña asimilación comenzó a invadirme. Fue que, arrellenándome en la silla, deslicé una de mis manos por un bolsillo. Aquello, aliviando a mi pensamiento de trastrabillar con lo sombrío del crepúsculo, me aplicó a un lento desgano, volviéndome paulatinamente, a convertirme en irreprochable espectador.

Entonces, quizás por el irreal y estridente silencio del crepúsculo—recuerdo un instante en que los claxons dejaron de sonar: superpusieron el interior de una iglesia sobre un medio lado de azotea—, comencé a asimilarme ese semisueño de la vigilia.

Al principio, lo repito, fue mi mano en el bolsillo. La lenta captación de su contacto, entregaba una especial invitación a todos mis gestos. Era la invitación, absurda y caprichosa de cuando

era niño, a inmovilizarme por un momento, para que, después, lo de como mímica interior—precisado por la conciencia de mis manos, de mis piernas, de todo mi cuerpo—, se pusiera a copiar, febrilmente, lo más inimaginable. Para que se pusiera a copiar una situación.

Esto, como se puede ver, resulta ser mi escenario. Pero, ya trazado así, me comienza una especial suerte de quisquillosa susceptibilidad. Es que, agarrado a lo de marginizar relato, me voy también inculcando de una lenta, blancuzca neblinilla que, me temo, pueda escandalizar mis palabras.

Pues se trata de que, a fuerza de estos cálculos de duermevela con el sumergido conde Largo, se me ha ido creando una geometría asaz complicada. Y, siendo esto así, ¿quién puede asegurarnos sobre la eficacia del más exquisito cuidado que podamos emplear, al ajustar nuestra visión para el giro de una palabra? Además, ¿qué fuerza puede, quizás, desarticular mi experiencia, llevándome a torcer a este conde Largo al desengañarme de la pérdida de toda situación posible para él?

Estos escrúpulos, como es de suponer, arrebatan cualquier decisión a mi voluntad. Suponen lentos desbarajustes, soplando eso blancuzco de neblinilla sobre lo que sospecho relatar. (En otra ocasión tuve una rara experiencia, al querer describir cómo el suburbio de los lectores pasajeros tiene el mismo sabor que un paraíso metálico.)

Pero, en fin, a fuerza de tantos rechazos y dudas, me fuerzo a levantar mi cabeza, por encima de la blancuzca neblinilla.

Estoy, me siento como en puntillas, con ese ahogo de quien quiere quemar, en el próximo instante, la cola de un rápido animal, próximo a escapar. Pero no, pero acepto este irremediable destino de narrar. Vuelvo a levantar mi cabeza.

Sí, allí está esa abertura del compás que crea ante nosotros un escenario títere; en él estoy arrellanado, deslizando mi mano por un bolsillo.

¡Ya no me dejaré escapar más! (Ahora no era el silencioso no—ruido de los claxons, sino lo arbitrario de unas luces encendidas de repente en la tienda que queda frente al café, la que tacha, con un trazo largo e imprevisto, cualquier nuevo recado de las azoteas). Desde este instante, me agarro al dibujo de la mano en el bolsillo. Por ello, pierdo todo lo que me pueda ser inútil: ectoplasmas, humillos, proliferaciones, son rechazadas, pues, con la sutil molestia de quien topa, en el desván de su recuerdo, con la arbitraria piel de un bastón casi inexistente.

Hago un sereno ademán al decidirme, ¡me decido!, acercándome a ese hueco o cabezota de prisma que, lo monstruoso de un propósito que no he acabado de expresar, ha abierto sobre el recuerdo de una tarde sobre una mesa de café.

Bien, este delirio, final, de reconciliarme con mi imagen, me ha abierto todas las salidas. Y, he

aquí que, ahora, como en un deletreable pergamino, me voy leyendo en toda la abigarrada solidez de lo que es irreal. Haciéndome consciente, tremendamente consciente, de esas figuraciones que el relato promete consumir, como para que puedan hacerse objetos.

Asoma como un embullo, como un desbarajuste pequeño. Tan pequeño, que me parece poder guardarlo. Y es que, efectivamente, lo está así, tapado por mi mano, dentro del bolsillo del pantalón.

Y sé ahora, con esa fuerza que nos da una imagen a medias recogida, que el pequeño embullo tapado por mi mano, no es otro que aquello de mi infancia que al principio referí: la emoción del pedazo de cristal de un búcaro roto.

Sí, es esa precisa emoción que vuelve, explicándolo todo. Como el reguero de un disfraz, o como el imprevisto no-ruido de los claxons, que, por un momento, superpusieron sobre el medio lado de una azotea el interior de una iglesia, este recuerdo se agarró de pronto, haciéndome deslizar por mis sorpresas con un imprevisto dominio.

Sabía, podía decir que mi *propósito* no podría realizarse nunca. Ya conocía, con minucioso recoveco, que su contenido sólo era la ingenua piel de un capricho de mi infancia. Y, de nada valía lo que con él me hubiera propuesto realizar, de nada valía si había querido llevar un inflexible

orden a mi vida, o si con ello, me había decidido a una solución más sencilla, tal como dejar de fumar. Todo era igual. Mi propósito sólo contenía la emoción de hacía mucho tiempo, la de esperar las luces de la noche para ponerme a mirar.

Largo, ese conde Largo, resbala también, con ello, todo su contenido. Como ya había referido, él había surgido en estos días, junto a lo absorbente de mi *decisión*. Estaba, pues, embadurnado con imprecisas emociones, con los tiquismiquis de aplazados conjuros. Ya podía comprender su razón de ser. Lo explicaba aquella voluntad, tremendamente pueril y ansiosa, que había tenido durante el día, cuando descubrí el pedazo de cristal rosado.

Repito aquel sucedido: Con la alegría de mi trofeo, esperaba delirantemente la llegada de la noche, esperaba el disfraz de las calles, vistas con ropajes nuevos, y me prometía, de las concatenaciones del cristal, una suerte de vida pequeña, miniatresca, que pudiera guardar en mis bolsillos, pero que, a su vez, me deslizara no más que por un instante—nunca esperaba que fuera más de un instante—hacia un sueño o festival donde, lo rosado entrevisto por el cristal en la noche, se metamorfoseara en precisos gestos de mi cuerpo, dándome así una de esas personalidades fantásticas y legendarias con las cuales, en la infancia, nos prometemos realizar las más audaces conquistas. Para ello, y por todo el em-

bullo que la noche me ofrecía, empecé a ensayar lo de inmovilizarme por algunos instantes. Y me decía entonces que hasta allí, que hasta el preciso y decisivo pedazo de momento que había fijado, permanecería inmóvil, pero que después de ello, partiría con mis gestos hacia todos los lados; que entonces podría quedarme sentado o jugar, pero que ya sería distinto, pues con mis gestos, trazados para siempre por la tensión de un momento de inmovilidad, remedaría las situaciones que me prometía ver en la noche con el cristal, anticipándolas así.

La delirante espera de aquella preocupación por llegar al ficticio y breve tiempo en que me parecía poder inmovilizarme; y, más tarde, mágicamente conseguido esto, el sabroso contentamiento que de mis gestos podía recibir, me llenaban de una complicada pericia, para relatarle la vida de un posible personaje. Este personaje, que secretamente iba surgiendo de mis actos, se formaba en mí por el sabor de un lugar, o de una situación donde me sintiera bien; a veces, ni siquiera necesitaba esto, pues bastaba un objeto minuciosamente sentido, para que, de su diminuta ternura, me retara, obsesivamente, la infantil historia donde podría encarnar.

Pues bien, el conde Largo es también uno de esos personajes, como los del tiempo del cristal rosado. Quizás, con la caparazón de experiencias y sucedidos con que inútilmente nos van regando los días, pude no complicar el perfil de su apa-

rición, con lo embrollado de mi propósito y, mucho menos, con lo que supe después, con el recuerdo del pedacito del búcaro. Pero ya, con el sumergimiento reminiscente, y con lo vívido de la sabrosa emoción recibida al deslizar mi mano por el bolsillo, tuve el empujón hacia el riguroso desfile de sus trazos.

Pero, recién descubierta la identidad del conde Largo, me decido a cerrar su imagen, con el manchón de un decisivo alejamiento. Pues a Largo lo hemos entrevisto, lo hemos deliberadamente circundado, hasta casi romper su mágica figura. Así que, dejemos sus resortes, sus piezas retóricas, abandonándolo definitivamente.

Es que, empiezo a temerle a la teratológica proliferación de un sucedido en la imagen, el cual, como se puede ver en este caso, iría a lo inextricable de abrir y cerrar en sucesivos espejos.

Así, si quisiera colocarle un epígrafe a la moraleja de este relato, no vacilaría en hacerlo con una cita de Montaigne: *La permanencia misma no es más que una agitación más débil*. Con ello, cifraría este manchón o baraúnda que he querido referir. Haciendo, además, visible, la caprichosa imposibilidad con que la imagen me va enredando en cada una de sus vueltas. Porque es el caso que, aún detenido en la permanencia de un centro, el más mínimo pinchazo que pretenda dar en cualquiera de sus estampas, me participa, de inmediato, en varias y varias agitaciones que casi me imposibilitan el relatar.

Queda, pues, entre otros trastos de mecánica cuenteril, el conde Largo, lo neurótico de un propósito, y un aclarador y reminiscente pedazo de cristal rosado. No me atrevo a continuarlos. Sus entrecortadas asociaciones, sus peripecias, me llevarían al enfado de palabras grotescas, de disímiles agrupaciones. Así que, sólo puedo dejarlos un poco como los he descubierto, con su revés. Quedándome con palabras guardadas, como para que no se me escapen; esperando otra llegada, quizás la de un segundo propósito. Aunque este segundo propósito no es para contarlo hoy, y, tampoco podría hacerlo... pues, con un débil y secreto gesto, se quedaría envuelto entre lo seco de un amasijo de líneas.

CON EL PERSONAJE

I

No señor. Sé cómo pueda sentirse usted con respecto a esto, pero es menester que se lo repita. Porque hubo una vez, óigalo usted, hubo una vez un cuento. Un cuento, sí, como le digo, que alguien oyó, hace ya mucho tiempo.

Pues bien, ese que lo oyó, tenía ante sí, uno de esos objetos igualmente ridículos: como decir un bastón o un paraguas. *Un bastón, le subrayo, o un paraguas.* Son importantes, quiero que los ate usted por algunos de sus dedos, o, a lo más, que los deje en preciso lado, como si en una sala, una sombrerera le cortara cierto ángulo a su visión.

Por lo pronto, antes que nada, movamos la tramoya de algunas líneas. Dejemos caer, rápidamente, algunos rincones afilados, alguna máscara torcida por un ángulo impreciso. Con ello, podremos dejarle a los demás, lo que pudiera ser asomo de una circunstancia; regarles eso de polvillo abstraccionista, que les haga posible la visión. Así que, amigo mío, tengamos nosotros,

por un momento, la sutil molestia de colocarnos por márgenes, como si quisiéramos cortarnos, tocados por una caprichosa necesidad cubista.

Estamos, pues, colocados en beatíficas márgenes de papel. Veamos este escaso deslizarse de un posible escenario, de una historia, cuya trama consiste en bucear, por el olvido, los girones de un relato que se oyó una vez. Ya, echemos manos al hilo; pero, antes de hacer girar las piezas, detengámonos a contemplarlas. Así garrapateando cierto zig-zag, tenemos punto. Punto que se agranda, hasta hacerse la sala en que se oyó aquel cuento.

Otras líneas más, y podemos apretar esta sala en su más escueta necesidad. Pero no, pero ahora me parece que, para seguir este asomo de circunstancia, en que debemos de instalarnos usted y yo, todos los lectores, debemos volvernos hacia un lado, para una hipótesis.

He dicho hacernos a un lado, y esto quiero explicárselo de inmediato. Por lo pronto—no se aturda, esto lo comprenderá usted en seguida—, es preciso que, en este momento en que nos acurrucamos un poco más, dejemos espacio para un objeto, del cual le hice la advertencia desde un principio. Le había dicho que, aquel relato que se oyó, lo había sido frente a un objeto. Pues bien, decidámonos sin más pensar, digamos un bastón. ¡Un bastón! Una línea más, en el cortado margen de nosotros, y ya lo tenemos. Ya puede usted desatarlo de sus dedos, no más que

conservar esa posición que ahora le veo, como de fácil creyente a una verosímil anécdota inventada. Es que, quizás, empiece a comprender, sin necesidad de que se lo explique, la posible baraunda con que nos tuerce el gesto un objeto, frente al cual hemos oído un relato. Sí señor, un bastón, o cualquier otro objeto ridículo—y digo ridículo por la fotográfica y como preciosa cantidad de tiempo que parece haberlo empapado—, que nos haya detenido, aunque sólo sea a medio ángulo, nuestra mirada, puede inmiscuirse en el olvido de un relato que con él escuchamos, haciéndonos, si más tarde intentamos su búsqueda o reconquista proustiana en el recuerdo, torcer, hacia una calidad silente, un personaje que se escuchó como ruidoso, o ahogar una miniaturesca porcelana dentro de un paisaje sumergido.

Tenemos ya, sin cansarnos de cabecear repetición, un asomo de circunstancia. Con un lineal zig-zag, hemos agrandado punto, hasta hacerlo una sala y, por arriba, cortando margen como estereotipadas márgenes, usted y yo, con un precioso y fílmico bastón. Pues bien, que alguien nos perdone este grotesco trazo de un dibujo; pero apuremos, yéndonos a lo prometido de una hipótesis. Hela aquí: desde hace siglos, se está hablando de la dualidad en el hombre. Se comenta, por comparsa de autores, lo del *otro* en nosotros; lo de ese correvedile de nuestros deseos, burlando, con prontas zancadas, lo tardío y lento

de la razón. Platón lo pretendía cazar como un disfraz de la materia; Edgar Allan Poe lo describe como el *demonio de la perversidad*, relatóndolo como esa inefable nube de atracción que, podemos sentir ante el borde de un precipicio, en el cual, «por grados», «esta nube cobra forma, como el vapor de la botella de donde surgió el genio en *Las mil y una noches*»; otro inquisidor, Javier de Maistre, lo punzó, definiéndolo como *la bestia*, diciéndonos sobre esto: «Mientras mi alma hacía estas reflexiones, «el otro» seguía su camino, y Dios sabe a dónde iba. En vez de ir a la corte, conforme a la orden recibida, se apartó de tal modo hacia la izquierda, que en el momento en que mi alma le volvió a alcanzar estaba en la puerta de la señora de Haut Castel, a media milla del palacio real. Dejo al lector imaginarse lo que habría ocurrido si hubiera entrado solo en la morada de una tan hermosa dama». Pues bien, digo que podría hablar de un *otro* que se asoma en cualquier chapuzón de las imágenes; un *otro* que me obsede en ciertas lecturas, o en cuentos que hubo una vez... como éste que ahora trato de relatar. Así, en ocasiones, he visto que en la lectura de una frase, este *otro* se lanzaba a la búsqueda de no sé qué inefable amasijo de líneas, mientras mi mirada, inútilmente, trataba de encontrar la razón de ello en el contenido de la frase en cuestión.

Y es esto lo que me hace vacilar, aferrarme con preguntas hacia usted, ahora que estamos

transitoriamente juntos, como recovecos cubistas, en margen de un abstracto papel. Es que, póngase en mi lugar, me encuentro en esa lazada de palabras que es estar a medio cuento. Es que trato de principiar un equilibrio y...

Mire, se lo voy a poner ante los ojos, tal como en otra ocasión me sucedió: andaba, por ese entonces, con el relato de un personaje que de espectador en un cine de barrio y, ante la burlesca nevada del proyector sobre la sombra de algunas cabezas, había empezado a quebrar su voluntad en el sueño. Iba, ya en lo de un equilibrio por el cuento, cuando en el siesteo de una lectura del Amadís de Gaula, sorprendí que mi personaje espectador del cine había sido visto por este *otro*. Que aquella nieve, humito filmico del proyector, se había convertido en la noche de vela de Amadís, sobre una realidad en que había dueñas que calcaban una tarde de hastío, y espadones encantados por calles de cotidiano andarivel. ¡Comprenderá usted, el revolico en que quedaba dentro de ese cuento a medio hacer. ¡Allí empezaron a minimizar todos los posibles principios de equilibrio; sentí mi suerte de fracaso como cuentista. Qué podré hacer, me repetía, con el garrapateo de este *otro* por la linealidad de un sueño, con su desajustarme hilos en su lazar imágenes hacia inversas moradas.

Es que si alguna vez ha habido luchas de conciencia en el mundo de la cuentería, tiene usted a su lado... ¡perdón!, junto o semicortado en su

margen, a quien las ha padecido con inquietante intensidad. Sí, amigo mío, aquello fue espantoso, hacía voltear los rincones en que se pudieran acurrucar mis posibles personajes. ¡Me hacía dudar de todo! ¡Si le confieso, que estuve tentado de brincar hacia el folletín! Me prometía, así, encontrar el más beatífico equilibrio. Me regalaba en la esperanza, llenándome con el pacífico placer que me produciría, en el semisueño de una vigilia de cuentista, el encuentro con personajes exquisitamente simétricos, o el despliegue de deliciosas situaciones, a través de respetuosos capítulos separados. ¡Pero nada! Todo aquel burujón salvador se me disipó. Recuerdo, que ahí también se replegó este desgobernado otro, para comenzar sus quisquillas ectoplasmáticas. Había sucedido lo que más temía. Era que, también, en lo deliciosamente exacto de la trama de un folletín, se me había deslizado él. Y todo parecía ser suyo, apasionándose con aquel gran disfraz de sucedidos románticos. De nada me valió, amenazar con el látigo de una advertencia, al terminar la novela que por entonces leía, todos los personajes estaban en el sueño de la turbamulta de sus líneas.

Esta fue mi última sorpresa. Con ella, no volví a perseguir más ilusiones. Tenía que aceptar, para siempre, que este restallante *otro* torciera mis personajes hacia la mimesis de un sueño; o que restregara una situación, hasta el semejo de la reinventada linealidad de una imagen.

Desde entonces, una estoica displicencia me ha hecho abandonar todo intento de zafarme de él. He renunciado a mis antiguas ideas, a ideas que casi tocan con mi infancia. No podría intentar, nunca, ser ese suficiente y sereno señor que nos relata. Tenía que abandonar la nostalgia de acercarme a ese legendario mago que, junto a un ingenuo fuego de estampa, nos deja en los rincones de una cocina, o de un cuarto preferido, la miniatura alucinante del castillo que escapa con el humo.

Así que, creo con lo dicho, esté justificado este grotesco cuadrado en que hemos tenido que trazarnos, para que yo pueda contarle sobre una semiolvidada historia que me relataron, hace ya muchos años. Ahora así, podrá usted saber, o perdonar algunas cosas. Por lo pronto, podrá ya perdonar este filmico bastón que, la estrechez de nuestra metafísica página en blanco, ha colocado sobre su pecho, como un violín sobre una figura de Juan Gris. Pero no nos detengamos más.

El personaje de aquel relato que oí, se llamaba Cuenta-Nabos. Era genio o duende, seguramente con tremendas e infantiles barbas blancas. Los escasos hechos, que de una de sus aventuras me han quedado en el recuerdo, son éstos—se los presento con todos los garabatos que mi olvido le ha trazado—: Era una condesa con sus hijas, se dirigía, en coche, a no sé qué lugar. Pero siempre la comienzo a evocar en una de las estaciones de su viaje, entre suculentos manjares, recibiendo el

homenaje del Coronel del Valle Gigante. Sin poder darle razones por ello, tengo la certeza de que este Coronel del Valle Gigante, no es otro que el mismo Cuenta-Nabos disfrazado. Ello me lo afirma—perdone esta ingenua convicción—el esmero de una tarde, en que entro sofocado, corriendo, en la casa de mi abuela, para tomar agua en la cocina, que ya está cerrada y oscura, dentro de sus grandes puertas. Después, sólo el borrón de algunos girones se me presenta. Un jinete corre tras el coche de la condesa—creo recordar, que la razón del viaje de ésta, es la cura de ciertos achaques—, con negrísimo andamiaje, a lo Greco, y lo que es peor, sin cabeza; entonces, una turbamulta de sucedidos me restriegan el olvido, dejándome la miniada confusión donde Cuenta-Nabos relata sus tristezas, donde el jinete tira su cabeza al cochero, derrumbándolo.

Pero... No sé... es que vuelvo a tener mis dudas, mis luchas de conciencia. Sí, es que siento lo que se pensará de toda la baraúnda con que me trae este *otro*. Es que, posiblemente, me preguntarán, por el inútil revolico hacia el cual pretendo dirigirme, con este medio-cuento de un duende apenas recordado. Pero, en fin, hemos soportado el zigzagueante diseño de estar por un margen, y apuremos el resto, excusándome la sorpresa.

Así que, repito mi temor por tanta zancadilla como he puesto a asomar, en este principio de un posible relato. Porque, no sé si verá en todo esto, un débil semejo con aquel letrado mono de las

Mil y una noches, que en letra grande notarial, escribía cuarteta tras cuarteta, como para zaran-dear el dislate de su sabiduría. Pero no pretendo, no he pretendido tal cosa. Mi intención es más sencilla, hasta digna de una ayuda si se quiere. Se trata, como puede usted haberlo adivinado, que no me resigno al duro estoicismo que implica abandonar, definitivamente, mis pretensiones de llegar, al sutil ejercicio de un relato, al casi infantil deseo de ser un cuentista. Se trata, andando en lo de Cuenta-Nabos, que no puedo separarme de su olvidada historia. Y que, en esto de un objeto o bastón frente al cual lo oí, se me ocurre pensar, que ya se escurría este misticador *otro*, torciéndole el dislate a lo escuchado.

Pero vamos a ver, querido amigo, si al menos, de esta conversación, pudiera tomar algún respiro. Vamos a inclinarnos, sin tener en cuenta ningún ordenamiento metódico, hacia una de las hilachas de este lejano sucedido. Pues bien, estábamos en lo de cuando el jinete disfrazado le tira su cabeza al cochero, no hay más nada que contar. Pero es ahí, en ese último girón inconexo, cuando aparece nuestro funambulesco y preciosista objeto, cuando aparece lo que, usted y yo, hemos decidido que sea un bastón. Proyéctemonos fílmicamente hacia ese momento, deteniéndonos en él.

Muchas veces, en la soledad, lo he hecho también así. He detenido ese momento grandote y tremendamente nostálgico en que me parece ha-

ber oído, por vez primera, un cuento. He vuelto a tener—aunque siempre por unos instantes—ese sabroso miedo de un jinete sin cabeza, correteando tras un coche de damas desmayadas, en una carretera a oscuras. Al principio, he sentido un enorme deseo de oír aquel cuento; de tener la maravillosa mímica de una de esas personas que nos relata, en la infancia. Después, he tratado de justificar a este quisquilloso *otro* que, con tantos saltos, me anda por todas mis historias. Porque se trata, de esa suerte de magia que ciertos objetos pueden hacernos palpar. Y como esos objetos quedan, a través de los días, como alucinadas hipótesis de algunas historias que no acabo de descubrir. Así, por estos procesos de magia en el recuerdo, el bastón que hemos elegido como lo que vi, al escuchar las aventuras de Cuenta-Nabos, se ha convertido...—y perdone usted esta pequeña delirancia—...pues, se me ha convertido en una cocina.

Le explicaré: recuerdo que hubo el esmero de una tarde en que entré sofocado, corriendo, para tomar un vaso de agua en la cocina; recuerdo que le dije que ésta estaba oscura y cerrada. Pues bien, se trataba de una costumbre, cuando escuchaba algo que me interesara, entonces pedía que no siguieran contando, que esperaran un poco, y me iba hacia la cocina, con la prisa de la ansiedad, como si algunos rincones me fueran a perseguir. Desde aquel tiempo, fijé para siempre, como símbolo, al objeto—o, en este caso, al bastón que

hemos elegido—frente al cual oí el relato de Cuenta-Nabos. Al pensar en él, me parecía que, quizás algún día, por un imprevisto giro de mi mirada, lograría volver a la prisa de los días infantiles, para traer el susto de un jinete descazado, con el ruido de un taburete con el cual tropezaba en la cocina.

Y así, con la lenta elaboración de lo que va sucediendo en el sueño, todas las circunstancias dentro de las cuales oí el relato de Cuenta-Nabos se me fueron disipando en el olvido, o, más bien, se me fueron acumulando en torno a la obsesiva posibilidad del objeto o bastón. Llegando esto a tal manera que, muchas veces me he visto, durante la búsqueda de un personaje, o durante el brincoteo de una situación, con que éste, mi saltimbanqui *otro*, sin que yo lo hubiera notado, se había trepado a la nostalgia de una vieja cocina y, también, a no sé qué inefable manera de acurruarse a un bastón, inexistente ya.

Creo que lo habrá usted comprendido. Sí, sé toda esa inútil molestia de una página en blanco, de un cuadriculado margen, donde recorté su figura con un preciosista bastón. Pero, en fin, creo que nunca le hice muchas ilusiones sobre este final. Que siempre supondría, que no podríamos llegar más allá de lo que es el pequeño dislate de un medio cuento.

Le advierto, sin embargo, que ahora, con éstas como restregadas últimas letras, se me anda el *otro* en murmullos de algo. Es que, desde hace

rato, nos ha advertido en las piruetas de este papel en blanco, y nos está superponiendo a ambos en como trastrueque de imagen.

Así, que no lo detengo, y que quede este último susurro, como hendidura para otro posible relato.

2

Estaba escribiendo esto: «Siempre he compartido la duda sobre los posibles laberintos que nuestra ciudad pueda entregarnos. Es más, siempre he sido terriblemente pesimista, con respecto a cualquier rincón por donde pudiera plasmarse la espiral de un diálogo, o, el recoveco de un intransferible sucedido. Después del tufillo de una brisa ingenuamente sensual, repasada con segura fábula cotidiana a través de la parábola de sucesivos inviernos, me detengo sin poder apuntalar ningún susurro, sin poder pesquisar en la sospecha de un posible danzante reinventado.

Por ello, el caso de mi amigo Carlos Moreno, me ha llenado de rápidas hipótesis, de claveteados respuntes en el retruécano.»

—Ah no, nosotras con ustedes no jugamos —dice la niña rubia—, ya se lo dije a Pepe, y él se fue, vete tú también. Arrancó, con prisa, una hoja, y miró a su hermana, la del pelito negro. —Siempre nos vienen a fastidiar!

El parece ponerse bravo. Pero después de un resoplido, extiende sus brazos hacia la rama alta,

colgándose. Ahora balancea sus piernas con furia, en los labios una irónica sonrisa.

—¿No te vas a ir? Si no te vas, nos vamos nosotras—dice indignada la niña rubia.

—Ah, sí, sí—responde él con tremenda e irónica suficiencia—, me voy ahora mismito.

Hace un revolico de gestos. Cae y, en el mismo momento, vuelve a subirse a la rama.

—¿No es verdad que me voy a ir?

Por la tarde. Yo los miro a través de la ventana. Esto me ha bastado para abandonar la revisión del cuento del amigo Carlos Moreno, para dejar que toda la prisa de momentos antes, se convierta en letras, bajo mis ojos.

Ahora los niños han echado a correr, la acera ha quedado desierta. Pero también ha quedado... ¿Qué? Me es casi imposible decirlo, pero, en fin: me ha quedado sobre la acera, un retazo, en sombra, de las hojas; más allá, en la cerca, lo irreal de un manchón. Y mi historia, y mis sospechas de posibles danzantes reinventados siguen, confundándose con la tarde, un hilado de colorinesca nostalgia. En el ingenuo recoveco de una esquina, parecen ofrecer la posibilidad de su encarnación, lejos del horrible garabato negro que extiende sobre ellos mi lápiz, en el papel de esta libreta, con cubierta y páginas sudadas por mis manos.

Me dejó caer un tanto por la tarde. Me inclino a dejar de pensar en lo que he escrito. Las hileras de árboles, frente a mi mirada, me van retando un sueño pequeño, como de cámaras in-

versas. He dicho *cámaras inversas*, y al principio no lograba precisar. Pero ahora, quizás con el solo despertar de estas dos palabras, me llegan a la memoria esos viejos cuentos infantiles de raíces de árboles abiertas por un duende, que después de hacernos pasar por un oscuro pasadizo, nos conducían al fin, a la hechizada estancia de una preciosa hada. ¡Estancia!, juego por un instante con nombres apenas recordados, pero mis ojos vuelven a caer sobre este cuaderno, sobre estas letras: «La historia de sus fabulosas mimesis, de sus sucesivos disfraces tras el recuerdo de unas imágenes, es...» Su pasión, la obsesiva pasión de mi personaje. Ah, cuanto me ha perseguido en estos días. Y siempre ha sido su llegada por las tardes, y siempre con una precisión inesperada.

Yo he fingido sus rasgos inútiles, trazando sus detalles. A veces me he detenido; he pensado salir a la calle para olvidar la estéril preocupación de mis cuidados, pero en el mismo momento, me he dado cuenta de que eso no me aliviaría nada, de que tenía que seguir con la fastidiosa pesquisa de sus recovecos. Activa, minuciosamente, el proceso de describir mi personaje, de llegar a hacer visible su rencor por ser otro, por sumergirse, quizás, en algún objeto, se me hacía imperiosa y tremendamente necesaria. Y el reto de una nube de cosas guardadas, de trozos de palabras, iban apresurándome hacia todas las bocacalles del cuento, como una prisa que se teme dejar escapar.

He dicho que hay hileras de árboles frente a mi mirada. Sus hojas se mueven, débiles. He dicho, también, de un palacio al cual se va por las raíces. ¿Qué puede significar esto? O, más bien, ¿hacia qué búsqueda me impulsa ese inesperado recuerdo? Es que siento como si otro, también ingenuo narrador como yo, me dibujara los lados de un contorno, apurando mis rasgos hasta hacerme un *personaje*. Es que, preso durante estos días en lo febril de haber soñado a Carlos Moreno, quizás contemple el desate de mi enredijo, como líneas que me van apresando algunos gestos.

Así con estos sucedidos de emociones, para pegarme a la identidad de este momento finjo un sueño: Después del rencor de la niña rubia, después que el niño testarudo cae y vuelve a subir a una ramita, siento que es preciso que deje de mirar mis piernas, quizás hasta mis manos. Lo que sucede es tremendamente sencillo, pero casi inenarrable; se han convertido, en no sé qué preciso y dibujado contorno de líneas. Al saberlo así no me revuelvo, comprendo que la razón de esta extraña situación, se halla en el secreto deslizamiento de mis letras por el papel.

Sí, han sido mis letras, el borrón de algunas manchas y, en ocasiones, hasta el sudor de mi mano sobre la página, la que ha ido fabricando ese miniatúresco azar de un dibujo por mis piernas, por mis manos, talando mi consabido nivel de ser un hombre. Con la paradoja de una cal-

mosa furia, me pongo a leer de nuevo los primeros párrafos.

No sé bien lo que puede llevarme a ello, pero me parece desatar cierto saborcillo crítico, que es ya la única autonomía con que mi cuerpo puede regalarse.

Divido—y esto parece extenderse por mis manos—el sabor con estricta puntuación geométrica. Acabo por convencerme de que, dada esta extraña situación, él puede hacerse espacial y tangible, en el seco lineamiento en que se va convirtiendo mi cuerpo. Con esta preparación me tomo un respiro. Pero como mi prisa no me permite, aunque sólo sea por un instante, ningún cómodo balanceo, aprovecho este momento, para espantar cualquier veleidad fantasmagórica. Es que, tengo que confesarlo, todavía algunas partes de mi cuerpo no han sido taladas por ese azar de un dibujo, de ahí que, imperceptiblemente, me aturdan con el revoltijo de muy humanas confesiones, o con las parábolas de románticos sueños. Eso me pone sobre aviso, pero más nada. Pues ahora, debo de conformar el sabor con una exquisita precisión, a través de la clave lineal de mis piernas, de mis manos, o de cualquier parte de mi cuerpo que vaya siendo dibujada.

Me resuelvo, entonces, en los detalles de algunos párrafos. Esos párrafos van a ser los primeros que leí, los que comenzaban el cuento de Carlos Moreno. De ellos voy a extraer su sentido: unas líneas, quizás una sola palabra. Es decir,

que sobre algo mínimo puede topar mi descripción, siempre que ello contribuya a situarme, definitivamente, disolviendo el amasijo de algunos borrones inexpressivos.

Pero... ¿qué? ¡Se rompe en un instante! La niña rubia ha vuelto, se esconde detrás de un árbol. Y yo, con sólo imperceptible gesto, me desahogo de todas las letras zambullendo, al instante, el fingir de un sueño con raíces de líneas; el cual sueño apresaba mis piernas; el cual, girando una palabra, hacia su bordado de aristas; el cual... hasta lo de no terminar. Pero ya he cerrado todo esto, como si lo escondiera. Levantándoseme me acerco a la ventana.

La niña rubia se cansa de estar escondida. Sale del árbol, y grita con los brazos extendidos:

—¿Trajeron el saco?

Vuelve a aparecer el testarudo, y la niña del pelito negro.

—Sí, pero uno me lo quería quitar—responde él con aire misterioso.

—¿Quién? ¿Quién? ¿Era Pepe?—pregunta ella con excitación.

—No, Pepe no, a Pepe no lo he visto. Fue UNO—exclamó.

La niña rubia se pone de cuclillas.

—¡A empezar, ahora!

El, agarra a la del pelito negro mientras ella abre el saco. Con forcejeo la van metiendo dentro. Pero se oye un ruido, unas voces. Y como

con resortes, los dos sueltan el bulto, echándose a correr. La niña del pelito negro lloriquea. Va saliendo del saco, como de una cueva. También echa a correr.

Después, vuelve a hacerse el silencio. Y la acera queda desierta, con poco más de sombra. Pero ya no puedo dejarla. Es más, abandono el cuarto y me dirijo al portal para tenerla más cerca de mi mirada. Inexplicablemente, con una súbita y peculiar nostalgia, me aferro a la escasa estela de esos niños que han pasado. Vigilo ese pequeño polvo que, apenas se apura a flotar, que parece tendido sobre las hojas de los árboles. De pronto, este polvo empieza a tener sentido para mí, y me parece que el silencio que lo envuelve, va haciendo girar el recuerdo de este sucedido que acaba de pasar: la niña del pelito negro saliendo de la boca de un saco, como de una cueva. Una imprecisa, pero tremenda melancolía, me va dictando la continuidad de mis sensaciones, hilándomelas al recuerdo.

Entonces fue esto. Por un momento contemplo un largo muro destartado, en el que se acaba de guerrear con piedras. Yo no tenía ganas de seguir en ello, no sólo porque estaba oscureciendo, sino porque tocaba con mis dedos una pecita que tenía en los bolsillos. Después, cuando grité que me iba, alguien empezó a salir, casi a gatas, del enorme montón de piedras que había junto al muro. Era una de las amigas que jugaban conmigo.

Durante la noche, cuando estaba en casa, tuve una como febril prisa por el recuerdo de esa niña, que salía de un montón de piedras. Me parecía que, con su actitud de paciencia, había triunfado sobre todos nosotros; que era ella, efectivamente, la que había ganado la guerra de las piedras. Ya no era la rapidez ni la fuerza la que yo admiraba, sino los gestos lentos, como de quien se esconde, que mostraba mi amiga. Pensé entonces que todo consistía en buscar sus tanteos, sus astucias, y me fingí que yo podría copiar su fuerza, a través de mi *pecita*. Pensé, que esto lo lograría tanteándola a cada rato, en mis bolsillos, o, si era preciso, hasta llevándola bajo mi almohada, cuando iba a dormir. Al fin, con el tiempo, abandoné aquel capricho, pero una serie de circunstancias aparentemente alejadas de la historia de mi *pecita* y de su asociación con una niña que salía de un montón de piedras, quedaron unidas a ello en mi recuerdo. Así, por ejemplo, el olor de los jazmines—junto a aquel muro donde guerreamos con las piedras, había una mata de jazmines—me traía la nostalgia de no haber podido abrir, a través de un objeto, la puerta que me condujera a un fabuloso montón de piedras, donde una niña parecía salir de una cueva.

Al llegar a este recuerdo, he creído comprender la nostalgia que se apoderó de mí, después que los niños se alejaron de la acera. Es más, he podido hacer la hipótesis de ciertas relaciones que me

llevaron a sentir, de nuevo, la ansiedad de aquella búsqueda de mi infancia.

La veracidad de esta hipótesis, me ha sido comprobada por el tiempo. Pues después de aquella tarde, no continué la revisión del relato sobre el personaje Carlos Moreno y, aún no tan sólo esto, sino que no pude terminar, como nunca podré hacerlo, algunas páginas que me faltaban. Es que, también sobre esas páginas, como anteriormente sobre la mata de jazmines, había caído toda la ansiedad de una mimesis que no podía realizar.

Sé que al fin, quizás mañana mismo, esta ingenua obsesión me habrá de abandonar. Sé que cuando esto suceda, no me quedará, ni el más imperceptible rastro que me conduzca, de nuevo, a sus tropiezos. Será, para entonces, como esas láminas que alguna vez tocó nuestra emoción, y que después, si vuelven a resbalar bajo nuestros ojos, le apretamos su melancolía en diminuto detalle, reinventándole historia a aquel suceso anterior que nos la hizo visible. Y es, quizás por este previsible conocimiento del azar de mis imágenes, que me he apurado para anotar lo fragmentario, entrevisto por una ventana, y cuando hacía la revisión del personaje Carlos Moreno. Por lo demás, decir lo de estos días no sería posible. Pues, con qué asomo podría figurar la obsesiva semejanza que han tenido con un tiempo de mi infancia? Porque cómo, si no fuera buscando el disfraz de alguna fábula, podría decir al lector que, después de aquella visión por la

ventana, no he olvidado las sudadas páginas con borrones de letras de mi cuaderno. Cómo decir que reviso los párrafos de un relato que no terminaré, y que la nostalgia que esto me produce, me lleva a la esperanza absurda, de encontrar las raíces de un árbol donde se encontraría un palacio; o de encontrar una mata de jazmines, con cuyo olor va creciendo una *pecita* por mis bolsillos, y que esto me hiciera astutamente heroico, a la manera de una niña que salió del montón de piedras de una cueva.

Apunto el hecho, solo. No me quejo de no poder determinar. Pero a veces sospecho que, por allá, por los perdidos reinos de la fábula, o por las no menos gigantescas fábricas de alquimia mimética, algún creador de sueños sabrá la razón de todo esto. Que como en las aristas de aquellas palabras que entresaqué (las cuales afilaban otras aristas, las cuales a su vez...), este demiurgo se ha trazado un geométrico pero indescifrable sueño donde, por sucesivas espirales, se cortan y entrecortan por mis piernas unas líneas, las cuales, para ser desatadas, sólo precisan el sonso recuerdo de una niña junto a un muro, en el infantil guerrear con unas piedras.

EL CABALLERO DEL FRIO

¡Qué horror, se le había quedado su muñeca!
¡Y que tanto peor, si estaba como apelonada en el vacío, sobre la vieja repisa! ¡Si casi hubiera podido irse esa mañana sin haberla visto!

María volvió sobre sus pasos. Se dirigió a la repisa, con una débil, pero obsesiva necesidad. Se dirigió a la repisa... Fue nada. Un restregón de segundos bastó para una posible historia.

Pequeño punto, con un ramito de sombra, en el rincón entre su cama y la ventana. Como si también se le hubiera quedado. Como si hubiera insistido, con mancha en el silencio, para atraerla a su muñeca. Inmóvil, seco ramito de sombra, aguardaba su prisa, la llamaba para volver.

Ella asomó, detuvo precisión de un instante. Fue lo escaso que a veces sucede. Lo de quedarnos frente a lo insignificante: un poco de agua que cae, o un cenicero que se agranda ante nuestra mirada.

Escaso... En precisión de un instante... Sin embargo, ¿cómo podríamos saberlo? Porque, aquel punto en el rincón, también abría la travesura

de unas líneas. Unas ingenuas líneas de pueril burla en el recuerdo. Cuando vivía en su casa. Cuando, con los ataques de asma, se estaba en su cuarto, sobre las piernas de su madre. Entonces, su padre llegaba con pelotas de goma, con su muñeca, y ella se aliviaba con un sonso cuento que se hacía. Allí, detrás de las ventanas, las estrellas eran un montoncito de tiza y, el sol estaba pintado por un niño. Después era lo real, un gallo precisaba, dibujaba con su canto al molino viejo de la esquina. Al final, un miedo grande la alegraba, la hacía apretar las pelotas que le traía su padre. Creía que, al detenerse la mañana, ese sol pintado por un niño, desterraría todos los ruidos, esfumando las casas.

Y, ¿por qué, ahora, todo esto era un punto, ramito de sombra, en el rincón de su ventana? ¿Qué podría significar en ello su muñeca, con su prisa de momentos antes? No lo sabría nunca, quizás. Siguió en sus pasos, hacia la repisa.

Los vio primero. En la mesa, un tanto debajo de donde estaba su muñeca. Eran sus otras cosas: la caja de bombones que había guardado, con su forma de álbum; un pequeño leopardo de juguete, con quien le gustaba hablar en los días de enferma, por la tristeza que le causaban los vidrios verdes, pobretones, de sus ojos; y lo cenizoso rojo de su libro de versos, donde estaba el personaje de los relatos, el Caballero del Frío.

Sobre la rugosa cubierta, María puso su mano. «Como en los cuentos—se dijo sonriendo—ahora

estoy tocando mis objetos». Empezaba a comprender. Sí, estaba tocando sus objetos. También ya, su Caballero del Frío era uno de ellos. «Es que allá va a la carrera / en un corcel cuyo brío / sopla glacial ventolera, / el Caballero sombrío / con su terrible bandera / que alza triunfante en el frío», le acurrucaban los viejos versos de Argüelles Bringas. Los versos que Alberto le había regalado.

Pero es que ya había dejado de ser. Ya no podía referirse los románticos y vacíos guantes del Caballero, con sus «íntimos golpes de frío». No se repetirían los coloreados sueños de muchacha, que ella había deslizado entre sus versos. No, el Caballero del Frío no podría regresar entre los vientos de marzo, no podría quedar más preso en la furia de un amor romántico, ni podría traer más diminutos soldados entre el gran circo de su feudo. Todo aquello había pasado. Y ahora ella lo comprendía, entre lo inenarrable de una vuelta a su muñeca, de un ramito de sombras, de algunas de sus cosas guardadas.

Se acercó a su muñeca. La cogió entre sus manos. Había sido un restregón de segundos, y había bastado para una posible historia, hasta para un rencor. Sí, Alberto, con la manía de sus hipótesis, había podido crear y destruir, a la vez, la trama de sus relatos. Sólo él había sido culpable...

Es que había querido exagerar el relieve de sus caprichos, es que había perseguido, con viciosa

voluntad, el estéril trazo de un geométrico diseño. Y aún, yendo más cerca de su contorno, ¿no hubiera debido alejar de su vida la pesquisa?

María recordó su risa. Aquella risa, cuando él le afirmaba su obstinada obsesión de ser un romántico, cuando le afirmaba su pasión por objetos desusados, por habitar antiguas moradas que sólo podrían existir en el recuerdo. Entonces, todavía ella creía que eso no podría hacer daño. Que sería como lo de retar un tanto la mirada, a brisar por viejos agrupamientos, por fotográficas imágenes.

Sí, así había sido, al principio, el mito del Caballero del Frío que Alberto le relataba. El mito que a ella la equivocó, sintiéndolo como amor. Sintiendo como el febril e ingenuo capricho de diminutas ternuras. Con discontinuidades, con casi imposibles retazos que, se unían mágicamente en una entrevista y fabulosa memoria. Fabulosa memoria como la voluntad de *cosas guardadas* en Alberto, donde era lo hiriente de un momento en el recuerdo; donde era, otras veces, un chapuzón de señales absurdas, pero en las que parecía sospechar una como historia, escondida allá, por las entretelas.

Rugosa superficie roja. Tenía puesta la mano sobre ella. También en otras ocasiones lo había hecho, pero con que manera distinta de relatarse. Con distintas hipótesis en el fervor... Recordaba, volvía a estar en su habitación, un punto, ramito

de sombra, rincón entre su cama y la ventana, la muñeca, sus otras cosas.

¿Volvía a estar en su cuarto? Pero, ¿qué otra cosa podría significar el choque de su mano con la roja superficie del libro, el gesto que la detenía frente a sus pequeñas cosas? Parecía poder mirarlo todo. Al principio como un diminutivo de sus nombres; después, como un polvillo que abría aquel punto, hacia su ramito de sombras. Y, en ese instante supo, con imperiosa evidencia, toda la fuerza de su mano en el libro. Se regañó no sabría qué impericia en el manejar la voluntad de su sueño, se regañó sucedidos que, una escasa comprensión de sus manos le habían hecho perder.

Pero ahora quedaba un escueto chapuzón, un impreciso sumergimiento de sus manos. Pero ahora quedaba—sólo por unos instantes—, dentro de la implacable realidad de sus objetos. Y, entonces, supo la terrible lógica que la voluntad implicaba en Alberto; toda la red o historia que la hacía estar, en aquellos momentos, en la recordada visión de sus cosas.

Al principio, podía haberle perdonado su áspera exentricidad, su huella por lo que marca un laberinto. Porque todavía no era lo que desde ahora sabía; porque todavía no era lo que había recibido, ingenuamente, desde que hacía unos instantes, el capricho de una pueril ternura la había llevado hacia una muñeca abandonada.

Podía, pues, ya, suponer al otro Alberto. Al que siempre había sospechado estirando, revolviendo el aparato de su sombra, como en implacable vigilia.

Aquella mañana, hacía mucho tiempo, Alberto había vuelto sobre sus pasos cuando ella lo llamó. Lo de despertar vigilia para filigrana de unas aristas, o para continuar la lúcida obsesión de unas líneas, arrancadas con precisión, a un cuadro que en el día pintaba, era tema de sus meditaciones. Porque ir por sus cuadros, ejercer su oficio de pintor, quizás sólo lo hacía Alberto por esto, por continuar la mimesis o vigilia de sus sueños.

El había agrupado, desde su adolescencia, la fauna de imprevistos giros, sorprendidos al azar. Tras sus lazadas de soñador, había tratado de capturar, en el recuerdo, las astas de esas obsesiones semilúcidas que los objetos guardaban. Así, en caza de sus imágenes, en el atrevimiento de sorprender más ocultos retruécanos, había cruzado, con el mayor dibujo de su emoción, a una insignificante calle que, su vigilia había relevado desde siempre, a los desvanes de un sonso aburrimiento.

¿Cuántas veces, no se había visto en la necesidad de decapitar a un personajillo conocido, para alargarle un hábito, a veces hasta un sentimiento, que la historia de sus cosas le habían soplado como posible?

Es que su primer encuentro él lo había reinventado ,apurándolo a girones, con una de las

tizas de sus sueños. Por muchas tardes de conversación, había hecho girar el prisma de su capricho; después lo había abierto, hasta hacerlo necesario. Entonces, ella había creído conocer toda esa prisa que Alberto revelaba por mostrar sus objetos. Había creído conocer, cómo él necesitaba la vigilia de una pequeña maderita, puesta como *marcador* entre las páginas de sus libros.

Una maderita, entre las páginas de sus libros, era una manera de estar, de acurrucar sus relatos. Podría, con ello, al levantarse temprano, sorprender el robo de una de sus líneas. Entonces, como un Señor con prisa, mandaría a soltar algunos de sus nombres. Ordenaría, con complacencia, minúsculos ritos (en verdad, no serían propiamente ritos. Sino algunos girones de casi absurdos recuerdos; de recuerdos sobre algunos detalles, allá por su infancia), prestando, por ejemplo, a un semiolvidado rincón de sus juegos, los tumbos y rayos de algunos animales fabulosos, surgiendo de entrevistas imágenes miniaturesscas.

Otras veces, las tizas de sus sueños le agrupaban la realidad, le habitaban la vigilia, con el viejo cuento de un encantamiento. *La laguna de los Cristales* podía ser encontrada, o, aunque sólo fuera, revisada, por una pequeña imagen táctil que un pisapapeles le entregaba. Por supuesto —estaba dentro de lo previsto en un viejo cuento—, la laguna escondía en sus aguas una ciudad populosa. Un buen día—sólo un poco de azul

y blanco quedaba en el recuerdo—, se dejó de ver don Manuel, el empresario del cine silente, frente al parque. Comenzaron a rodearlo, a despedirse de él. Alberto sólo pudo verlo de lejos, desde la ventana con cortinas de la casa de su abuela.

No quedó el personaje don Manuel, se había ido del pueblo. Pero quedó, para los niños, el inefable Kaleidoscopio de unas rendijas, en la casa de madera, blanca y azul, de su cine silente.

Y esto fue, para Alberto, en su infancia, lo que le llenó la laguna de los Cristales con una populosa ciudad en el fondo. Fue por lo que vio, en el kaleidoscopio—hendidura de un cine silente, abandonado por haber quedado lleno de agua a consecuencias de una inundación.

Y un relato, último, le recordaba siempre María. Era un cuento que no había acabado de terminar Alberto; que lo abrumaba algunas veces, en sus días, entre la búsqueda de sus líneas. Aquí, la tiza del sueño había deslizado una siembra. En torno a ella, unos rostros se estrellaban en una polvareda, convocando una feria de máscaras, una cornucopia de flores y de bastones.

Era la última fauna que la tiza de sus sueños había deslizado, y Alberto quería cumplimentar su posible relato a través del cuadriculado de algunas líneas, o con el imprevisto encuentro en algún insignificante objeto, como el pisapapeles de madera, con su imagen táctil de una ciudad sumergida.

Ah, ahora ella, también, repasaba su mano por la rugosa superficie de un rojo libro de versos. Ahora también comprendía toda la parada metamorfosis de un ramito de sombras, de su muñeca, de sus objetos debajo de la repisa. Como Alberto, ya, en aquel momento, podría escoger sus líneas, garrapatear el posible relato de sus cosas. Estaban con ella los versos románticos del Caballero del Frío, pero no podría decírselos, como hasta entonces en ingenuo romanticismo de muchacha se los había referido. Tenía que saber, se le hacía terriblemente necesario saber que, también ellos estaban más allá de su inmediato rostro.

«Como en los cuentos—se volvió a decir—estoy tocando mis objetos. Ya, yo también tengo objetos.»

Entonces, supo que no podría amar eso. Que temía, este imprevisto azar de los objetos en la mañana. Que temía la cola de absurdo en los pequeños mitos que Alberto le había deslizado: la muñeca con sol pintado por un niño, el leopardo con ojos de vidrio en la colorinesca fábula de una pista del hielo.

No, él no la vería más. Ya ella se las arreglaría con cualquier pretexto; quizás dejara dicho que se iba a vivir con su hermana. De todos modos, ¿qué iba a hacer ella, girando con sus objetos, por el trazado de una alquitarada tiza? No, no podía seguir siendo el elaborado suceso de Alberto para la alquimia de sus ejercicios oníricos, para

la supervivencia de sus conjuros. A él, sí, tenía que costarle caro este trote de llevarla a ella, con sus objetos, al asedio de una abstracta vigilia.

Decir lo demás, sería trazar psicología de fantasmas, objetar diálogos de personajes de aserrín. Además, no podríamos acurrucarnos tanto como para llegarlos a oír. Ni siquiera nuestra María se decide a referirse nada. Ha cerrado la puerta, abandonando la habitación.

Así que no, que no podemos dibujar trazos de un cuarto donde estuvo a punto de quedar abandonada una muñeca. Porque sería cosa de folletín infernal, de tropezar retos o líneas en la sorpresa, buscándonos a cada momento por un rincón insospechado.

No demos ninguna respuesta. Digamos, solamente que, después de unas reflexiones que hemos esbozado, una muchacha con blusa azul, ha vuelto a colocar una vieja muñeca sobre una repisa. Que la luz parece aniquilarse en un punto, *ramitorincón* de sombra, entre una cama y la ventana.

Y, se diría que, mientras los objetos gesticulan, con inquietante inocencia, un poco del revés de su silencio, con trazos fotográficos un romántico Caballero del Frío está bajando por las cortinas, a la manera de aquellos personajes medioevales proyectados por la proustiana linterna de Combray.



ORDEN DE LOS CUENTOS

	<u>PÁG.</u>
Siesta de hotel	7
Piel de estatua	23
Otro sueño	34
Hombre sentado	41
La Señorita Ofelia	45
Una aventura	50
Retrato de doña Aquilina	62
Retrato del Diablo	68
Escasa fábula	73
Pequeño sucedido	96
El álbum	108
Con una cita de Balzac	122
El conde Largo	138
Con el personaje	150
El Caballero del Frío	171

Este libro «CETRERÍA DEL TÍTERE»,
de Lorenzo García Vega, se terminó
de imprimir el día primero de abril
de mil novecientos sesenta, en la
Imprenta ÚCAR, GARCÍA, S. A., sita
en Tte. Rey, 15, La Habana, Cuba.

IMPORTANTE: No quitar esta tarjeta
de su sobre

C864
Gar

García Vega, Lorenzo
Cetrería del Titere

C864
Gar

García Vega, L.
Cetrería del
Titere.

2690 *Lorenzo Vega*

2690 # 1 JAN 1965

1 JAN 1965

IMPORTANTE: No quitar esta tarjeta
de su sobre